

Ahrenys

Daniela López Arriaga

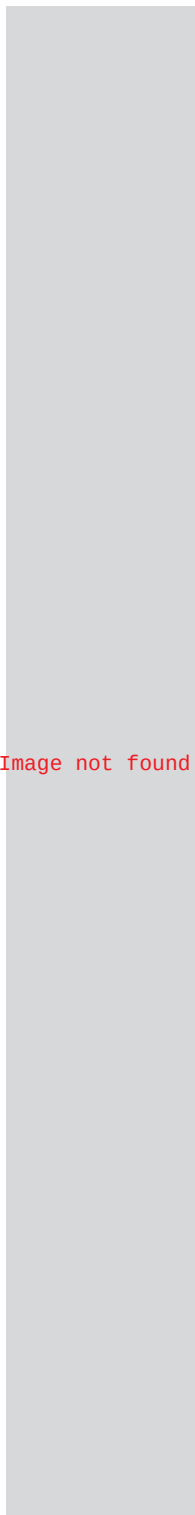


Image not found.

Capítulo 1

Inicio: Una noche tormentosa

El impermeable amarillo reflejaba la luz titilante de las lámparas de neón de los bares de mala muerte. Y para su suerte, buena o mala eran lo único que alumbraba sus pasos. Su cabello rojizo ondeaba a merced del viento de la tormenta que arreciaba. Con las botas mojadas y un bulto irregular entre los brazos, corría por la calle.

La presión en su pecho se había hecho más intensa a cada paso. Su respiración entrecortada lograba escucharse a pesar del estruendo de las gotas de lluvia al caer en los tejados de lámina y lona. Sentía el zumbido constante de su corazón al ritmo de una persecución que nadie lograba ver.

La calle estaba desierta. Nadie se atrevería salir en una noche como esa.

De no ser por ella, sería una tormenta cualquiera.

"Si un árbol cae a mitad de la nada sin nadie quien lo escuche, ¿hace ruido al caer?"

Oh, vaya que lo hacía. El ruido de sus pisadas era estridente, imponente. Un presagio oscuro de décadas venideras. El árbol que cedía bajo los relámpagos no era más débil que el resto. Solo tenía peor suerte.

Siguió corriendo hasta encontrar refugio bajo una cornisa. Tenía las mejillas enrojecidas del esfuerzo, el corazón parecía salirse del pecho a cada latido. Ardía. Sintió que le clavaban miles de cuchilladas en la espalda y los costados cada vez que respiraba. Sabía que no estaba segura, no lo estaría jamás.

De repente, un regusto amargo en la boca le hizo salir de su ensimismamiento y el ruido de un golpe a sus espaldas afirmó la razón de su miedo.

-Corre-

El pensamiento llegó de inmediato, de algo tan ajeno a ella como la lluvia y aun así estaba calada hasta los huesos. Tan cerca. Completamente fundida en aquella voz que era parte de sí misma, incapaz de recordar la lejanía de aquellos murmullos entrometidos. Logrando entender a medias como es que la voz de una ciudad entraba en sus oídos, con una melodía ensordecedora.

En otras circunstancias, haría caso omiso a esa canción a coro que la atormentaba continuamente.

Hoy no.

Continuó corriendo dos calles más, después giró a la derecha y finalmente, a la izquierda. Encontró la escalera de servicio que estaba al lado de un pequeño condominio. Le serviría para refugiarse de la lluvia.

Y de... "él"

Ahí no podría alcanzarla. Sonrió con satisfacción.

-Por lo menos esta noche- Pensó lo suficientemente alto como para que se convirtiera en un deseo.

Rápidamente encontró un ladrillo suelto que quitaba para apoyar el pie y saltar al primer escalón, una vieja costumbre. En cualquier otra ocasión lo haría con el cuidado suficiente de no hacer ruido. Esa no era una noche para discreciones.

Sacó el bulto que gracias al cielo no estaba mojado del todo y lo lanzó al descanso en la escalera.

Escuchó un ruido por la esquina donde acababa de dar vuelta. Un relámpago la cegó antes de ver el rostro oscuro que enfundaba la gabardina

Ese hijo de puta. ¿Por qué la seguía?

-Ahí no pueden alcanzarte, no. No pueden. No deben. Corre-

La misma voz que no era voz acudía de nuevo.

Cuando sus ojos se acostumbraron a la penumbra, no estaba. De nuevo el sabor en la boca.

Uno...

Dos...

tres...

Había logrado colgarse del primer peldaño de la escalera y subía con desesperación. Se aferraba a las barras, resbalosas por la lluvia. Trastabilló varias veces, hasta que finalmente cayó sobre sus rodillas en el descanso. El trueno que precedía al relámpago aminoró el estruendo de su

cuerpo contra el metal.

Bajó la trampilla que cerraba el paso y con un alivio casi antinatural suspiró, sentándose sobre sus tobillos.

El agua se filtraba por el techo. La lámina que le servía de cortavientos comenzaba a agrietarse día con día, pero le importaba poco. Sus pupilas estaban increíblemente dilatadas. De cerca, su iris azul había casi desaparecido de sus ojos. Las luces de la calle titilaban creando fantasmas incorpóreos que se reflejaban en las corrientes que creaba la lluvia por las laterales. Su aliento formaba nubes de vapor que desaparecían en el aire embravecido casi instantáneamente. Los latidos de su corazón comenzaban a calmarse y se tocó el costado, el dolor se había ido. También palpó su vientre hinchado. Con ese impermeable habría costado notarlos, pero allí estaba. Si no fuera tan delgada, la estimación que cualquiera haría no sería tan imprecisa. El embarazo empezaba a notarse, aun cuando estaba en el séptimo mes de gestación, como quien no quiere la cosa, comenzaba a aparecer un rastro de barriga.

No había probado bocado en todo el día y ese sabor que le impregnaba los labios seguía, no le dejaba olvidar. Buscó a tientas el bulto que había lanzado desde abajo. Algunas de las cosas se habían desperdigado sin orden alguno y cuando las encontró, estaban empapadas.

—Pura mierda —Y un resoplido de irritación.

Sacó las cosas que había robado de un carrito de comida en la calle principal hacía unas horas. Una bolsa de pan de hot-dogs, medio tarro de mermelada de fresa, un pedazo de queso y tres salchichas. Mordió una y su estómago respondió con un gruñido poco amable.

Qué idiota había sido. ¿Despierta tan tarde? Obviamente merecía un castigo. Correr bajo la lluvia, ¿qué diría su madre?

-Nada, está muerta-

Aquella voz entrometida parecía saber demasiado. La inquietaba, y todavía quedaba lo del tipo de la gabardina. Sabía que la quería a ella, quería tenerla, pero ¿por qué?

Eso era imposible saberlo, aunque sabía que nadie más lo veía.

¿Quién era?

Ésta vez estaba segura que no era una alucinación. Tal como sabía que la señora del apartamento a su derecha tenía dos semanas sin sexo, un marido alcohólico y un amante "bastante bien dotado", así como

presumía.

Tal como sabía que la llamada que recibía la chica del apartamento cuarenta y tres -empezó a sonar un teléfono en la cercanía, en un pasillo del condominio- era de su madre, para informarle que su padre había muerto.

Ella lo sabía, como que la tierra era redonda y giraba alrededor del sol. Lo sabía tan bien que no sabía cómo.

Apoyó la espalda en la pared y estiró los pies, recostó la cabeza en una de las barras cubriéndose con la gorra del impermeable y cerró los ojos con la esperanza de dormir lo que le quedaba de esa noche.

Vivía de esperanzas. Y que bien le iba.

Capítulo 2

Placeres:

En una cabina telefónica a quince años y más de diez kilómetros de distancia, un hombre de traje blanco y piel ceniza escuchaba por el auricular el sonido intermitente de una llamada por conectar. Con dedos temblorosos abrió la solapa de su chaqueta y sacó un paquete de Pall-Mall. Abrió la caja con parsimonia, consciente de cada movimiento.

Puso uno entre sus labios agrietados, con el índice y el dedo medio de la mano derecha, mientras con la otra intentaba encontrar el encendedor en el bolsillo de su pantalón. El "bip" había desaparecido, dando lugar a la voz aguda de una operadora: "ha sido imposible conectar la llamada, ¿desea intentar de nuevo? Marque la tecla uno para..."

Colgó el teléfono. Una sonrisa se dibujó en sus labios camino al auto y encendió el cigarrillo, mientras daba la marcha y desaparecía en medio de una nube de polvo.

.....

Un crujido leve, casi imperceptible

Hojas secas entrando por la ventana.

Y el silencio, de nuevo.

Otra vez, sobre aquellos árboles que caen.

Ya no quedaría nadie para escuchar.

El teléfono había dejado de sonar cuando arrancó el cable. Un cuerpo se mecía con el vaivén del aire, en un recuerdo vago de lo que hace algunas horas fuera la vida que se escurría por las cuencas de sus ojos. El cabello le caía por el hombro derecho, en una nube vaporosa de mechones castaños. Sus dedos cerrados en ira, duros por el rigor mortis que empezaba a mostrarse. Y su rostro abotargado en una mueca de terror puro.

Un pequeño frasco de pastillas para dormir descansaba en la mesilla al lado de la cama. Expectante, vacío.

-De algo había que morir-

Finalizando la melodía con una floritura excepcional, se encontraba un cable de teléfono que, con una resistencia increíble, soportaba un bulto

inerte.

Cada elemento en el espacio conformaba el cuadro perfecto de un suicidio bien planeado. La vida no es escenario para todos los bailarines. A veces, simplemente es necesario bajar el telón. Bárbara sabía lo que era eso. Si pudieran preguntarle, no se arrepentiría. No había nada de que arrepentirse.

Solo de estar en el lugar incorrecto, la noche incorrecta.

Un sobre amarillo salía por la puerta dentro de un maletín negro, llevado en manos enfundadas de látex. Tan asépticas como la mirada impenetrable de ese hombre vestido de azul.

Otra noche de octubre.

.....

Court Dawson tomaba su segunda taza de café esa mañana, con el semanario abierto en una página sobre los chismes locales. Pasaba los ojos por entre las letras de los anuncios clasificados. Disfrutaba del aroma del papel, más que enterarse de si Lia Tomas se casaba de nuevo, - ¿Por cuarta o quinta ocasión? - o que el equipo local de futbol había ganado la copa por primera vez desde su fundación. Era un hombre que podía presumir de amar su rutina.

Escuchó pasos que bajaban hasta la cocina y se dirigían a la mesa del comedor. Sobre esta descansaba un cenicero medio lleno. Lo miró y pensó en tirar las colillas en ese momento. Tal vez lo haría más tarde, aunque a ella no le gustara saber que su pequeño vicio iba en aumento.

Una voz alegre interrumpió el silencio.

—Buen día.

—Hola Ahry, ¿lista?

Preguntó, con una sonrisa de oreja a oreja, mientras se levantaba de su asiento.

La chica tenía las mejillas encendidas, enmarcadas en una maraña de rizos rojizos. Su cabello parecía una de esas nubes de diálogo de los comics

—Claro

Dijo la niña, respondiendo a la sonrisa de su padre.

Sabía de alguna manera que intentaba ocultarle algo, un aura amarillenta volaba sobre su cabeza y escuchó murmullos que salían de alguna parte. Al mirar detrás de él, leía letras en volutas de humo que se disolvían en el aire. Golpeó con la uña del dedo índice el lóbulo de su oreja, como un reflejo que con los años había aprendido y se quedó arraigada en ella. Como la única manera de dejar de escuchar (de más).

Court tomó las llaves que colgaban del perchero al lado de la puerta y salió a la luz de un día de otoño, uno de esos en los que piensas que nada puede salir mal.

.....

La chica recorría los pasillos con aire distraído. Al acercarte un poco, alcanzabas a distinguir la melodía de High way to hell a todo volumen saliendo de sus auriculares naranja. Ir a la escuela era una pesadilla que le causaba un morbo indescriptible. Era como probar cocaína o hierba, o cualquier cosa de esas por primera vez. Sabías que estaba mal, pero la curiosidad siempre ganaba. Y al final, qué bien se sentía.

Miles de pensamientos fluían alrededor de ella, atacándola constantemente. Con el paso de los años había aprendido a no prestarles atención y sobre todo a no conversar con -eso-, o comenzar a hondar en las preocupaciones de otros. La mayoría del tiempo se daban cuenta y se sentían culpables por pensar. Cosa que -en la muy corta experiencia de Ahrenys- nadie debía experimentar.

Sin embargo, buscar era algo que necesitaba. Al ser curiosa por naturaleza, tener una fuente inagotable de información era el regalo máximo. Incomparable a cualquier otro placer del mundo. El poder que eso le otorgaba no la asustaba en lo más mínimo, al contrario. Todos los días se enfrentaba a sí misma. Sabía que estaba mal.

-Court hace todo por ti-

-¿Por qué?-

-Déjalo estar-

-Cállate-

—¿Y?

-Te escuchan-

Fue tarde para darse cuenta que ya estaba gritando. Los corredores empezaban a despejarse de alumnos que corrían a sus aulas por llegar a la primera clase. Por suerte, nadie la escuchó. Sabía exactamente a donde ir. Pero se tomaría un tiempo. La profesora Richards aun no salía de la oficina del director.

Caminó con la cabeza baja mientras quitaba el reproductor de música. Tenía que concentrarse antes de entrar, para apagar su receptor. "Antenita" decía su padre.

Respiró hondo varias veces hasta que todo estuvo callado. Inusualmente silencioso. Abrió la puerta del salón ciento diecinueve y un estruendo hizo que cubriera sus oídos, haciendo una mueca de dolor momentánea. Todos gritaban.

Unos cuantos estaban sobre las mesas. Un grupo a la derecha de la habitación conversaba muy animosamente y tres niñas se acercaban a ella con los brazos extendidos.

—¡Ahry! —Gritaron a coro.

La chica de melena rizada les devolvió el abrazo y después de unos minutos de efusividad, conversaron sobre sus vacaciones. Las visitas cada fin de semana de Jan, el nuevo dentista de Clary y el sorpresivo reemplazo de la maestra Bárbara. Era de las pocas que merecían ser llamadas por su nombre, y de un día para otro, se había esfumado.

Las cartas del anuncio de cambio de docente habían llegado a sus casas hacía una semana, y hasta la fecha seguían sin tener alguna explicación para ello. Rezaban: "...Por causas de fuerza mayor, el Profesor André Lightwhills será encargado de la clase de Ciencia para la clase 119 en reemplazo a la Maestra Bárbara J. durante éste ciclo..." procedido de las formalidades del colegio y una despedida sintética de parte del director a cada padre de familia.

Esa carta cambiaba muchas cosas. Era la profesora favorita del grupo, incluso de la escuela. Tenía un sentido del humor pegajoso y una risa contagiosa. Además, era bien sabido que el director le tenía gran estima. Era imposible pensar que hubiese sido despedida, y cada día salían al aire más rumores sobre accidentes, fugas de la ley, desastres amorosos... uno cada más ridículo que el anterior. Pero al no tener alguna explicación lógica, se aferraban a lo que sabían. Bárbara no estaba y no volvería. Por lo menos no ahora.

El sonido de los pasos de la Señora Richards las devolvió a sus lugares, y con varios resoplidos de irritación las últimas risas se fueron apagando.

Capítulo 3

Brisa:

Courtis William Dawson. El hombre que cargaba con ese nombre no podría darse el lujo de dudar. Se consideraba un hombre de familia, y la única que le quedaba era la pequeña niña pecosa que le sonreía desde un cuadro en su escritorio; ahora vacío, salvo por esa foto. Todo se reducía en esos ojos azul eléctrico.

La miraba ensimismado, recordando los pequeños detalles que desde su infancia le habían hecho -a cierto grado- temerle.

Court supo que ella era especial desde el momento en que la conoció. Su madre murió en el parto.

Tal vez ese hecho no sería una marca del destino, a no ser porque en cuanto Ahrenys tomó su primer aliento, toda comunicación en el hospital falló. La luz se fue, exactamente las 3 am del 13 de enero. Los ojos de Leah se habían cerrado para siempre en ese momento. Parecía que el llanto estridente de la pequeña fuera el mal augurio de aquella noche tormentosa -en más de un sentido-.

La oscuridad fundió la silueta de un hombre que parecía cargar el mundo en sus brazos, el peso de una recién nacida de la contradicción. ¿Era vida o era muerte?

Los recuerdos le inundaban la cabeza con la misma pregunta desde aquel día.

Podría sentir la misma desesperación que en ese momento.

Regresó a la actualidad en un parpadeo. Volvió el zumbido de la lámpara sobre su cabeza y el traqueteo del ventilador.

Nada era tan común como la desesperanza. Sin embargo, Court sonreía.

Veía a Ahrenys correr por el patio con su cometa de mariposa, mientras los niños la miraban atónitos. El viento no soplaba, y el juguete se elevaba en el cielo mientras ella se sentaba a disfrutar del sol al lado de su padre.

En cuanto la pequeña mano de la niña soltaba la mariposa, ésta caía al suelo. O sobre la cabeza de Court, -según el ánimo de Ahry- y acto seguido, ella se convertía en un estallido de risas.

También la podía ver -un poco más grande- sentada en los columpios del parque, completamente sola y hablando animosamente con la nada. Sus

pies no se movían, ni su cuerpo se balanceaba en el juego y aun así, la canastilla se mecía en un vaivén constante. Parecía que el viento la movía como a una hoja.

—Ahry, ¿con quién hablas?

—Ivy, papi. Ella siempre viene, lo sabes.

Y el columpio frenaba en seco. La niña jamás reparaba en eso, pero Court sabía bien que Ivy no le quería.

Creía a pies juntillas que algo andaba mal, en muchos más aspectos de los que desearía. A la edad de los columpios le hablaba de cosas que de ninguna manera podría saber.

Cuando tenía seis años, Ahrenys despertó de una siesta gritando desesperadamente, y con lágrimas en los ojos le rogó a Court que no dejara salir a su abuela. Sabiendo que ya estaba camino a casa, la pequeña llamó a su teléfono celular para decirle que la quería. Algunos minutos después, Mary Dawson murió culpa de un conductor ebrio que la sacó de la carretera, matándola al instante.

El sentimiento de aversión volvió hacia él. Fue capaz de culpar a la pequeña por aquel accidente, aun viéndola llorar desesperadamente y temblando como un pequeño animal indefenso, sintió rencor por ella, sin que lo mereciera. Pensaba muy en lo profundo de su ser que su hija estaba maldita, que llevaba dentro algo así como una marca, que terminaría por llevarse todo aquello que él amaba.

El reloj en la pared marcaba las 2:35 de la tarde. Ahrenys debía estar llegando a casa. Tomó el cuadro del escritorio y lo apretó contra su pecho, donde se revolvían miles de sentimientos. No creía ser capaz de mirarle a los ojos y decirle: "Pequeña, nos vamos de nuevo", en su primer día de clases. Tanto les había costado llegar ahí, y todo era tan tranquilo.

Ella tenía amigos que le visitaban constantemente. Para él, era todo un logro. Ella lograba contener su "antenita" y él estaba bien. Inmensamente bien, viéndola reír. No había nada de qué huir; o al menos, eso tenía en mente.

Esa mañana le recibieron con una carta en el escritorio. "Otra transición, vete de aquí en menos de una semana y felices todos. ¿Casa? Donde quieras. ¿La niña tiene que estudiar? Adelante; sigue siendo menor de edad, ¿verdad? Sabes que está contra las políticas de la empresa dar algo más a los hijos mayores... tú sabes Court. Eres lo mejor que tenemos. Y te necesitamos ahí, ¿Lo sabes? Gracias. Ahora guarda, y ve a casa pronto.

Tienes que empacar. "

Hoy no, de verdad. Era el peor día para hacerlo. Sabría que Ahry lloraría y eso nunca era bueno. Esperaría a que ella le leyera el pensamiento, se sentiría culpable por hacerlo y de alguna manera, no reclamaría. Era cruel, pero Court sabía que funcionaba. De todos modos, le prometería un día extra para verse con sus amigos y despedirse. Siempre con la promesa de que volverían.

Ella siempre sabía que no era cierto.

.....

Tomó su mochila al dar el último timbre de salida. Guardaba sus cosas con una anticipación perfecta. Aún sin ver el reloj que estaba arriba de la pizarra, tenía contados los minutos para salir.

Sabía que nadie la esperaba en casa y aun así tenía prisa por llegar. Apresuraba el paso, sin mirar a ambos lados de la calle. Caminaba siempre recto y por las mismas avenidas. Sin ver el suelo, nunca pisaba una línea. Con los audífonos a todo volumen, trataba de abstraerse del mundo y aun así escuchaba el canto de los pájaros, amortiguados por las preocupaciones y secretos de una ciudad en hora pico.

A algunas cuadras de llegar a su casa vio pasar a su lado un camión amarillo de mudanza; sin pensarlo siquiera dio media vuelta. Regresó al parque que visitó el día que llegó ahí. Se sentó en el tercer columpio de la entrada, agachó la cabeza y llamó a Ivy, en silencio. Ni siquiera estaba triste, sabía que había cosas que debían hacerse. Hacía cinco años que no se habían movido de ciudad, era demasiado tiempo ahora. Ahora en sus catorce, recordaba perfectamente cada lugar donde había ido; 8 ciudades diferentes y esta le había gustado más. Era tranquila, era... casi perfecta.

Ella acudió tranquila y sin asustarle. Una suave brisa le alborotó el cabello y le humedeció los ojos. Escuchó su nombre entre las hojas y supo que había llegado. Ahrenys levantó los pies, y le habló a Ivy de la lluvia, de Liam y de su padre. Ivy la escuchaba encantada. Nunca hablaba demasiado, solo lo suficiente.

Cuando Ahrenys vio que la hora en que su padre llegaría se acercaba, le pidió a Ivy que se fuera y comenzó a mecerse sola, arrastrando los pies por la tierra mientras el vaivén del columpio le ayudaba a excavar, sin levantar ninguna sospecha. Pasados algunos minutos, miró a su alrededor y se agachó para tomar una cajita dorada, tan pequeña que le cabía en la mano, sin que se notara. Le quitó el polvo de encima y se la guardó en el pantalón. Siguió meciéndose para volver a poner la tierra en su lugar. Se levantó, y fue camino a casa.

Capítulo 4

Puertas:

Cuando Ahrenys le pidió que se fuera, Ivy bajó los brazos; entumecidos, pesados. La cabeza le punzaba y la garganta comenzaba a secársele. Supo que había sido demasiado tiempo, o que algo la interrumpía.

En su ritual diario, miraba por el resquicio que creaba la mente de Ahrenys cuando estaba dormida. La veía durante horas, desde el día en que nació. Ivy tenía solo 3 años cuando la conoció, pequeña e indefensa. El día de hoy se oía bastante animada, a pesar de saber de la mudanza y esos detalles que tanto la cansaban.

Seguirla a cada ciudad era difícil. Tenía que conectar con la mente de Ahrenys mientras ella dormía y anclar el espacio vacío entre ambas para que no se fuera muy lejos. Siempre procuraba que fuera bajo el árbol del patio de su casa, si hablaba con ella nadie se daba cuenta.

Se frotó las manos girando las muñecas, estaba más cansada de lo habitual. Se sentó con las piernas cruzadas recargada en el tronco y cerró los ojos. Pronto se quedó dormida.

Soñó con la primera vez que se acercó a ella. La niña lloraba sentada sobre un columpio, tenía un vestido azul y dos lazos de color marfil en el cabello. Sus ojos brillaban con una intensidad hipnótica y su carita anegada en lágrimas se sacudía bajo los temblores del llanto infantil. Ivy se acercó lentamente y le besó las mejillas. La pequeña pasó del miedo a la curiosidad en un segundo cuando sintió una brisa colarse por la falda de su vestido, que la empujó un poco en la pequeña canastilla. Y sonrió.

Con esa imagen en la mente Ivy despertó. El sol había bajado lo suficiente como para caminar libremente. Notaba la piel un poco irritada así que tomó su sombrilla y se dirigió a su casa. Le esperaba su madre, con una máquina descompuesta entre las manos.

—¿Sigues hablando con la niña? —preguntó, dejando aquel armatoste sobre la mesa.

—Sí, ¿por qué no habría de hacerlo? —respondió ofuscada, sabiendo a donde iba eso.

—Ivette, sabes que no debes. Sabes que la pones en peligro, y no solo a ella; a ti también. Eres de las pocas personas que aún pueden hacerlo y sigues intentando... —su tono cambió repentinamente, a la ira— ¿Qué pretendes? ¿Que nos lleven a todos? —su madre le miró, casi

arrepintiéndose de sus palabras.

Ivy le devolvió la mirada, con toda la determinación de la que podía hacer acopio reflejada en sus ojos grises.

—Te he dicho que lo haré, y no dejaré de hacerlo —su labio inferior comenzaba a temblar, estaba muy cansada pero no podía ceder —no dejaré de hacerlo hasta que ella esté bien, y lo sabes; yo... —la voz comenzó a quebrársele.

—Linda, disculpa —su madre se acercó, alcanzándola con los brazos con cuidado. La envolvió y recostó su cabeza en su pecho. Sintió como oleadas de llanto le alcanzaban, acelerando su respiración. Acarició su cabello, blanco como la nieve y secó las lágrimas que resbalaban por sus mejillas— Perdóname, sé que es demasiado para ti. ¿Ella ya sabe? —La cabeza de Ivy se movió en negación— ¿Le dirás algún día?

Ivy alzó los ojos a su madre.

La miró con todos los años encima. Con todas sus responsabilidades y cargas.

Ivy sabía lo que tenía que hacer, y aun así no lograba entenderlo. Conocía el amor que Senna le tenía; al final del día ella era su madre. También conocía su miedo a que le sucediera algo. Había tratado por todos los medios evitar al destino, sin embargo, todos saben que no existe quien pueda hacerle frente.

—Mamá... —su voz fue un poco más que un quejido demasiado débil, tal como se sentía.

Sus ojos se quedaron fijos en la nada, suspendidos en un punto inexistente de la realidad que compartían.

Sus labios entreabiertos despidieron todo el aire que le quedaba en los pulmones y en un susurro: "Tengo que traerla" Ivy se desmayó.

.....

Llamó a la puerta varias veces sin repararse a tomar la llave que tenía en la mochila. Sabía que su padre estaba dentro, esperándola con un regalo sobre las piernas. No estaba viéndole, en realidad ella sabía que todas las veces que se mudaban así era y seguiría siendo.

Aunque tardó rato en darse cuenta, tampoco le abriría. Court se empeñaba en hacerle "sorpresas" y Ahry se empeñaba en fingir que así eran. Buscó la llave mientras dejaba una cajita dorada en los escalones de la entrada. La encontró rápidamente y con dedos hábiles abrió la puerta,

dando un salto en el salón principal donde estaba su padre esperándole.

—¡Papá! ¿Qué haces aquí? —le dijo, lanzándose a sus brazos— No te esperaba hasta más tarde. ¿Qué es eso? —miró la caja un instante, y desvió la atención. Quería conversar de otras cosas antes de empacar— Hoy fue un día increíble en la escuela, ¿sabes? Primer día. Fue divertido, esperaba que...- -

—Ahmm... Ahry, yo... pequeña —le miró con ojos húmedos; había estado llorando.

—¿Pasa algo? —preguntó alarmada, notando el temblor en su voz y la manera en la que él desviaba la mirada.

—Tendremos que mudarnos de nuevo, ¿sabes? Van a mandarnos lejos de aquí, a unas 10 horas por carretera. Nos iremos en avión, pero llevarán nuestras cosas —se interrumpió un poco. Su voz era un tanto mecánica y áspera— No quiero hacerte esto de nuevo, ¿sabes? Sé que eras tan feliz, y hemos pasado mucho tiempo aquí - -

—No te preocupes —le interrumpió, con lo que intentó ser una sonrisa tranquilizadora— Se han llevado a la maestra Bárbara a otro lado. Le había tomado mucho cariño. La escuela no es lo mismo sin ella.

Comenzó a calmar los temores de Court, mientras él miraba la caja entre sus piernas. Ahrenys notó que de la caja salía un zumbido intermitente. Tal vez sería un juguete de cuerda de esos que a él tanto le gustaba regalarle. Ella siempre les tomaba la atención debida y el cariño suficiente para esas cosas que con tanto amor y poca atención él le daba, pensando en compensarle un poco el quitarle algo de vida cada vez que se mudaban.

Lo tenía siempre en consideración. Court siempre la había querido, a pesar de todo el mal que ella había hecho. Era algo que le agradecía en cada pequeña cosa.

Ninguno reparaba en que ella cuidaba más de él que a la inversa.

Pasaba la mirada de la caja al rostro de su padre, cada vez más sombrío. No lograba escuchar el ruido de los autos pasar frente a la casa. Era un silencio al que no estaba acostumbrada. En realidad, no conocía el silencio, ninguno como el de ese momento.

—Y... ¿qué hay en la caja? —tomó la tapa entre sus manos, con una inquietud creciente en su pecho. Court se lo impidió, tajante. Sin poder evitar el temblor de sus dedos.

—Te lo mostraré más tarde. Después que hayas tomado tus cosas —él respiraba con dificultad. Algo andaba mal, pero no podía decir el qué— Sube a tu cuarto y recoge todo lo que puedas llevar. Ésta vez tenemos que salir -hizo una pausa- ... rápido. —El énfasis en esa palabra fue demasiado para ella.

La apartó de su regazo y esbozó una sonrisa sintética, mientras dejaba la caja a un lado.

Ahrenys le devolvió la sonrisa, recordando que había dejado el paquetito dorado en la entrada. Dio media vuelta para regresar por él, pero su padre se interpuso.

—¿A dónde vas? Tenemos que irnos rápido —la tomó del brazo con demasiada firmeza y tiró de ella en dirección a las escaleras. Ella trató de aparentar que todo estaba bien, no con mucho éxito.

¿Cómo pudo olvidarlo? Nunca, menos ahora. Nadie tenía que ver eso, su padre sabía.

—Papá, en la puerta dejé... —miró a ambos lados, sintiendo que algo (o alguien) la observaba— dejé algo pequeño y dorado, de —hizo un círculo juntando sus dedo índice y pulgar de la mano izquierda— éste tamaño. ¿Puedes traerlo? —la desesperación finalmente salió por su cara.

Court abrió los ojos como platos.

—Ahrenys... ¿cómo pudiste olvidarlo? —sus ojos se llenaron de lágrimas y una risa espasmica subió hasta su boca.

—Estoy muerto, ¿lo sabes? —la miró con un último brillo de cordura en los ojos.

Una pausa inmensa.

La respiración del mundo se cortó en unos segundos que le parecieron infinitos. La habitación se hacía pequeña, y aún sin poder captar esas palabras de su padre, éste siguió:

—Corre.

La niña se alejó unos pocos pasos de él en dirección a su habitación sin darle la espalda mientras la caja que estaba en la mesa se agitaba demasiado fuerte para ser un simple juguete de cuerda. Algo ahí había despertado.

—¿Me escuchaste? ¡Corre Ahrenys!, ¡Corre! —gritó tan alto que despertó a

la niña de su ensimismamiento.

Court se lanzó en dirección a la puerta y la pequeña subió a su habitación en volandas. Empujó la puerta tras de sí y echó el cerrojo. Jadeando por la desesperación, gritaba en su mente en un intento inútil de llamar a Ivy.

Algo anda mal, algo anda mal. Ivy, ven.

Cogió de su buró un collar en forma de corazón, y escuchó el primer disparo.

No hubo gritos. Nada más que el sonido de la bala penetrando el hueso, desparramando sangre -y algo más- por la alfombra. No era capaz de "ver" en ese momento. Solo imaginaba a Court con una cajita dorada entre las manos y el amasijo de cabeza que le quedaba, ahora en el suelo.

Y al final, nada.

Corrió al armario, donde guardaba un viejo impermeable amarillo. Por alguna razón ella sabía que lo necesitaría. Vació los libros de su mochila, que aún cargaba la espalda y metió algo más de ropa dentro. En un segundo ya estaba subida a la cornisa de la ventana, que convenientemente, quedaba justo arriba del techo del camión de mudanzas.

Escuchó un zumbido acercándose ferozmente por la puerta.

Un zumbido rabioso que amenazaba con matarla (sí, definitivamente no era de cuerda). Cuando estaba a punto de lanzarse, escuchó a Ivy, en un susurro.

Ahrenys. Adentro del camión. Ahora

No había nada más qué hacer, y aunque no tuviera sentido era todo lo que tenía, pero ¿cómo llegaría hasta ahí? Podría tirarse de la ventana y caería segura -lo sabía- sin embargo, la caja dorada seguía ahí abajo.

Sus pensamientos se vieron interrumpidos por el sonido de "la cosa" rompiendo la cerradura de la puerta. Era como si dieran de patadas, martillazos, aunque eso no era más grande que un colibrí.

Saltó sobre el techo del camión. Parecía que el tiempo se había detenido. Los autos y las personas se habían quedado congeladas, en un cuadro demasiado incómodo de mirar. Las aves estaban estáticas a medio vuelo. Incluso a ella le costaba respirar. Notaba que una fuerza la atraía hacía

dentro del camión y recordó a Ivy.

Bajó rápidamente desde donde se encontraba por uno de los laterales del remolque. Corrió hacia la casa y vio a su padre -o lo que quedaba de él- tirado en la entrada. Entre sus manos estaba la caja dorada. Le miró con miedo, con asco y desesperación. Se mordió los labios para no llorar y le arrebató el único regalo que a ella le había gustado de su parte. Escuchó ruidos arriba, en su habitación y cómo el zumbido se hacía increíblemente fuerte de nuevo.

Salió de nuevo, corriendo hacia la parte trasera del camión. Las puertas estaban abiertas y dentro había una luz blanca que hacía que le dolieran los ojos. Venía de una rendija donde apenas cabría ella. Alcanzaba a ver la sombra de un árbol grande, en un atardecer de verano.

Subió, con desesperación. Se aferraba con las uñas a las tablas de la caja de carga, no tenía otro punto de apoyo. Las lágrimas comenzaron a correr por sus mejillas. Cuando logró subir se puso de pie, corriendo hacia la luz.

En un segundo de duda, Ahrenys se giró para ver algo entrar a la caja y definitivamente, sí era un colibrí. Zumbaba a una velocidad increíble y sus alas tenían un filo mortal. El sonido que creaba al batirlas le causaba un dolor de cabeza que le cegaba y no le permitía escuchar nada a su alrededor. Detrás del colibrí llegó un hombre con una sonrisa de oreja a oreja. Vio como movía un dedo y acto seguido, el animalito mecánico se lanzaba sobre ella con un solo propósito.

El impulso reflejo le hizo caer de espaldas, a unos cuantos centímetros de la rendija. Sintió como las alas se clavaban en sus pantorrillas, causándole un dolor inmenso que le hizo gritar. Seguía arrastrándose, su brazo había logrado pasar del otro lado.

El colibrí la dejó por un segundo para volver a atacar, pero ella se movió rápido encogiéndose las piernas y tomó impulso con sus talones para lograr pasar.

La rendija se cerró tras de ella. El ave robótica cayó al suelo, inerte. Ya sin ningún propósito. El hombre miró la escena, desconcertado. La niña había desaparecido en la nada. Se le había ido como agua entre las manos.

Y el tiempo volvió a correr.

Del otro lado, Ahrenys tomó una bocanada de aire. Miró a su alrededor, sintió el dolor de su pierna traspasándole a cada centímetro de su cuerpo. Vacío el estómago ahí, bajo el árbol. Frente a la mirada enloquecida de una mujer que salía corriendo de la casa y perdió el conocimiento.

Capítulo 5

Sueño:

Gabriel le esperaba con la ventana del camión abajo, sacando el codo por el borde mientras sostenía un cigarrillo entre los dedos.

Le vio llegar con el pajarillo entre las manos y una mirada entre el miedo y la furia.

—Debo suponer que no hiciste nada bien, ¿verdad? —Gabriel le miró por el retrovisor del lado del conductor, sonriendo a medias.

—No es lo que se supone que yo haga- respondió mientras rodeaba el camión— Es lo que tú no hiciste. ¿Por qué no fuiste por ella? ¿eh? —el tono de sus palabras denotaba la furia que guardaba por el hombre que ahora tenía a su lado— Si sabes que no podía, ¿Por qué te quedaste dentro? Y aún peor... —pasó las manos con desesperación por su cabello entrecano— ¿Por qué las puertas estaban abiertas? Y... qué... ¿Qué fue esa cosa? —lanzó el colibrí dentro de la guantera. Mirándole con ira.

Los balbuceos habían terminado por cansarle. Ese hombre ya tenía demasiadas excusas en su cuenta y muy pocas acciones. Si bien había hecho un buen trabajo al conseguir lo que Gabriel quería de Bárbara, en los últimos días Tom le tenía hasta el hastío.

—¿Quieres explicaciones, Tom? —Gabriel le sonrió con paciencia; algo totalmente antinatural para alguien de su calaña— ¿Quieres? —se dirigió mirándole a los ojos, mientras abría la puerta del conductor, dando un salto para caer en la acera.

Tom le siguió, dudando de dar un paso más. Había escuchado demasiadas historias del hombre al que consideraba su jefe.

—Tom, ¿me sigues? —el tono de padre amoroso que Gabriel había adoptado le erizó la piel.

—Sí, aquí estoy. ¿Qué haremos con todo eso?

Se detuvieron frente a la puerta, frente al cadáver de Court. Gabriel le propinó una patada en la sien, y su bota se llenó de sangre.

—Tú limpias eso. Tenemos que llevarnos todo y rápido, la gente empieza a sospechar —Le dijo mientras subía las escaleras al segundo piso— El tiempo ya corre, Tom. —Gabriel apuntó a su reloj, al compás de sus

pasos— Tic, tac. Tic, tac.

Y una risa helada salió de sus labios.

Tom se apresuraba por sacar las pertenencias personales de los Dawson, ignorando por completo el cadáver de Court. Su sangre ya creaba caminos difusos por toda la sala principal y camino arriba, una línea marcada por una sola bota que llegaba hasta la habitación de Ahrenys. Se detenía bajo el pie derecho de un hombre delgado que fumaba tranquilamente con las manos entrelazadas a la espalda, mientras miraba por la ventana.

Trataba de mantener a los transeúntes a raya y veía a Tom sacar cosas por la puerta principal al camión y volver. Las veces necesarias.

Cuando vio que ya era suficiente, tomó una pequeña caja musical del tocador de la niña y fue al primer piso a ayudar a su compañero.

La tarde había caído y la oscuridad estaba tomando lugar, tenían que irse rápidamente. Un policía se detuvo frente a la casa y el pánico no tardó en hacer presa de Tom.

—¿Qué hacemos Gabriel? Este idiota sigue aquí —señaló el cadáver con desesperación.

—¿Qué idiota? Solo te veo a ti. Cállate imbécil, sigue con lo tuyo.

Gabriel vio cómo el oficial bajaba de su patrulla. Sin las sirenas encendidas, sabía que no tenían sospechas de nada, solo sería...- -

—Es una ronda de rutina, señor —Intervino el oficial— no estaba enterado de que los Dawson se mudarían.

Gabriel se acercó, cruzando la acera para estrechar la mano del policía. Todo estaba en orden, solo era gente común. Se habría molestado en hacerle algún daño si el hombre no le inspirara tanta confianza. Se leía en la patrulla "Policía de C. Virginia".

16 años de servicio, familia pequeña, pero con muchos problemas. El sobrepeso de su mujer -y el suyo, aunque no lo admitiera- eran el principal de ellos. Se llamaba Rick, a secas. Gabriel le sonrió con desinterés.

—Lo sé oficial. Pues... solo venimos de paso. Ellos ya se fueron hace horas, ¿Sabe? —el tono de Gabriel bajó considerablemente, mientras miraba fijamente a los ojos del regordete Rick— Claro que lo sabe ¿verdad?

—Sí, claro. Lo sé —la voz del policía sonaba pastosa, como si despertase de un sueño profundo— ¿Qué es...? —miró sobre el hombro de Gabriel,

hacia la casa. Aun consciente.

Joder, es fuerte

—Nada de lo que deba preocuparse —Gabriel le tomó de la barbilla, clavando sus ojos color miel en los del oficial— Aquí no hay nada, ni hubo nada —la tranquilidad inundó su voz, deslizándose sus palabras como la seda— ¿Entendido? Puede irse.

Los ojos del oficial se sumieron en una paz absoluta. Su rostro mostraba como el cansancio de una semana de servicio dejaba su cuerpo, llenándolo de una ilusión que parecía hacerle feliz.

—Aquí nunca hay nada. No estoy haciendo nada aquí ¿verdad, Gabriel?
—Rick sonreía de manera antinatural.

—No, para nada —Gabriel le tomó de la mano y lo acompañó hasta la puerta de la patrulla— Solo quiero decirle que despierte cuando yo le diga. Usted no pasó por esta calle amigo Rick, ¿de acuerdo? Siéntese, podrá irse en un momento.

Gabriel dejó al oficial en la patrulla, totalmente fuera de sí.

—Tom, ¿estamos listos para irnos? —Gritó desde las escaleras de la entrada.

—¡Sí! —un grito le recibió desde dentro.

La casa estaba ya totalmente vacía. El cadáver seguía estorbando a la entrada y Gabriel se preguntó qué hacer con él.

—Oye Tom, ¿dónde dejaste la pistola? —se dirigió hacia la cocina desde donde venían los pasos de su compañero.

Lo encontró recargado en la barra, tomando una Coca-Cola.

—Aquí está —Tom señaló la funda que llevaba en la cadera.

—¿Cuántas balas quedan, Tom? —Gabriel le miró fijamente, repitiendo el gesto que hacía poco había hecho con el policía.

Tom sacó la pistola.

—Una solamente. Pediste que pusiera dos, y nada más —respondió obediente, víctima de un sopor profundo en el que Gabriel lo estaba metiendo.

—Ponte una entre los ojos, ¿puedes? Me tienes cansado —le sonrió.

Tom alzó su mano, hasta poner la pistola sobre su tabique. Sus ojos tenían una expresión absoluta de horror, mientras que su rostro seguía impassible.

—¿Tienes miedo? —Gabriel se acercó, susurrándole al oído— No hay nada que temer, serás un héroe. Ya has hecho mucho por mí, ahora ya no me sirves— le acarició el cabello, y le dio un beso en la mejilla— A dormir.

Gabriel tronó los dedos.

La patrulla que estaba estacionada al frente arrancó y una bala dio contra la frente de Tom, quitándole la vida al instante

El hombre salió por la puerta trasera mientras encendía un Pall-mall que había colocado entre sus labios. Dio la vuelta hasta llegar al camión, dejando huellas de sangre tras de sí.

Cerró las puertas del remolque y volvió a entrar a la casa. Arrastró al cadáver de Tom hasta situarlo a pocos pasos de Court.

Tras una larga calada, se puso en cuclillas. Tomó el cigarrillo entre sus dedos y lo apagó en el agujero que la bala había dejado entre las cejas de Tom.

Salió cerrando la puerta de la casa tras de sí, no sin antes tomar la pequeña caja musical de Ahrenys y guardarla en el bolsillo de su gabardina.

Capítulo 6

Caer:

—¡Adam! —la voz de Senna resonó por la habitación, mientras luchaba para sostener a Ivy entre sus brazos.

El chico apareció rápidamente y tomó el cuerpo pálido de la chica como si de una pluma se tratase. La colocó en su cama y le apartó los mechones blancos de cabello del rostro. Adam le dio un beso en la frente, sintió su calor. Ivy estaba bien, solo agotada.

Senna los miró apoyada en el marco de la puerta. Con un toque de nostalgia recordaba el día que conoció a Adam.

Ivy y ella llegaron ahí cuando la pequeña no tenía ni pocos meses de nacida, aún tenía que darle pecho. Habían pasado de grupo en grupo, la gente no podía quedarse asentada en un lugar por mucho tiempo del lado B. La expansión del virus había traído la decadencia y posterior destrucción de las ciudades más espléndidas. Senna había corrido con mucha suerte para no perder sus capacidades, pero sabía que no faltaba mucho tiempo para que fuera su turno.

Llegaron a esa ciudad una fría noche de otoño. La ciudad parecía un fantasma de recuerdos, que otrora habían dado lugar a un pueblo pintoresco. Ahora las paredes deslucidas de las casas y las calles destartaladas le daban un aire de abandono.

Ahí plantado en medio de la avenida principal estaba Adam. Jugaba con la tierra que se había arremolinado durante las ventiscas que anunciaban el cambio de estación. Su carita sucia y sus ojos brillantes le hicieron olvidar a Senna de qué huía.

Viajaban con un grupo de personas que iban a quedarse en esa ciudad por una temporada. Los pocos habitantes que quedaban, vivían bien. Aunque todo se hubiese reducido al trabajo manual hacía varios años, supieron adaptarse y de maneras diversas le daban algo de vida al lugar.

Los lugareños comenzaron a salir de sus casas, con sonrisas grandes y cálidos techos donde pasar la noche. No tenían ya nada que perder.

El pequeño miraba al peculiar grupo con curiosidad brillante. Se alegró al ver cómo la gente del pueblo les recibía y trató de acercarse.

Grave error.

—¿Aún sigues aquí? ¿Por qué no estás en tu casa, desgracia? —una de las ancianas de la comunidad tomó por el brazo al pequeño Adam tirando de él con fuerza, sin importarle el llanto del niño.

Senna se escandalizó al ver eso y trató de alcanzarles con Ivy en brazos, saliendo de la comitiva de bienvenida.

—Puede dejar al niño, no tiene nada de malo.

La señora pretendía no escucharle y al sentir que Senna se acercaba, se giró para detenerla, pero el niño había salido de su agarre corriendo a los pies de la joven mujer.

—¡No le toque!

Pero ya era tarde, Adam había tocado la piel desnuda de los pies de Senna.

—Está... infectado —Atinó a decir la anciana, frente a la máscara de sorpresa y horror en la que se había convertido el rostro de Senna.

Y definitivamente, lo notó en un instante. Como su fuerza mental y su percepción disminuían, hasta apagarse por completo.

Su mente era un remolino de pensamiento.

Olvidó la regla más importante de todas.

Nunca tocar a un portador.

Sin embargo, después de haber perdido su único seguro de vida, Senna sonrió. Se puso en cuclillas para abrazar a Adam. Le dio un beso en cada mejilla, hasta donde resbalaron sus lágrimas creando surcos entre la suciedad del rostro del pequeño.

—¿Cómo se llama? —preguntó, con Ivy y Adam entre los brazos.

—Se llama Adam, sus padres lo han dejado aquí y ya que ha infectado a todos... por piedad no lo matamos. No somos animales —respondió un hombre entre la multitud.

—¿Puedo cuidarlo? —respondió Senna, secándose las lágrimas.

—Lo que usted haga con él no es asunto nuestro —Intervino la anciana— ¿Se va a quedar aquí, con él?

No hizo falta una respuesta. Senna y Ivy podían vivir ahí. ¿Por qué? El único miedo de ella era ese, y sin embargo se había librado de la enorme

carga que suponía ser una de las pocas supervivientes al virus. Ya nadie las seguiría y mientras nadie supiera que Ivy era inmune, estarían bien.

Catorce años habían estado bien, hasta que vio a su hija caer desmayada sin fuerza alguna tras haber hablado con esa niña. ¿Qué habría sucedido? ¿Con qué se refería a “tengo que traerla”?

Senna sabía toda la verdad y aun así no era capaz de explicar -ni aceptar- la relación de su hija con... Ahrenys.

Adam le jaló del brazo, alertándole. Le sorprendía que aquél pequeño se hubiese convertido en un hombre tan grande. Le doblaba la altura, y solía atribuírselo a que era “portador”. También era mudo. Nunca había escuchado una sola palabra salir de su boca, ni un sonido. Sin embargo, recordaba las tardes en las que él e Ivy salían al patio y conversaban durante horas, sin mover los labios.

Salió de sus pensamientos al ver a su hija convulsionar sobre la cama. Senna se lanzó sobre ella y le tomó de las muñecas.

—¿Ivy?! —gritaba la mujer, fuera de sí.

Adam trató de separarla de Ivy, mientras la espalda de la niña se arqueaba y su cuerpo se retorció en movimientos violentos, tan fuertes que amenazaban de tirarle por la cama. Él era lo suficientemente fuerte como para sostener a Senna.

El chico sabía que Ivy estaba bien, solo estaba esforzándose demasiado. También sabía que si Senna intervenía en lo que fuera que estuviera haciendo la niña, podría costarle la vida. -y no solo a Ivy-.

Senna había dejado de luchar contra el agarre de Adam. De alguna manera había logrado comprender que no podría hacer nada por su hija. Tal vez había sido un rastro de habilidad mental que le quedaba, -subestimaba el instinto maternal que da la naturaleza-.

En cambio, estrechó su cuerpo contra los brazos de Adam. Siempre había estado él, su pequeño, para darle seguridad. Tenía miedo de que no durara demasiado.

Y así estuvieron, durante varios minutos hasta que las convulsiones de Ivy pasaron, dejando su frágil cuerpo con un blanco mortecino. Totalmente apagado del brillo que solía tener su piel. Le había robado demasiada fuerza vital el realizar aquella hazaña. Una sonrisa asomó por los labios de la pequeña albina y susurró:

—Corre a la puerta. Ahry llegó.

Ivy se quedó dormida, aun con la sonrisa en los labios.

Senna corrió, con temor a lo que las palabras de su hija podrían significar. Corrió intentando no pensar en lo que todo cambiaría.

Corrió hasta llegar a la puerta, con el rostro desencajado por el miedo. Y ahí la vio. Tirada bajo la sombra del árbol, una nube de pelo rojo como el fuego.

Y la vio caer sin fuerzas sobre el pasto, malherida y casi -casi- muerta.

Y Senna también cayó de rodillas, frente a la puerta de su casa.

Y lloró.

Capítulo 7

Let the sunshine in!

Gabriel durmió en el camión, sobre la carretera que comunicaba al pueblo de Virginia con Selenth, que era el lugar al que debía ir. Durmió sin tener conciencia de la hora. Solo cerró los párpados hasta que sus ojos estaban tan cansados que le dolían.

Tenía por costumbre dormir muy poco. Sus pensamientos -e incluso los de otras personas- hacían casi imposible la tarea. Pero ahí en medio de la nada, pudo pensar sobre lo que le esperaba. En todo ese tiempo que tuvo solamente para él, recordó su infancia. Un niño pequeño, de ojos brillantes; escondidos tras una maraña de rizos castaños.

Recordó con nostalgia sus rodillas raspadas. Cada una de las caídas, -según él- le habían hecho más fuerte. Siempre quiso ser tan bueno como su padre. Un hombre simple, delgado y de sonrisa fácil. Recordaba cómo lo alzaba en brazos y le hacía volar tan alto, que en las tardes de verano cuando solían jugar, Gabriel creía que alcanzaría el sol. Se decepcionaba al saber que en cierto punto volvería a bajar, pero su padre nunca se rindió. Le prometía al pequeño que algún día llegaría. Que sería más grande que cualquier hombre. Que sería... inmortal.

Le hacía bastante ilusión pensar que así sería. El pequeño Gabriel le tenía miedo a la muerte. Pero no quería ser inmortal sin su padre.

- ¿También serás inmortal cuando crezca? — preguntaba, preocupado.

Y él siempre le decía que sí, con una sonrisa en los labios. Y lo volvía a lanzar al aire.

Gabriel le odiaba por eso, por mentirle.

Después de pensar en su padre, cerró los ojos y respiró hondo.

Pronto sus pensamientos dieron paso a la imagen de su madre, que lo acunaba entre sus brazos, mecía su cabello y le daba un beso en cada mejilla. Solía ponerlo sobre sus piernas, envolverlo en una cobija -sin importar su edad- y le cantaba una canción que Gabriel se negaba a recordar ahora.

Entonces llegaba su padre, no importaba de dónde. Besaba a su madre en los labios y a él le acariciaba el cabello.

Era -demasiado- feliz.

Decidió dormir. Pasar a ese punto donde los recuerdos ya no duelen y pueden ser parte de alguien más que no eres tú. Donde no tienes que fingir que algo duele, porque en realidad no lo hace. Puedes volver a tu infancia sin dolor, ni remordimientos. Solo con el sentimiento de añoranza en el pecho, por aquellos tiempos que sabes que no volverán.

Dormía siempre en los brazos de su madre, escuchando esa canción. Y ésta vez, lo hizo de nuevo.

Despertó con la luz del sol calándole en los ojos. Se sorprendió al encontrar rastros aún húmedos de sus lágrimas, bajándole por el costado de la cara. Se las limpió con fiereza, negando todo sentimiento. Si de algo estaba seguro, era de que los hombres como él no podían llorar. No tienen derecho.

Sacó el camión de la carretera, alejándose a cada minuto más de la ciudad, o algún rastro de civilización.

Llegado a un punto donde solo podía ver pastizales amarillentos a su alrededor, apagó el motor y encendió un cigarrillo.

Había empezado a odiar su manía de fumar, pero de alguna manera y por igual, lo agradecía. Solía minimizar la presencia de personas a su alrededor, haciendo las voces callar. Aceptaba con resignación fingida que ya no podría dejarlo. Aun cuando algo en su pecho ardía al fumar, echaba por tierra la culpabilidad que podría ocasionarle. O al menos, eso quería creer.

Se dirigió a la parte trasera del camión arrastrando los pies. Abrió las puertas y subió de un salto. Pasó hasta el fondo, sorteando toda clase de objetos. Consiguió salir con un bidón de gasolina que posteriormente había guardado en una caja, sin que Tom se diera cuenta.

Ahora que le recordaba, sonreía. No se había dado cuenta del silencio que su ausencia le había traído y se pensó muy seriamente el por qué no le había matado antes.

Dejó el bidón en el suelo. Goteaba.

Miraba las cosas de la casa de Courtis Dawson. Todas apiladas con meticulosidad, cada cosa en su lugar. Tanto, que le comenzaron parecer costosas. Gabriel se replanteó el reducir todo a cenizas. Cambió de parecer al recordar que ya nada servía y que aquellos cabrones que le dieron todo a Courtis ahora andaban tras él. ¿Qué clase de suertudo era

ese imbécil como para merecer todo eso?

Le alegraba pensar que había sido él, el encargado de su muerte. Recordó la cara de Court cuando Gabriel en persona le entregó la caja de regalo para Ahrenys.

-Es un colibrí - le dijo Gabriel -No te preocupes, Court. Es un regalo de tu jefe para la niña, pidió que se lo entregaras al llegar, ¿está bien? Esperaremos a que terminen de empacar para guardar sus cosas.-

Había utilizado su persuasión para aquel diálogo. Court había obedecido, sentado como un niño pequeño en el salón de la casa. Pero algo debió salir mal. En realidad, no había querido matarle desde un principio. Pero sí que había sido idiota, era una simple caja, ¿cómo pudo fallar? La niña no lo sabía, el colibrí bloqueaba cualquier transmisión cerebral.

O... ¿en serio era tan fuerte?

No, era imposible. La había sentido al pasar a su lado. Pudo habérsela llevado ahí, cuando regresaba de la escuela. Sonrió, con complicidad. Como si alguien estuviera ahí, siguiendo el hilo de sus pensamientos.

La niña del otro lado solo era un impedimento. Su madre y ella habían dado señales de nuevo, gracias a ese portal. Sería sencillo encontrarlas, solo tenía que cruzar.

Tarareaba una canción que negaba recordar, con el pitillo entre los labios. Subió por el lado del copiloto y sacó de la guantera el colibrí. También tomó la cajita musical de Ahrenys y los guardó en los bolsillos de la gabardina.

Regresó al remolque, a por donde estaba el bidón y con cuidado, vació su contenido sobre el sillón color café donde Courtis Dawson había pasado sus últimos minutos de vida.

Verificó sus posesiones. Unas cuantas monedas, una cajetilla de cigarros a medio terminar. Una caja musical y ese aparatillo infernal.

Bajó de la caja del camión de un salto, le miró por unos segundos, que se le antojaron largos. Indecisos. Sonrió y dejó el cigarrillo a medio consumir sobre el borde. Lo empujó con el dedo índice y comenzó a rodar, en dirección al sillón café.

Gabriel le dio la espalda alejándose con tranquilidad, con las manos en los bolsillos de su pantalón, silbando aquella canción que no podía intentar olvidar.

Escuchó un chisporroteo, seguido por el sonido de algo rompiéndose. En ese momento, supo que el fuego había comenzado.

Caminó hasta bien entrada la tarde. Siguió por la carretera, acercándose con cada paso a su destino. Selenth aún quedaba a algunas horas de distancia en auto, pero pronto divisó la cabina telefónica desde donde había marcado a casa de Bárbara el día de su muerte.

Se apresuró a llegar, por algún motivo desconocido. Justo cuando tomó la manija de la puerta, un Cadillac DeVille '65 se estacionó a su lado.

-Amigo, ¿va a tardar mucho? - preguntó un hombre, desde dentro del auto.

-Sí, pero más adelante hay una cabina; a un kilómetro y medio-.

El desconocido arrancó, haciendo una seña con la mano izquierda para despedirse de Gabriel. Él devolvió el saludo. Olvidó advertirle del coyote desorientado que saldría a su encuentro. Olvidó decirle que bajara la velocidad.

Pretendía olvidar muchas cosas.

Entró a la cabina y metió unas cuantas monedas en el comunicador. La máquina estaba demasiado vieja, pero funcionaba a la perfección. Le sorprendía como era que algunas personas cargaban teléfonos móviles aún, ahora que casi todo eso había acabado.

Llamó a Sarah y le pidió que le recogiera. Esperó sentado en la orilla de la carretera, mientras jugaba con la cajita musical de Ahrenys. Tocaba una melodía sencilla. Waltz of flowers, de Tchaikovski.

La vio acercarse por el lado donde se había perdido aquel desconocido del Cadillac, alrededor de una hora después de su llamada. Él sabía por qué había tardado tanto.

-Disculpa, había un - -

-Accidente, sí. Un Cadillac del 65 chocó contra un poste de teléfono por esquivar un animal, ¿cierto? — Interrumpió Gabriel, subiendo al asiento del copiloto con soltura.

-A veces me das miedo, hombre. ¿Cómo lo sabías? - Preguntó Sarah.

-Estuvo aquí, antes de que te llamara. Se fue acelerando lo suficientemente rápido como para que lo perdiera de vista en menos de

treinta segundos, por tanto, llevaba una velocidad promedio de ciento setenta kilómetros por hora. Hay un incendio a algunas horas de aquí, ¿ves esa columna? Hay animales desorientados por el humo porque el incendio no hace más que expandirse. Lo iniciaron a propósito. Tardarán algunos días en controlarlo. Los animales están huyendo de donde viven, están cruzando la línea que les sirve de cortafuegos. Con todos esos factores en mente, es evidente que a cualquiera puede pasarle si no maneja con precaución, ¿o me equivoco? - Gabriel guardó silencio y entrelazó las manos en su regazo. Ella le miraba expectante.

-Repito. A veces das miedo-. Terminó Sarah, arrancando el auto. Teniendo muy en consideración las palabras de Gabriel, anduvo en silencio durante las horas que tardó su trayecto, mirando constantemente que el velocímetro no pasara los cien kilómetros por hora.

Capítulo 8

Curiosidad:

Ivy despertó al segundo día.

Vio a Ahrenys recostada en la cama, justo a su lado.

La pelirroja yacía sobre un costado, con los labios entreabiertos y el cabello cubriéndole la cara. Ivy tomó unos cuantos mechones y se los puso tras la oreja. Se quedó mirándole algunos minutos, repasando las finas líneas de su rostro. El mentón comenzaba a marcársele y la forma de sus orejas le daba un aspecto feérico. Terminaban en punta.

Vio todo eso y como la primera vez, le besó en la mejilla. Las de Ivy se encendieron al instante, dándole un brillo rosado a ese blanco tan suyo. Blanco como la nieve. Sonrió sin percatarse del cambio tan repentino que habían sufrido sus iris. Pasaron de un gris frío a un azul celeste con iridiscencias violetas. Apenas notorias.

Recorrió el cuerpo de la niña a colores que tenía al frente. Su cabello tan rojo como la sangre, al igual que sus labios. Una sudadera verde, sucia y llena de manchones de color café por uno que otro lado. Bajó hasta sus piernas. La derecha estaba envuelta en vendas, que mostraban una fina línea roja. Ivy arrugó la frente con pesar y acercó su mano para tocarla. Se detuvo a mitad del gesto. No quería despertarla.

Buscó a su alrededor por una señal de la mochila que cargaba consigo la pequeña Ahrenys.

Nada.

La habitación blanca que antes le parecía tan conocida, monótona, normal, ahora se le antojaba completamente ajena. Ivy no pertenecía ahí ahora.

Trató de levantarse, girando su cuerpo lentamente para no mover la cama. Era tan pequeña que ni el esfuerzo valía. Cuando sus pies descalzos tocaron el suelo frío, la niña se estremeció. No sabía cuánto tiempo había pasado ahí, sobre la cama. Se sentía demasiado débil. Logró ponerse en pie después de algunos intentos.

No se movió de su lugar durante algunos segundos.

Arregló cada pliegue de su vestido azul. Le irritaba que su madre y -o- su hermano no se hubiesen tomado la molestia de haberle puesto un pijama.

Cuando supo que estaba lo suficientemente lista, - aunque odiaba las arrugas en su espalda- se miró al espejo que estaba frente a su cama, girando un poco los talones, cuidando no hacer ruido. Alisó su cabello, metiendo sus dedos cuidadosamente entre los mechones que se habían enredado durante su larga siesta, culpa de sus cojines.

Se miró con atención. Observó sus ojos. Ojos nuevos, brillantes y coloridos. Eran muchísimo más bellos que lo que jamás había imaginado. ¡Y sus mejillas! Eran rojas. Rojas como el único labial de su madre. Ivy recordó cuando era pequeña y le pedía besos a su madre. Se regaba un poco de la pintura que ella le dejaba para tener color. Eso le encantaba.

Sonrió ampliamente y le gustó lo que veía.

Inclinó su cabeza hacia la derecha. Verificó que todo estuviera en su lugar, que su cabello cayera correctamente. Hizo otro tanto mientras se inclinaba a la izquierda.

Dejó la habitación saliendo de puntillas hacia la sala, donde su madre y Adam se encargaban de hacer funcionar la máquina con la habían recibido a Ivy el día que llegó Ahrenys a su casa. Les sonrió al acercarse. Ellos no se percataron de su presencia hasta que les habló, con voz fría y pausada. ¿Cuánto tiempo había estado en la cama? Se preguntaba de nuevo.

—Mamá... Ya desperté. Disculpa. ¿Hay algo que pueda hacer para ayudar?

Senna parecía no haberle escuchado, pero Adam le miraba con miedo.

—¿Mamá...? — insistió Ivy, tomando el hombro de su madre.

—Ya te vi. Me alegra que hayas despertado— contestó Senna hablándole a la máquina. —Tu amiga, ¿despertó ya? — continuó, sin mostrar interés.

—No, Ahrenys sigue...

Ivy quiso creer que estaba dormida.

—Pues espero que despierte pronto, tenemos que hablar— Terminó Senna.

La niña supo que no podría alargar la conversación. Conocía el tono de voz que adoptaba su madre cuando no había nada más qué decir.

Evitó la mano de Adam que salía a su encuentro para darle una muestra de cariño. Era muy de él decirle cuánto le quería de mil maneras, pero a

veces era un bloque de madera gigante que solo estorbaba.

Le esquivó pasando a su lado con rapidez. Adam notó la frialdad del gesto y siguió en su cometido, ayudando a Senna.

La pequeña tomó el parasol que tenía al lado de la puerta. Nunca podía salir sin él.

Caminaba grácilmente, casi flotando en el aire. El pasto le llegaba a los tobillos y siempre andaba descalza. Temía perder su conexión con el mundo al ponerse zapatos. Senna había aprendido a aceptarlo, de alguna manera.

Contó sus pasos, uno tras otro hasta llegar al árbol. Eran treinta y cinco exactamente. Ni uno más, ni uno menos. Tocó el tronco tres veces. Dio una vuelta alrededor de él, pasando sus dedos por las duras líneas de la corteza.

Se sentó dejando que su vestido le quedara alrededor como una nube.

Miró el sol en lo alto. En su lado no había horas, ni manera de marcar el tiempo. La gente sabía que debía dormir si había luna, y trabajar si había sol. Era la única regla que aún regía el Lado B.

Le sorprendió como las personas del Lado A no sabían de su mundo, cuando todos le conocían a la perfección en el B.

Escuchó el canto del pájaro que vivía en su árbol. Ivy no quería compartirlo con él, pero al final cedió.

Le llamó por su nombre, el que ella le había puesto y el pequeñito acudió.

Era un colibrí.

Le acarició las alas en cuanto se posó en su dedo, le dio la vuelta con cuidado, admiró sus colores.

Por un momento se sintió culpable al haberlo dejado solo. Ivy había matado con sus propias manos a los demás colibríes que se acercaron. Los odiaba, por alguna extraña razón. Pero éste tenía algo diferente. Solo él podría tener su árbol. Solo él.

Escucho una música tranquila, una que conocía demasiado bien.

Era la caja musical de Ahrenys.

Le dijo a colibrí que se fuera. El pequeño salió zumbando rápidamente y se perdió de vista. Ivy se preguntaba si encontraba flores aun para poder

comer. Supuso que sí.

A medida que la música se intensificaba, cerró los ojos. Respiró hondo y atravesó una bruma espesa, que no le permitía ver. Conocía ese sentimiento. Lo había pasado muchas veces antes, pero esta vez no era difícil, esta vez no le costaba abrirse paso hasta la mente de Ahrenys. Era muy vulnerable mientras estaba dormida y sin la barrera de las dimensiones, a Ivy le resultó sumamente fácil entrar.

Le sorprendió ver sueños nítidos. Ahora Ahrenys soñaba sin otras voces en su cabeza.

Ivy flotaba sobre la escena, como un fantasma en la habitación. Miraba lo que creaba Ahrenys, en su mente evitando despertar. Evitando la realidad.

Ahrenys estaba sentada sobre las piernas de Court con la cajita musical entre sus manos. Él le acariciaba el cabello y Ahrenys reía con una risa infantil, estirando sus piernitas regordetas. Era un bebé de poco más de un año. La imagen se movió rápidamente, dando lugar a una escena similar, pero ahora Ahry tenía siete años. Se acababan de mudar a la casa de la playa -su favorita- y Court seguía con ella sobre sus piernas, mientras Ahrenys reía.

Frente a Ivy fueron pasando cumpleaños, despedidas, mudanzas, risas. No eran recuerdos exactos. Estaban llenos de ilusiones que la pequeña pelirroja se estaba creando. Ahrenys ya no dormía del todo, podía manejar bien las escenas y lo que quería que aparecieran en ellas.

Ivy bajó la guardia. Sin darse cuenta, los ojos comenzaron a humedecerse y la bruma volvió. Se vio a sí misma entrar en escena, a los sueños de Ahrenys y vio como ésta; ahora de su edad actual, se acercaba. Le tomaba de la mano y la llevaba al columpio de Virginia, donde había enterrado la caja dorada. Caminaban por un pasadizo oscuro, tanto que perdió a ambas niñas de vista. En ese momento, una sombra salida de la mente de Ahrenys la engulló desde su sitio fantasmal y la volvió a escupir dentro de su mente.

-¿Te diviertes? - aquello gritó, desorientándola.

Abrió los ojos y tomó aire, tratando de recuperarse de la impresión. Nunca le había pasado eso, ¿es que Ahrenys se dio cuenta que estaba dentro? No quiso creerlo.

Se sorprendió al ver que era tarde. Alcanzaba a percibir el olor de la comida de su madre. En respuesta, el estómago le gruñó. Se adelantó presurosa al comedor y cuidando que sus pies estuvieran totalmente limpios como para acercarse, llamó a Senna, pero quien fue a su

encuentro era alguien muy diferente.

Abrió los brazos para recibir a Ahrenys. Al fin estaba despierta. Pretendió que no había visto nada, y que no sabía que la había despertado.

Una bofetada tiró a Ivy suelo, y su expresión cambio de la felicidad a la confusión total con ese gesto.

-¿Te divertías? - inquirió la niña, con lágrimas en el rostro.

Capítulo 9

Música y vinilos:

Gabriel pasó todo el trayecto a Selenth sumido en sus pensamientos. Imágenes emborronadas cruzaban por su campo de visión cada cierto tiempo. El cansancio había terminado por meterlo en una espiral donde ya no era capaz de distinguir entre lo que era real y lo que no.

Recordaba su charla con Sarah con una mezcla de diversión y picardía. Entre sueños sonreía, mientras la mujer al volante le miraba con algo más que simple interés.

El camino a Selenth era inusualmente largo, el mundo estaba cambiando. La presencia del portal inconstante en la ciudad era algo a lo que podría echarle la culpa.

Gabriel recordaba cómo tan solo hace unos meses, el camino de Virginia a Selenth no había sobrepasado las tres horas. Ese día llevaban cuatro y había perdido el interés por descubrir qué tan cerca estaba... ahora. O ahora.

O ahora.

Solo sabía que estaban cerca.

Lo sabía al ver la atmósfera fluctuar a su alrededor, mientras las nubes se dirigían a un punto específico, convergiendo sobre donde seguramente estaría el portal. La barrera entre ambos lados de la dimensión se estrechaba cada día más. Tristemente, Gabriel sabía cómo terminaría todo.

Le resultaba irónico -y a la vez bastante acertado- comparar las dimensiones con un disco de vinilo. Había un lado A, donde se grababan las canciones populares, que se escuchaban a todas horas en la radio. Perduraban. No se olvidaban.

En cambio, del lado B se grababa material inédito. Si bien excepcional, solía ser relegado a ese lugar donde solo algunos extraños revolucionarios podían jactarse de decir: "conozco esa canción", creyendo ser dignos de admiración. Tristemente no todos podían saltar de un lado a otro del vinilo y el lado B hacía muchos años que nadie lo escuchaba.

Cansado de las metáforas, Gabriel cerró los ojos con una amplia sonrisa en los labios. Abandonándose de nuevo en los brazos de su madre.

Sarah lo despertó sacudiéndole el hombro, con una fuerza mayor a la que él creía poseer.

-Bello durmiente, llegamos - dijo ella mientras bajaba del auto y se dirigía a la parte trasera para sacar las pertenencias de ambos.

Gabriel se desperezó en su asiento, soltando un gran bostezo con el que terminó haciendo alarde de su mal aliento. Miró a Sarah alejarse por el espejo retrovisor. Siguió el contorno de sus piernas, embutidas en unos vaqueros que no le iban nada mal.

Tal vez ella logró captar sus pensamientos -imposible- pero volteó en ese instante, hacia donde Gabriel estiraba las piernas abriendo la puerta del copiloto.

-Ya voy, mujer. No me mates. - dijo él y sintiéndose atrapado en el intento de ver más de lo que debía, sonrió.

-Pareces idiota con esa sonrisa estática tuya. Muévete. - cortó Sarah - Y por cierto, no seré yo quien te mate. - Terminó.

Gabriel la siguió durante algunas calles desde donde habían dejado aparcado el auto. La ciudad de Selenth parecía desierta. Una punzada en el corazón le hizo darse cuenta de que el mundo a pesar de sus metáforas, no era un vinilo. Estaba cediendo, estaba a punto de quebrarse.

Ambos miraron al cielo, donde las aves seguían un camino que no debían y las nubes andaban perdidas en él, con un rumbo erróneo. Tal vez para el orden natural de las cosas lo era, no para ellos.

Caminaron algunos minutos en silencio, mientras Gabriel trataba de minimizar la ansiedad que representaba no fumar, jugando con el pequeño colibrí. Tenía el peso de una moneda de cobre, con un tamaño no mayor al de su puño. Le daba vueltas y lo lanzaba en el aire, tomándolo por la punta de las alas. A Sarah esto no podría parecerle más espeluznante, contando con el hecho de que las mismas estaban hechas con el mismo material que un bisturí. Y con el mismo filo.

Dieron vuelta en un callejón, donde al fondo podía divisarse una luz blanca, cegadora. La misma que Gabriel había visto dentro de la caja del camión el día que fue a por Ahrenys. En ese momento, cayó en la cuenta.

—¿Y por qué no vamos en auto? —preguntó riendo.

—Gabriel, creo que recuerdas que allá no hay combustible. —respondió Sarah, cansada de los comentarios infantiles de su compañero— menos mal que dejaste a Tom atrás. Juro que los habría matado a ambos antes

de llegar acá.

El rostro de la mujer se ensombreció. Tenía miedo de cruzar.

No era el sentimiento de náuseas que experimentabas al hacer el salto, ya lo había hecho muchas veces.

-¿Y qué le dirás a Tabatta? No tenemos a Tom, ni a Ahrenys. - Sarah miró a Gabriel fijamente a los ojos.

Parados frente a aquel portal los cuestionamientos tan importantes le parecían a Gabriel poco más que nimiedades. La fuerza del universo que conocían rompiéndose a pedazos, podría ser muchísimo más importante que calmar los reclamos de una chica como Tabatta.

-Sarah, déjame a mí - Gabriel bajó el tono de voz, ella nunca se daba cuenta de cuando hacía eso. Pero estaba bien, para ambos era lo mejor. - Ahora solo quiero llegar con Isona. Lo demás vendrá después.

Sarah asintió obediente, mirando a Gabriel con estupefacción. Él le tomó de la mano y juntos caminaron hacia la luz.

Cayeron de rodillas al otro lado, respirando con dificultad. A Gabriel se le pasaron rápido las náuseas. Sin embargo, Sarah tuvo que correr al contenedor más cercano para descargar el estómago. Aún no se había acostumbrado.

Gabriel no la culpaba, sus características físicas la hacían más vulnerable a los efectos del cambio. Sarah había nacido en el lado B, con una transmisión neuro-psíquica peculiar, era rastreadora. Podía encontrar personas con tipos de transmisiones diversas, algo que había sido inútil hasta antes de la infección. Ahora se dedicaba a encontrar y llevar al laboratorio -junto con Gabriel y el fallecido Tom- a las personas de ambos lados de la dimensión, para poder brindarles seguridad y sobre todo, una alternativa al final.

Pero para casos como Ahrenys, tenían al colibrí. Un arma diseñada en el laboratorio para neutralizar poderes de determinados individuos, rastreados por una señal directa del ADN del blanco. La niña no podría evadir el control de Gabriel, ni bloquear su dirección para Sarah bajo los efectos del zumbido del colibrí.

También en casos extremos, la pequeña avecita podía matar.

Nunca nadie creyó que fallarían tan estrepitosamente después de esta arma. Pero así fue.

Gabriel pasó la mirada de una amarillenta y débil Sarah a la enorme estructura de hormigón que tenían al frente. El laboratorio Millennial Medical Center se encargaba de todo cuanto debía la última organización en el mundo.

En sus inicios hace más de 300 años, era el laboratorio médico y de investigación más grande del mundo en el lado B. Se encargaba de desarrollar avances clínicos para la supervivencia de la especie. Si bien todos en este lado habían evolucionado en sus capacidades mentales lo suficiente para manejar las transmisiones, su sistema inmunológico y estructura física habían mermado considerablemente.

Los humanos se habían adaptado a consecuencia de los millones de años que la especie había pasado en el mundo. Lograron sobrevivir a tres guerras nucleares, de las que se dice fue producto la mutación que les permitía proyectar habilidades mentales. Los más aptos sobrevivieron, dando lugar a la raza que entonces poblaba el planeta.

Este periodo de adaptación dio lugar a una segregación que terminó por acabar con los vestigios de inteligencia primitiva conocida, quedando así una población pequeña que hizo que el mundo se reorganizara, comenzando con el punto del auge de la civilización en el ahora conocido como Lado B.

Sin embargo, este periodo duró poco tiempo. Las enfermedades comunes amenazaban con borrar la vida en la tierra. Es ahí cuando el laboratorio MMC se creó, con la intención de preservar. Comenzaron a experimentar con virus del pasado que al igual que los humanos, mutaron. Nadie lo esperaba.

El virus MMC-342 tenía la intención de terminar con la viruela, siendo una variación de la misma. Se inyectó a varios sujetos de prueba, que de alguna manera lograron escapar del ambiente controlado iniciando una pandemia que acabó por destruir la civilización súper desarrollada que habitaba el mundo. Poco tiempo había pasado desde aquel fatídico día.

Se dice que el ahora Lado A de la dimensión, había sido creado en algún momento del universo, al mismo tiempo que el Lado B. Sin embargo, ellos no pasaron por ninguna guerra, pero la sobrepoblación a causa de la ausencia de las mismas hizo que el agotamiento de recursos fuera inminente. Gran cantidad de personas murieron a causa de ello, en una serie de sucesos que terminaron por darle un fin similar al de la utopía vivida en el lado B, pero ahí las cosas se mantenían. Comenzaron a utilizar una economía circular en todo el globo, así todo tenía varias vidas sirviendo para sostener a la especie en el planeta.

Sin embargo, algo extraño sucedía. Poco antes del virus, las personas en el lado B se dieron cuenta que existía una conexión entre su mundo y el

alterno.

Algunos lograron pasarla, alterando la vida en ambos lados.

El vinilo se expandía, se doblaba. Los valles y las crestas daban lugar a llanuras, cada vez más extensas. Ahora, el laboratorio MMC trataba de evitar la catástrofe. Tal vez el lado B colapsaría, o el A. Pero tendrían que encontrar una manera de posponerlo.

Ese era el fin que tenía ahora, aquella corporación que en otros tiempos alentaba la vida en el lado B. Encontrar una solución, a un fin probablemente inminente.

Gabriel esperó unos minutos sentado en el suelo al lado de Sarah hasta que ésta pudo ponerse en pie. Él la tomó del hombro, junto con las pertenencias de ambos y entraron en los dominios de Tabatta, la ahora directora de Millenial Medical Center.

Los identificaron al entrar. Verificaron sus pertenencias y algunos minutos después, la luz verde de la sala de espera les indicó que podían pasar.

A ambos ese trámite les parecía innecesario. Gabriel era inmune, al haber nacido en el lado A y Sarah... ella era conocida. Parecía más bien una burla el realizar aquella rutina cada vez que volvían de una misión.

Se separaron poco después al entrar. Ella le dedicó una mirada apesadumbrada al despedirse de él y cerró la puerta al ala de mujeres tras de sí, apenas con la fuerza necesaria. Gabriel siguió por el pasillo principal, con la cajita de Ahrenys entre las manos. Sabía que le encantaría a Isona.

Pasó varias puertas hasta que vio la que le llevaría al ala de niños.

La atravesó, con el cuidado suficiente para que no despertara a nadie ahí dentro. Habían llegado por la madrugada, pero Gabriel sabía que no tendría el tiempo suficiente para ver a su hija a la mañana siguiente.

Anduvo por el pasillo medio iluminado del ala infantil. Dibujos de personajes de cuentos adornaban las paredes. Se diferenciaban las habitaciones de niños y niñas por los colores azul y rosa, respectivamente. Después de pasar por dos cuadros de separación, llegó al que quería. El bloque donde ponían a Isona. Cada niño tenía su cuarto individual, separados por bloques de edades de cinco habitaciones cada bloque. Isona rondaba los ocho años.

Gabriel paró en seco frente al dibujo de un diente de león pegado en la puerta de la habitación de su hija. Recordó con nostalgia cuando la pequeña aun no podía hablar y el corría tras ella en las inmediaciones de los laboratorios, durante las mañanas de primavera. Ella señalaba con entusiasmo los dientes de león, mientras le gritaba: "¡fooo!" a Gabriel, esperando que las viera. Él tomaba uno del suelo y acto seguido, lo soplaba frente a la carita de Isona, que se deshacía en risas después de aquello.

Isona no conocía otro lugar que no fueran esos campos que rodeaban el laboratorio, ni esas paredes de hormigón tan enormes y frías, que a Gabriel le parecían cada vez más pequeñas.

Él apretó los labios, tragándose los recuerdos y con sumo cuidado abrió la puerta de la niña.

La vio ahí, tendida bajo una tenue sábana de color verde. Su silueta estaba dibujada por la luz azulada que desprendía la lamparita de noche que él le había regalado cuando tenía 4 años. Su cabello dorado se le pegaba a la frente, por el calor que hacía esa noche.

Gabriel dejó la cajita musical en la mesita de noche. Acarició a Isona en la mejilla, un leve roce, sin intentar despertarla y fallando en el intento. La pequeña le miró con ojos lacrimosos y emborronados. Tras acostumbrarse a la penumbra, vio que era su padre y se lanzó a su cuello, a abrazarle con fuerza.

Lagrimas silenciosas cayeron de los ojos de ambos. No hicieron falta palabras. Después de separarse tras unos minutos, Gabriel volvió a cubrir a Isona con su sábana verde. Se quedó ahí, sentado a su lado hasta que se quedó dormida. Y tal vez un poco más.

Despertó en su habitación, sin recordar cómo o desde cuando estaba ahí. Al incorporarse, sintió los efectos colaterales de cambiar de dimensión golpeando como campanas en sus sienes. Miró al pie de su cama y encontró su traje blanco perfectamente alisado, al lado de unos zapatos negros, recién lustrados. Sobre aquel paquete, le habían dejado una cajetilla de cigarrillos -bendita seas, Martha- con una nota.

"Te espero a las 12:00, en mi oficina"

Firma: --

-Tabatta - Gabriel suspiró.

Esperaba confrontarse a esa mujer más tarde. Unas horas más le habrían servido. Ver a Isona en el comedor, preguntarle por su regalo. Pero no, él sabía que no tenía derecho a consideraciones.

Después de cavilar un rato sentado al borde de su cama, agradeció a cualquier deidad existente y por existir por la vida de Martha, mientras él encendía un cigarrillo.

Faltaban cinco minutos para la hora pactada por Tabatta y a Gabriel no le importaba llegar con un elegante retraso. Sabía que eso la exasperaba, pero podía darse el lujo de hacerlo después de todo lo que tuvo que pasar culpa de esa niña que tanto obsesionaba a su jefa.

Gabriel se paró frente a la puerta de la oficina principal del laboratorio a las doce con cuatro minutos. Esperó hasta que se hicieron cinco y finalmente llamó.

-Tabatta, soy yo --.

Gabriel se quedó con la frase a la mitad cuando la puerta se abrió frente a él, como abierta por una brisa que -evidentemente- venía desde dentro.

-Pasa, Gabriel- le respondió una suave voz de mujer desde dentro.

Se aventuró en aquella sala enorme, cuyas paredes estaban recubiertas de un acero brillante. El suelo estaba hecho de madera, lo que hacía que sus pasos resonaran más de lo que él tenía intención.

-Cierra al entrar, por favor- continuó la voz, de la cual aún Gabriel no tenía idea de dónde provenía.

La mitad de la habitación estaba sumida en las sombras. Una oscuridad penetrante, que parecía tragarse la luz que se aventuraba en ella. Parecía una ilusión óptica, perfectamente planeada para el momento en el que Gabriel llegara. Él lo sabía.

-Así que... ¿qué tal?, ¿me extrañaste? - comenzó, presentando una amplia sonrisa, mientras miraba su reflejo en la punta de sus zapatos.

La mitad en la que él estaba era luminosa. Pero de un momento a otro, la luz cambió de portador. Dejando a Gabriel en medio de la nada, con esa sensación en el cuello de que algo le atacaría en cualquier momento. Fue

entonces donde pudo verla.

Tabatta le miraba sentada desde detrás de su escritorio, con las manos entrelazadas. Demasiado tensas, para el gusto de Gabriel.

-Te extrañé, sí- reconoció ella, levantándose de su asiento -Y ahora dime, ¿dónde está mi niña? - continuó, con un tono neutro. Sin ninguna emoción.

-No hagamos esto muy largo Tabby, tengo que irme preciosa- le guiñó un ojo, casi seguro de que no podría verlo, agradeciendo en silencio por ello.

Ella caminó hacia la oscuridad, sumergiéndose. Gabriel le perdió de vista y la sensación primitiva de estar al acecho se encendió al instante en él. No sabía si Tabatta podía verle, pero no podía hacer nada para defenderse. No podía verla a los ojos.

-Creo que sería más justo si estamos en igualdad de condiciones- dijo ella, ahora a su lado.

-Me parece bien- respondió, tratando de aliviar su tono mientras se frotaba las manos.

-Oye Gabriel, ¿sabes qué es el poder?

-Algo me han contado- dijo él.

-Creo que no lo suficiente

La voz de Tabatta se alejaba, desprovista de emoción alguna, cosa que le erizaba aún más la piel a Gabriel. Él había aprendido a manejar las emociones de los demás. Eso era terreno desconocido, y le aterraba.

La luz de la habitación de pronto cambio de lugar, de nuevo ocupando la mitad del escritorio de su jefa. Ahora podía mirarla de frente, pero seguía siendo inútil. Tabatta había quedado desprovista de transmisión en el primer ataque. Las personas infectadas por portadores se volvían inmunes a los poderes de los demás.

Tabatta no le llegaba al hombro. Gabriel se consideraba un hombre alto y sin embargo se preguntaba cómo es que alguien como ella había llegado hasta ese punto. En ese momento no le quedaban muchas dudas. Lo tenía enjaulado. Ahora, esa mujer pequeña era su depredador. Él era una presa.

-Repito Gabriel, ¿sabes qué es el poder? -continuó Tabatta.

Ahora que la podía ver, se daba cuenta que era más amenazante de lo que cabía esperar.

-Sí. Lo que yo ejerzo en los demás, al controlarlos- respondió él, sin temor.

-Samir, golpéalo- dijo la mujer, inexpresiva.

Gabriel no pudo anticipar el golpe que lo dejó aturdido en el suelo, seguido de una patada en el abdomen que le dejó sin respiración. Llegaron más golpes, uno tras otro. Pudo ver su propia sangre ensuciando el piso de madera de Tabatta.

-Detente, Samir. Gracias, puedes irte-

Gabriel se dio cuenta que el hombre había salido de la sombra. Todo estaba preparado.

Esa zorra

-Ahora sí, Gabriel. Ya que pasamos la lección del poder, ¿quieres una de lealtad? -

Él sintió un sabor a herrumbre inundándole la boca y escupió, dejando una mezcla sanguinolenta de su saliva en el suelo. Tal vez también unos dientes.

-No, yo... yo creo que estoy bien- respondió entre jadeos, tratando de recuperar el aliento.

-Tienes 8 años buscando a esa niña, lo sabes, ¿verdad? La necesitamos, Gabriel. Esto no es un juego. Déjate de sonrisas falsas, ¿qué haces que no la buscas? ¿acaso quieres que haga contigo lo que le hiciste a Tom? -

Ella no podría saberlo. No le había dicho ni a Sarah.

-No soy tonta, por si te lo preguntas- siguió Tabatta hablándole al jadeante Gabriel, que yacía tirado en el suelo, sin fuerzas para levantarse -Igual, lo haríamos en algún momento. Como haremos contigo si no traes a la niña. Gracias por ahorrarnos el trabajo con Tom. Te perdono la vida por ello esta vez.

Tabatta comenzó a alejarse, camino a la puerta por la que Gabriel había entrado hacía unos minutos.

-Oh, y por cierto- comenzó a rebuscar algo en su bolso, que llevaba a un lado -Dejaste esto en la habitación de Isona, espero que no le hayas

cogido cariño-.

Arrojó la caja musical al suelo, que en un estruendo se rompió. Varios pedazos cayeron cerca de la cara de Gabriel, incluso algunos le dieron en el rostro. Él se giró para evitar ver aquello.

-Isona te extrañaría mucho, o tú a ella. Deberías pensar en eso-.

Capítulo 10

Identidad:

Ahrenys despertó de golpe sentándose en la cama, presa del enojo y la tristeza que ahora inundaban sus recuerdos. Su padre estaba muerto, su vida tal y como la conocía había acabado, ¿y ahora tenía que lidiar con intrusos hasta en sus sueños?

La pequeña se tiró en la cama y se hizo un ovillo. Comenzó a sacudirse levemente mientras lloraba por todo aquello que aunque quisiera, jamás volvería.

Recordó la compañía de cientos de voces en su cabeza, el mundo con más de un millón de colores. Ella no solo escuchaba, también podía ver los pensamientos de las personas. Ahora, todo lo que le rodeaba era gris.

Y no era un gris como el de la culpabilidad, que conocía a la perfección de todas las veces que se miró al espejo. Era un gris opaco. Un color de muerte.

En ese momento, odió a su amiga de toda la vida por arrebatarle la única forma en la que podía huir de todo. La maldad se iba mientras Court le cantaba, acunándola en sus brazos. Ella había fallado. Le dejó dar su vida por ella, sabiendo que no lo merecía.

Había pasado tantos años preguntándose si podría ser normal el querer pagar las cuentas. Le daba vueltas en su cabeza, una y otra vez. Cuánto tenía que pagarse, por qué, a quién, dónde. Tenía solo ocho años, así que había decidido olvidarlo.

Otro tiempo estuvo segura que las drogas eran lo mejor que le habían pasado, cuando ni siquiera había visto algo que se le acercara a una. ¿Y esa música nueva? ¿Por qué le gustaba tanto?

Cuando supo del sexo, fue otra cosa. Conocía el concepto desde pequeña, pero lo pensaba como un juego de adultos. Se aterrorizó cuando supo que sus maestros tenían un affaire bastante más afectuoso de lo que creía.

Recordando, fue cuando quiso saber.

¿Quién era ella?

La sombra de la duda se posó sobre su cabeza, causándole un dolor aun mayor a su corazón. Su padre ya no estaba, no tenía casa. Solo estaba

Ivy en este mundo desconocido, e incluso ella la estaba traicionando.

Cuando Ahrenys supo que su amiga había entrado en su mente pretendió que nada había pasado, esperando que bajara la guardia, para regresarle la broma. Una muy cruel broma.

Ahrenys entró, con sigilo. Nunca había podido hacer eso con nadie, ni creía poder hacerlo de nuevo. Atravesó una fina cortina invisible que le hizo sentir el tacto de la seda. Ivy se protegía con muy poco.

La niña pelirroja husmeó durante algunos minutos con presteza. Evitando levantar sospechas. En un momento, sintió que Ivy se alejaba y comenzó a proyectar frente a su entusiasta público las escenas cortas más bellas de su vida. Podía ignorarlas cuando se encontraba en otra mente. Ajena de sí, dentro de Ivy, a Ahrenys nada le dolía.

Un pensamiento salió directo a donde la niña se encontraba, que poseía un aura azul llameante y gris, ella pudo reconocer que Ivy sentía envidia. ¿Por qué envidia? Ella tenía una madre, un hermano. Un techo y comida.

En ese momento nubló su vista, intentando volver a su mente mientras expulsaba con todas sus fuerzas a Ivy, sacándola de manera violenta y regresándola de golpe a su lugar físico, no sin antes dejarle una advertencia.

“¿Te diviertes?” atinó a decir.

Y ahora estaba ahí. De nuevo en su cuerpo, atrapada en su mente. Creyendo a pies juntillas que los problemas, las personalidades y las mentes ajenas habían sido suyas. De alguna manera, le pertenecían.

Las había adoptado como su bandera. Un estandarte ahora desteñido por la ausencia de aquellos pensamientos que le dieron algo de color a su mente vacía. Ahora el sonido del viento chocando contra la ventana era todo lo que quedaba, junto al latir de su corazón agitado por el llanto.

Escuchó a Ivy quitarse la suciedad de entre los dedos de los pies, con una meticulosidad casi insana.

Ahrenys se levantó en el acto, aun con lágrimas cayendo por sus mejillas. Salió al encuentro de su amiga que ahora le sonreía con los brazos abiertos, fingiendo que nada había pasado. El impulso de abofetearla fue un reflejo de su mente dolida. La sensación más dulce y real que había tenido en toda su vida había sido golpear a la única persona que alguna

vez la había entendido.

-¿Te divertías? - Le dijo al mirarla en el suelo, confundida como nunca antes lo había estado.

Ivy le miró a los ojos. Los tenía rojos, irritados y el camino que hacían sus lágrimas le hizo pensar en el mal que había cometido.

-Ahrenys, yo... lo siento.

¿Eso era todo?

Sí. Nada más hacía falta.

La niña se puso de rodillas frente a su amiga, acariciando su mejilla en un gesto de disculpa. Ahrenys la abrazó con todas sus fuerzas. Ivy sin saber cómo reaccionar, envolvió sus brazos alrededor de Ahry en un gesto torpe, pero cariñoso.

Senna las encontró charlando animosamente en suelo algunos minutos después. Un nudo en su garganta se formó al instante y decidió regresar al patio trasero, evitando verlas. Evitando recordar. Tratando de no pensar en aquello que era de verdad inevitable.

-Ahrenys, ¿hay algo que quieras preguntar? - comenzó Ivy, después de separarse de ella.

-¿Cómo llegué aquí? -preguntó, ahora con una amplia sonrisa que era totalmente desconcertante.

-Cree un portal para traerte. Utilicé el árbol, que podía usar como conexión hacia ti cada día. Solo lo amplié y aterrizaste aquí. Aunque no entiendo cómo es que lo encontraste tan rápido ahora que lo mencionas, pero me alegra que hayas llegado- Ivy puso una mano sobre el hombro de su amiga tratando de parecer tranquilizadora, para minimizar el peso sus palabras.

Ahrenys no entendió la reacción de Ivy y aun con esa sonrisa demasiado amplia, demasiado fingida, prosiguió:

-¿Yo puedo hacerlo?

-La verdad no lo sé, ni siquiera yo creí poder traerte. ¿No te duele la pierna? - Ivy se interrumpió a sí misma, ¿qué andaba mal?

-Un poco. No creo que haya sido la gran cosa.

Ahrenys miró hacia los vendajes, en algunos puntos rojizos, formando una delgada línea de sangre. Ivy se puso en pie, tendiéndole la mano y fueron a donde Senna. Le sorprendió verla caminar con normalidad. Una herida de esa cosa habría resultado en una amputación segura. Ahrenys había corrido con mucha suerte.

Y ahí seguía la sonrisa incómoda, mientras el rastro de sus lágrimas y el color rojo de su cara a causa del llanto aún no se iban. Ivy la miraba con detenimiento. La expresión de Ahrenys era una pétrea máscara de teatro. Una sonrisa antinatural sobre un rostro que parecía más bien la antítesis de la felicidad.

-¿Qué carajo te pasa? - Ivy se puso frente a Ahrenys tomándola por los hombros y parándola en seco -¿Qué es esa sonrisa de loca? -.

- ¿A qué te refieres? - La niña borró su sonrisa de forma inmediata y miró a Ivy a los ojos -¿hice algo mal? - su labio inferior comenzó a temblar.

-No, para nada. Hey, Ahry. Todo está bien -Ivy se alejó de ella. Se dio cuenta de lo dura que había sido, pero su reacción seguía siendo igual o más desconcertante que su sonrisa -Entiendo, acabaste de llegar, no sabes qué ha pasado con tu casa. Tu padre ya no está y bueno, estarás bien. Puedes quedarte aquí para siempre.

Ivette le sonrió. Tenía por mala costumbre hablar de más, no sabía hasta qué punto le afectaban sus palabras a Ahrenys. Por lo visto, no lo suficiente.

-Está bien- y de nuevo, la sonrisa fría.

-Espera, solo quería saber, ¿por qué sonríes así? - Ivy no podía darse por rendida.

La anti naturalidad de las expresiones en Ahrenys le erizaban la piel a un nivel indescriptible, le incomodaba demasiado como para ser capaz de ignorarla. Miró a Ivy frunciendo el entrecejo. Se preocupó meditando su respuesta muchísimo más de la cuenta.

-¿Puedes decirme qué hacer? - preguntó Ahrenys mirándole fijamente con una sonrisa un poco menos espeluznante, mientras las lágrimas volvían a correr por sus mejillas -No sé quién soy.

Ivy miró dentro de Ahrenys, con una facilidad que le pareció escalofriante. Ahora, estaba completamente vacía. Las lágrimas que corrían por sus mejillas no eran de tristeza, ni felicidad.

Eran el reflejo de la desolación absoluta.

En soledad, en el silencio, escuchas el sonido que hace tu corazón. Sientes la sangre correr por tus venas y el aire que entra en tus oídos se amplifica, dándole a todo un sentido.

La reacción desesperada de un cuerpo por llenar el vacío.

Ahrenys era una hoja en blanco. Sin nada que escuchar. Nada que sentir.

La desesperación salía por su rostro, por sus labios. En forma de esa sonrisa, tan desubicada como una chica en una dimensión desconocida.

Dulce ironía. Eso era.

Ivy se compadeció de ella.

Desde pequeña, había sido solo ella con sus pensamientos. Nadie que interfiriera en su forma de pensar, en sus sueños, acciones. En cada pequeña cosa. Ivy era ella, para bien o para mal.

Ahrenys era nadie, por haber tenido que lidiar durante toda su vida con propósitos, problemas, y alegrías ajenas. Ahora que la habían despojado de todo el ruido...

Podría ser una gran oportunidad.

Empezar desde cero. Ivy se debatía entre formarla a su voluntad, o dejarla descubrir el mundo, tanto como a sí misma.

Pequeñas cosas tan básicas como el norte o el sur ahora eran demasiado ambiguas para ella en su intento por descubrir cómo enseñárselas a Ahrenys. La miró a los ojos, consternada. Como si el mundo se hubiese detenido en su reflexión.

El mundo a través de los ojos de Ivy no era bueno. Ella tenía como principal consigna: "sobrevivir sin mirar atrás".

Amaba a su madre, pero sabía que si la buscaban, la dejaría. Tanto como a Adam, que había utilizado toda la vida para hacer lo que ella quería.

Recordó a los pequeños colibríes que acudían a su llamado, solo para encontrarse con la muerte. Les retorció el cuello hasta que dejaban de hacer ruido y los tiraba bajo el árbol. Hasta que dejaron de llegar.

Odiaba compartir.

Ahora, con Ahrenys al frente, la niña que había cuidado toda la vida -aun cuando tenían la misma edad- se preguntaba si había valido la pena traerla. Si de verdad no estaría mejor muerta que en sus manos.

El remordimiento le invadió como un relámpago.

No le haría eso a Ahrenys. Podría redimirse.

Aún podía.

-No sé si de verdad pueda decirte qué hacer, Ahry- finalmente respondió -pero sé qué quiero hacer ahora- marcando con énfasis esa palabra, le limpió las lágrimas con el dorso de la mano.

Era bella. Demasiado bella. Ivy sospechaba que le había robado todo el color y a pesar de ello, ya no tenía envidia.

-¿Qué haremos? ¿comer? - respondió Ahrenys entusiasta, mientras reanudaba la marcha de la mano de su amiga.

A Ivy le costaría acostumbrarse a esos cambios tan repentinos de humor.

-Sí y después me enseñas a montar un columpio.

Ahrenys sonrió de oreja a oreja, mientras los recuerdos acudieron a su cabeza. Puede decirse que fue feliz, aunque no lo supiera.

Pasaron la tarde conversando bajo la mirada inquisidora de Senna y las interrupciones constantes de Adam. Tenía dieciocho años y la edad mental de un niño de cinco. Sin embargo, no dejaba de ser un gigante amistoso. Tomaba a Ivy en brazos y la alzaba, sin avisar. Sacándole unas carcajadas histéricas a Ahrenys.

Mientras ella más se reía, Adam lo repetía con mayor constancia.

A Ivy el juego la tenía agotada, pero la alegría de ambos la obligaba a ceder.

Cuando el sol bajó, decidieron hacer un columpio. Ahrenys se sintió feliz de coordinar la operación, a final de cuentas, era la única que sabía cómo hacerlo. Encontraron una cuerda, que Adam amarró a la rama más alta del árbol.

Ivy lo probó primero, con la inseguridad primeriza de un niño pequeño.

Ahrenys la empujaba con un ritmo constante.

Adam las miraba en silencio, sentado a una distancia considerable para que no llegaran a golpearle, pero lo suficientemente cerca para evitar un incidente.

Reían al compás del vaivén de Ivy en el columpio. Ella se sentía mágica. Su cabello blanco ondeando al viento mientras subía y veía todo desde lo alto.

Regresaba con la misma velocidad y su cabello se le pegaba a la cara, ahogando sus risas para evitar que los mechones se metieran en su boca. Las risas se vieron interrumpidas por el sonido de una rama al resquebrajarse y acto seguido, Ivy cayó al suelo, en un revoltijo de piernas y manos, y cabello blanco.

Tras el segundo de silencio vinieron las risas, incontrolables, por parte de aquellos que miraban la escena.

No se detuvieron a preguntar si estaba bien. No podían hacer nada más que reír.

Después de unos segundos de confusión -y pasado el dolor en sus partes traseras- Ivy se les unió.

El trío contenía la risa en intervalos, que continuaba tras un:

—¡Pero tu cara, Ivy! —de Ahrenys.

Podrían pararse a disfrutar de una escena tan inusualmente cotidiana como esa. Tres niños dejando la infancia detrás, una sin identidad, uno sin voz. La última sin camino.

Podríamos detenernos a observar como sus risas van bajando a ese tono neutro en el que intentas recuperar la respiración por un buen rato. Tristemente, el tiempo no se detiene para nadie.

Era el cumpleaños quince de Ahrenys.

—Oye, Ivy. ¿Esto es felicidad? —preguntó la pelirroja, aún jadeante por el esfuerzo.

Ivy atinó a decir que sí.

Eran felices. Ahora lo sabían.

Capítulo 11

Flotar:

Los días siguientes transcurrieron con la normalidad de la que podía llegar a gozar aquel trío.

Ahrenys paraba las actividades normales de la casa para preguntar cosas como:

—¿Y cómo se siente la tristeza?

Ivy estaba segura de que Ahrenys la había sentido. Separar la tristeza de la amalgama de sentimientos que tenía la chica cuando recordaba a Court, eran una tarea temeraria. Pero después de varias horas de explicación, introspección y de desechar la idea de la nostalgia, Ivy logró hacer que Ahrenys se sintiera triste, triste de verdad.

Se arrepintió en breve, ya que fue el sentimiento que predominó en la chica. Lloraba al ver el columpio, al salir al patio. Lloraba al ver el cielo.

Ivy tuvo que convencerle que por el bien existía el mal, tratando de convencerse a sí misma, en un esfuerzo inmenso por reprimir sus propias convicciones. Ahrenys había dejado de llorar. No extrañaba a Court, solo a sus recuerdos. Parecía ser algo bastante racional, válido incluso, mientras dejara a Ivy en paz con eso.

Ese mismo día le preguntó por el amor. Ivy solo pudo abrazarla.

Ahrenys entendió.

Otro día había preguntado por algo menos abstracto.

—¿Por qué puedo leer las cabezas de las personas, Ivy?

La curiosidad infantil de Ahrenys había dejado de cansarle, le enternecía ver en esa mirada perdida la duda absoluta, incluso hasta de su propio nombre. Por otro lado, para Ivy esa respuesta ya era sencilla.

—Porque eres producto de la adaptación genética de miles de años. Porque tu cerebro puede realizar conexiones más allá del espacio físico que ocupan tus neuronas. Eso lo entiendes, ¿verdad? —le respondió como si no hace pocas horas le hubiese explicado la tristeza, como un sentimiento que debería conocer.

—Puedo entenderlo, sé lo que es. Aprendí algo en la escuela— Ahrenys se sentía feliz por saberlo— ¿Puedo hacer algo más que solo ver

pensamientos? Tú podías columpiarme...--

—Sí, puedo. Pero solo puedo proyectar el movimiento al otro lado, donde tú estabas, ¿recuerdas? —esperó ver a Ahrenys asentir y siguió— bien, hay diversas formas de proyección. Puedes usar la telequinesis, telepatía, que eso ya lo haces. En fin, hay miles de formas en las que puedes usar tu fuerza, sólo es cuestión de práctica.

Terminó Ivy, con una sonrisa de satisfacción. Sus explicaciones bien le valían un aplauso. Uno que esperó y jamás llegó.

—¿Puedo practicar?

—¿Con qué quieres empezar? —la piel de Ivy se erizó. No esperaba esa pregunta, pero tampoco se veía capaz de obstaculizar la curiosidad de la niña que tenía al frente.

Al instante, la vista de Ahrenys se fijó en el cepillo de Senna, que se encontraba sobre la mesa de noche de su habitación.

Muévete, muévete, muévete

Y lo había logrado. El cepillo se había sacudido, después de levantarse algunos centímetros y volver a caer en el mismo lugar.

Ahrenys estaba extasiada. Sus mejillas sonrojadas demostraban el esfuerzo que le había costado hacerlo y miraba a Ivy como si el mismísimo Dios hubiera bajado a hablarle. Comenzó a saltar, eufórica.

Ivy por su lado trató de no darle importancia, aunque una punzada de ira crecía en su corazón. Ella jamás fue capaz de mover ese cepillo, ni absolutamente nada en la casa. De igual manera, trató de ignorar las horas que Ahrenys pasó moviendo cuadros, almohadas, cucharas, platos y vasos. Y para colmo, al mismo tiempo.

Mejóro de manera increíble en pocas horas, cayendo en la cuenta de que la habilidad venía con Ahrenys, pero nunca la había usado.

Se volvió tan temeraria en sus pequeñas -enormes- ejecuciones, que le pidió a Ivy que dejara de moverse. La levantaría y la volvería a dejar en su lugar, como si de una pluma se tratase, -prometió-.

Al principio, todo estuvo de maravilla. Las venas en las sienes de Ahrenys eran visibles y el color de su rostro comenzaba a tornarse en un rojo intenso. Ivy sentía un cosquilleo que la envolvía con fuerza, pero a la vez sin hacerle daño y comenzó a sorprenderse de la fuerza que su amiga

tenía.

Sus pies comenzaron a separarse del suelo, unos pocos centímetros. Ambas rieron en celebración, con las manos en alto.

En ese momento, Adam entró aterrado a la habitación. Al ver a Ivy flotar, le dio la sensación de que algo malo estaba sucediendo. Corrió para alcanzar a Ahrenys, la causa del mal -según Senna- y la tiró al suelo, con él sobre ella, sujetándola por los hombros. Ivy cayó al instante, golpeándose en la cabeza.

Ahrenys estaba fuera de sí, había dejado caer a Ivy. Ahora no sabía si estaba bien, no podía quitarse a Adam de encima. Él por su parte, aun no cabía en las implicaciones de sus actos. Solo quería proteger a Ivy. No podía moverse, el susto lo había dejado anclado al suelo, sobre los hombros de Ahrenys, confundido. Podría decirse que incluso desorientado.

-Adam, mírame- dijo ella, haciendo acopio de toda su fuerza de voluntad para no llorar de nuevo.

Volteó obediente, mirando a Ahrenys a los ojos. Solo había una oportunidad.

Doblegó su mente, entrando como antes había hecho con Ivy ahora por los ojos de Adam. Esta vez la transición fue dolorosa, incluso de manera física. Hizo una mueca al pasar. Como si miles de agujas le dieran un pinchazo a cada parte de su cuerpo en un instante y al siguiente, nada.

Adam, suéltame y ve con Senna.

El gigante se levantó dando tumbos, aun sin acostumbrarse a la sensación de un intruso en su cabeza, pero sin oponer demasiada resistencia.

Ahrenys podía ver a través de los ojos de Adam, tanto como los de ella. Veía todo en una pantalla dividida, como en un multijugador de videojuegos.

Ella trataba de no moverse de su lugar físico mientras buscaba a Senna dentro de Adam, pero logró sentarse sobre la cama sin marearse.

La encontró tras las sábanas que colgaba en el patio. La miró bajo la luz de la luna, cansada. No le había dirigido una palabra desde que había llegado ahí, tal vez no era el momento...

Pero ya era tarde. Senna vio a Adam acercarse con sigilo, pero con la preocupación saltando en su rostro. A pesar de todo, su sexto sentido maternal jamás había sufrido un averío. Corrió al instante seguida de

Adam a donde estaban Ivy y Ahrenys.

A la niña le sorprendió verse desde los ojos del hermano de Ivy. El aspecto que daba era espantoso. Su cabello enmarañado en varios cúmulos mugrientos de sudor y polvo, daba el aspecto de que tenía nidos en la cabeza. Unas ojeras enormes se le habían formado dándole un toque sombrío y mortecino -si bien cabía- a toda ella en conjunto.

Decidió terminar la conexión gentilmente, saliendo con cautela mientras se deslizaba como el aire por una rendija fuera de la mente de Adam. Esta vez el dolor fue más real, más intenso. Pero solo en una parte del cuerpo. La mejilla izquierda le ardía y al instante supo por qué, al ver la mano de Senna dirigiéndose a una velocidad increíble hacía ella.

De nuevo, el dolor. -¡Idiota! ¿Qué le hiciste a mi hija?

Capítulo 12

Cristal:

Aquel episodio había quedado en el pasado, sin embargo, tras dos largos días con sus respectivas noches Ivy seguía sin despertar. Ahrenys había pasado todo ese tiempo a su lado, al igual que Senna, que solo salía ocasionalmente para comer, lavar y llevar a cabo otras necesidades más básicas.

Ambas se miraban con recelo. Senna culpaba a Ahrenys de todo lo malo que había sucedido -y habría de suceder- en su casa. No tenía ningún remordimiento en hacérselo notar a cada momento.

Ahrenys había conocido demasiados insultos y formas de desear la muerte de alguien en tan solo dos noches. Bajo la apariencia taciturna y apagada de Senna, se escondía una furia inmensa. Ahrenys lloraba cada vez que escuchaba a la madre de Ivy desatarla contra ella.

Era el mismo ritual cada mañana.

Senna traía una silla. La recargaba en la pared frente a la cama de Ivy, escupía a Ahrenys y descargaba una sarta de improperios que escandalizarían a cualquiera. Paraba hasta que hacía a Ahrenys llorar y se alejaba tranquila a reparar aquella máquina, hacer de comer, o cualquier otra cosa que le privara la visión de aquella niña, que tanto le había arrebatado.

Adam aprovechaba los momentos en los que Senna no estaba dentro de la habitación para llevarle comida y agua a Ahrenys. Le sonreía ampliamente y le alborotaba el cabello. Aquel gesto de humanidad del muchacho había calado profundamente en el corazón de la niña. Ahora se sentía agradecida, a pesar de lo que había sucedido.

La mañana del tercer día fue diferente.

Cuando Ahrenys despertó, Senna ya estaba ahí sentada, con las manos entrelazadas en el regazo. Erguida, casi orgullosa, a pesar del aspecto que tenía. Las ojeras le ocupaban -casi- la mitad de la cara. El cabello negro entrecano le salía en todas direcciones por una coleta medio amarrada. Ahrenys nunca le había puesto atención. Siempre bajaba la cabeza cuando Senna llegaba hasta que se iba.

La voz que salió de sus labios le erizó la piel.

-Ahrenys.

La niña no dio contestación esperando el torrente de furia matutino de Senna, pero esta vez no la miraba. Ahora solo veía fijamente a Ivy, con ojos enrojecidos por haber llorado toda la noche.

-Ahrenys- repitió Senna, después de un largo suspiro -¿sabes cómo sé tu nombre? -.

Esta vez, la niña se atrevió a responder.

-No, pero me gustaría saberlo- Ahrenys se sentó al borde de la cama en dirección a Senna, que seguía sin mirarla.

-Leah era amiga mía.

Aquella revelación le cayó a la niña como una cubeta de agua fría. No tuvo palabras para responder a eso. Sin embargo, no las necesitó.

-Ella me dijo que te pondría así, y entonces simplemente huyó- Senna hizo una larga pausa -por tu culpa la mataron, ¿lo sabías? -.

Ahora, la mujer la miraba. Ya no había ira en sus ojos. Solo una profunda tristeza, guardada durante años.

-¿C.. Cómo la conociste? - la mente de Ahrenys trabajaba a toda velocidad, tratando de comprender.

-Eso no es importante. Yo quisiera saber cómo fue que conociste a Ivy, ¿puedes contarme?

Ahrenys esperó. Al ver que Senna no daría explicaciones, decidió comenzar.

-Ella solo llegaba. Yo nunca le llamé -miró a la mujer en busca de una disculpa asomando por sus ojos. Nada -Ivy se volvió mi amiga, jugábamos juntas. Yo no sabía que ella estaba aquí. No sabía nada de esto- Ahrenys comenzó a llorar, atragantándose con sus palabras. Sintiendo la culpa caer sobre sus hombros.

-Disculpa.

Aquella palabra desató todos los sentimientos dentro de Ahrenys que instintivamente, corrió a los brazos de Senna. Ella no la rechazó.

-Tu nunca has hecho nada malo, ¿verdad?- preguntó la niña, entre

sollozos.

Esas palabras tomaron desprevenida a Senna. Ahrenys notó como sus brazos ya no la envolvían. Prefirió no haber dicho nada.

-He hecho cosas malas, como gritarte- tomó la cara de la niña entre sus manos y le plantó un beso en la frente -¿me perdonarás algún día?

Ahrenys no lo dijo, pero no había nada que perdonar.

Salieron de la habitación después de un rato.

Comieron juntos Adam, Senna y Ahrenys. La pequeña les contó un poco de su vida en el lado A, y Senna confesó lo que había estado haciendo junto a Adam cuando Ahrenys había llegado.

-Curamos tu pierna en cuanto llegaste. Afortunadamente no eran cortes muy profundos y Adam se encargó de ellos. Pasamos la noche en vela esperando que despertaran. Cuando dijo que estaban bien- señaló a Adam -seguimos con la máquina. ¿Quieres saber para qué sirve?

Adam se levantó de la mesa, tirando todo a su paso. A Senna le sacó una sonrisa radiante, que le devolvió la vida a su rostro. Ahrenys se alegraba de que las cosas estuvieran bien. En cuanto Ivy despertara, jugarían y seguiría aprendiendo cosas de sus poderes y las dimensiones y- -

-Senna, si sabes que Ivy está bien ¿por qué seguías en la habitación?- preguntó Ahrenys, después de encajar algunas piezas.

-Te cuidaba a ti. Tienes sueños horribles, tenía miedo de que le hicieras algo a Ivy.

Ambas dejaron el tema por zanjado cuando vieron aparecer a Adam con el armatoste entre sus manos.

Tenía una pantalla delgada y grande al frente, parecida a la de los teléfonos táctiles de los que Ahrenys había oído hablar. Era una armazón con varias antenas de diversos tamaños, pegadas a una base circular donde se sentaba la pantalla. Sobre ésta, había una clase de esfera de cristal que refulgía en tonos rosados y amarillos.

-Vamos con ella afuera.

Adam volvió a llevarla en brazos. Para ser tan grande, le estaba costando trabajo cargarla. Ahrenys creyó que era muy pesada, pero después intentaría moverla. El pensamiento le regaló una sonrisa.

Se sentaron bajo el árbol, ya totalmente desprovisto de hojas. El viento auguraba una ventisca -al menos-, sin embargo, Ahrenys no tenía frío. Había empezado a usar los vestidos de Ivy, que le quedaban ajustados.

-Ahrenys, ¿sigues aquí?- Senna la miró con curiosidad, tratando de encontrar algo en sus pensamientos.

-Sí, ¿para qué sirve?

-Para los que hemos perdido nuestros poderes nos es imposible comunicarnos con el otro lado. Adam, Ivy y yo hemos estado trabajando en esto. Ivy perdió el interés después de darse cuenta que nada sacaría, pero al fin lo terminamos.

Senna mostraba su invento con orgullo y su rostro se había iluminado. Algo cambió profundamente en ella en pocos minutos. Ahrenys no intentó averiguar.

-¿Sirve?- preguntó la niña, acercando su mano al orbe.

Un golpe en el dorso le hizo saber que eso no se tocaba, pero sonrió.

-Eso es lo que veremos ahora.

Senna le hizo un ademán a Ahrenys para que se acercara. Rieron, mientras sus manos se posaban sobre la bola de cristal. Al instante, los colores cambiaron al verde y azul. Parecían reflejar el mar.

Ahrenys se quedó maravillada con aquel invento. Para ella parecía imposible que esas cosas sucedieran, mientras Senna lo tomaba con una normalidad rayana en lo cotidiano. La pantalla comenzó a mostrar una interferencia de puntos granulados, que después de unos minutos se convirtieron en una línea blanca, recta sobre un fondo negro.

-Murió- pensó Ahrenys, divertida.

-¿Me escuchan?-

Una voz salió del aparato, mientras las ondulaciones que formaba se reflejaban en la pantalla.

Ahrenys quitó las manos al instante. Una mirada de Senna le hizo saber que había hecho una estupidez. Las devolvió a su lugar y la pantalla se encendió al instante, mientras la voz continuaba.

-...Dawson. ¿Me escuchan? A todos en el otro lado, queremos encontrar a Ahrenys Dawson. ¿Me escuchan? A todos en el otro lado, queremos

encontrar a Ahrenys Dawson. ¿Me...- -

Ahrenys soltó el orbe y miró a Senna, con los ojos desorbitados.

-Ahrenys, creo que son buenos. Hey, espera. No tengas miedo.

Los recuerdos de la tarde en que había llegado ahí recorrieron su mente en una vorágine de asco, miedo y repulsión. No podía volver. La buscaban y seguían sin descansar.

La niña entró corriendo a la habitación de Senna y cerró la puerta mentalmente. Escuchó el portazo a sus espaldas y se dejó caer a la orilla de la cama. Tenía que correr, la encontrarían tarde o temprano. No quería hacerle daño a Ivy, o a Senna. A nadie.

Sus sollozos desesperados le impedían escuchar lo que sucedía más allá del dormitorio de Senna.

Ivy había despertado.

Corrió a donde estaba su madre, interceptándola en la puerta. La fuerza de Ivy la hizo tambalear, pero le devolvió el abrazo con la misma intensidad.

-Ivy, ¿qué viste?

El corazón en el pecho de la niña parecía querer salir. Miró a Senna a los ojos, esperando que comprendiera. Rogando porque no culpara a Ahrenys esta vez.

-Ya viene.

-¿Quién? ¿Del otro lado? Sí, buscan a Ahrenys- Senna trató de calmar los temores de Ivy, acariciándole el cabello. Abrirían un portal y pasarían a Ahrenys con las personas que la protegían antes. Eso estaba bien

-¡No mamá, no es bueno!

-¿Qué?- la mujer había dejado de comprender -Los de la radio...

-¡Ellos no, Gabriel!- gritó Ivy, dejándose caer a los pies de Senna -Ya viene-.

Capítulo 13

Bailar:

—Isona, ¿qué ves?

Ella le susurró al oído. Le dijo tres palabras que nadie quiere escuchar y sin embargo todos conocen.

Él simplemente sonrió.

Estaban acostados sobre la cama de Gabriel, abrazados. Isona lo miraba a los ojos, con el dedo pulgar en los labios.

—Papi, tengo miedo —agachó la cabeza en el pecho de su padre, él le acariciaba el cabello.

—Isona, no hay nada que temer. Tu luz está aquí, yo también te voy a cuidar.

—No siempre está la luz encendida. Tú no estarás para siempre.

Aquellas palabras resonaban en la mente de Gabriel cada mañana, mientras veía a Isona correr por el enorme corredor del laboratorio, detrás de sus amigos. Fingía que no estaba, tratando de ignorar la larga cabellera dorada de su hija revoloteando por cualquier lugar. El corazón le daba un vuelco cuando la veía pasar cerca de él, pero aun así, su semblante se mantenía intacto.

Frente a Isona no fumaba, ni la ansiedad acudía a él. Se sentía feliz y a la vez un idiota por no poder darle absolutamente nada. La tenía confinada a una clase de vida que el desearía jamás haber tenido. Sin embargo, ahí estaba. Entre esas enormes paredes que sin importar el tamaño, seguían siendo una jaula.

Fingía no conocer a Isona en público para no causarle problemas. La mayoría de las personas que vivían por ahí, lo tenían por un ser despreciable. Ser la hija de un indeseable puede ser asqueroso. Se sentía culpable por todo y a la vez feliz porque esa niña hubiese llegado a su vida.

Dormían juntos cuando Gabriel estaba en el laboratorio. Él procuraba irse de noche, cuando Isona dormía. La llevaba a su habitación en brazos, le daba un beso en la frente y se iba. Esperando volver.

Había recibido la misión una semana después del incidente de Tabatta.

Ambos pretendían que no había pasado nada.

Excelentes actores.

—Gabriel, la niña está en Virginia. No sabemos a cuántas horas se encuentre ahora, no tenemos vehículos y saltar de lado a lado para llegar más rápido no va a servir ésta vez. No queremos perderla de nuevo— el tono que Tabatta estaba usando era demasiado acusador para el gusto de Gabriel.

—De acuerdo, ¿quién más irá?

En la sala de reuniones había 10 personas, Gabriel fue pasando la vista de uno en uno. Conocía la respuesta, pero le gustaba atreverse a formular esa pregunta.

Tabatta ocupaba el asiento principal, justo enfrente de Gabriel. Nunca supo por qué le había asignado esa maldita silla, pero prefería callar. Los moretones sanan rápido, el orgullo nunca.

Todos los imbéciles en la habitación eran personas del lado B, reducidos a masas andantes, que a duras penas Gabriel lograba considerar seres humanos. Sí, tenían inteligencia. Pero no tenían transmisiones. Él era superior, era algo que ni Tabatta ni nadie podía arrebatarse.

Todos esos, imbéciles parlantes que solo podían contribuir con algo más inútil que piedras en el bolsillo. Les gustaba llamar a esas piedras “consejos”. Eran lo que su muy amable jefa solía llamar comisión secreta, -un aplauso para el nombre, por favor- y Gabriel los odiaba. Excepto a Sarah, a ella la respetaba, pero sin duda alguna no podría considerarla su igual.

Para sorpresa de Gabriel, Sarah no levantó la mano.

Gesto que no cambió la respuesta que él deseaba obtener. Ahora ambos llenaban sus maletas de viaje, llevando provisiones -tres cajetillas de cigarros y un poco de carne seca- para el camino.

Isona lo veía empacar sentada en un pequeño sillón al lado de la cama de Gabriel, mientras leía una versión de Alicia en el País de las Maravillas en la que Alicia mataba al sombrerero y no volvía jamás.

Parecía un presagio. Gabriel deseaba haberle traído la versión más amable del lado A, pero a Isona le encantaba. Incluso tenía un sombrero gigante que él había mandado confeccionar como regalo de uno de sus tantos viajes sobre el vinilo.

—¿Te vas hoy? —preguntó Isona, sin despegar la vista de su libro. Ahora veía una imagen muy explícita de Alicia con una espada ensangrentada y una expresión enloquecida que le erizaba la piel a Gabriel

—Sabes que sí.

Él soltó la maleta y sus cosas, sentándose en su cama para ver a Isona. Ella cambió la página.

—Ya no me hagas eso, papá. Odio despertar sin ti.

—Está bien, pero igual despertarás sin mí, ¿qué hay de malo con que te lleve a tu cama?

—Es un engaño. Tu cama huele a ti. Déjame aquí —respondió ella, mientras dejaba el libro en el suelo y giró la vista a Gabriel— Déjame aquí, por favor. No moveré nada de su lugar, incluso aguantaré el olor de tus cigarros aunque no estés.

Gabriel quiso creer que la engañaba. Un amago de sonrisa se dibujó en su rostro, su hija era demasiado lista como para eso.

—Isona, si fumo - -

—No, no es por eso —le interrumpió, antes de que siquiera llegase a formular su pregunta- incluso no será pronto. Por eso no me he preocupado, pero déjame aquí.

Él cedió.

Al caer la noche, trató de conciliar el sueño. Algo en el ambiente le parecía pesado, como esperando. Algo había cambiado.

Cerró los ojos y al instante lo vio. Una silueta dibujándose en la película de imágenes que comenzaban a pasar por su mente, en vivo y a todo color.

Seguía siendo la misma escena de todas las noches, pero cada día tenía un complemento. Ahora su padre fumaba y despedía un olor a tabaco y vainilla. Le fascinaba. Su madre le mecía, ahora sin cantar. La música salía de un tocadiscos, una sola canción grabada cientos de veces en un vinilo.

A Gabriel le hizo gracia la idea de darle la vuelta. Se encontraría tal vez con una versión más escalofriante y triste de esa melodía que conocía por completo. Dejaba tal vez una enseñanza. No te metas con la melancolía,

debes ser feliz.

Todo era feliz mientras se veía en retrospectiva.

La escena seguía siendo dulce. Desde su posición de espectador, Gabriel disfrutaba de la vista que se colaba por la ventana de la casa en la que vivió los primeros años de su vida. Un colibrí se posó en el marco de cristal.

Sonrió. Parecía que comenzaba a poner cosas que definitivamente estaban fuera de lugar. La sombra del otro lado de la puerta se le antojaba inquietante, a pesar de todos esos objetos que pertenecían a la realidad, no al pasado de añoranzas y felicidad de Gabriel.

Se acercó en su forma etérea a la puerta. La sombra reaccionó de manera instintiva, como si tuviera vida propia. Trató de recordar a quién pertenecía, y el porqué de no poder controlarla como solía hacer con el ambiente.

Gabriel congeló la escena de su infancia. Una voz siguió cantando en el fondo, como en segundo plano. Una voz aguda y femenina, una voz de niña.

—Open up your heart and - -

—Let the sunshine in... — Gabriel terminó de cantar la canción.

Sintió como la sombra trataba de huir. En un acto reflejo, decidió borrar todo de su mente, cerrar las puertas. Ahora no había salida.

—¿Conoces la canción?

Ahora los dos como sombras expectantes en la oscuridad, danzaban. En una persecución que se podría ser graciosa. Una niña curiosa paseando por la mente de un desconocido, un hombre siguiendo a una niña pequeña. La voz aguda no respondió.

—Niña, no te voy a hacer daño —Gabriel sonrió para sus adentros—sé perdonar a los intrusos.

—¿Quién eres?

La silueta respondió. De repente comenzaba a tomar forma. Una figura larga y delgada de hombros debiluchos se desdibujaba en el humo de la mente de Gabriel, intentando darle una silueta distinguible. ¿Era que ella no quería que la reconociera, o solo un mecanismo de defensa?

—Primero responde tú. Estás en mi cabeza, responde por educación chiquilla.

—Soy Ivy. Me gusta esa canción.

—¿Ivy es un nombre? —la conversación se estaba tornando graciosa—
¿Quién carajo es tu madre que...

Las piezas hicieron click en la cabeza de Gabriel. Intentó despertarse, pero el miedo le venció. Tenía que sacar a la niña de su mente y no dejaría pasar la oportunidad de dejar una advertencia. Aun con el miedo atenazándole al sueño, le gustaba jugar al gato y al ratón -aun cuando se sintiera la presa-.

—Niña, te metiste en un mal lugar. Dile a Senna que voy por ti y tu amiga pelirroja.

Forzó su mente al máximo y sintiendo como Ivy respingaba, tomó forma. Se plantó frente a la silueta de la niña que ahora comenzaba a temblar. Acercó los labios a donde creyó estaba su oreja y susurró:

—Corre.

Abrió las puertas de su mente de golpe. La sacudida del escape de Ivette lo despertó.

Isona seguía durmiendo a su lado. Le besó en la frente, tomó su maleta y salió de la habitación, con una sonrisa radiante en los labios.

Encontró a Sarah sentada en una de las sillas de la sala de espera de la entrada del laboratorio.

—Tengo más de veinte minutos esperándote, idiota. Parece que no tienes respeto por el sueño de la gente.

Eran apenas las tres y treinta de la mañana.

—¿A qué hora deberíamos irnos, preciosa?

Sarah se ponía furiosa cuando le hablaba de esa manera. A Gabriel le encantaba hacerla enojar.

—A las cinco, pero dos horas antes sigues siendo idiota -respondió ella, dándole la espalda.

Gabriel rió. Una simple carcajada profunda que le hizo estirar el cuello. Sus clavículas se marcaban bajo la camisa blanca y su barba de algunos días le confería un aspecto de total idiota, en opinión de Sarah.

Caminaron juntos en dirección a la salida, sin decirse una palabra. Gabriel había sacado el primer cigarrillo del día. Lo encendió justo debajo de la puerta y dio una profunda calada. Giró sobre sus talones y dedicó el humo que salía de sus labios a aquel edificio de hormigón que tanto odiaba.

Si iba a caer, esa mierda caería junto con él.

Se dirigió a Sarah, que ya iba poco delante suyo.

—¿La hueles? —sonrió, bromeando sobre el talento especial de su compañera.

—No huelo una mierda. No soy un perro —ella también sonreía, con aire divertido- tampoco la siento, aún. Para tu desgracia.

Ninguno dijo más hasta que el sol comenzó a salir frente a ellos, regalándoles una mañana inclemente, pero sin duda, hermosa.

Gabriel recordó las palabras de Isona, tiró la colilla que colgaba entre sus labios y coló sus dedos entre los de Sarah, ella reconoció el gesto y le dio un apretón firme mirándolo a los ojos.

La melodía no era perfecta, pero podrían intentar bailar la canción.

Capítulo 14

Tiempo:

Llevaban 10 días de camino y finalmente veían Virginia.

Al quinto día, Sarah le dijo que lo amaba.

Tras dejar los laboratorios, pasaron en silencio el resto de la madrugada y gran parte del día. Tomados de la mano, sin articular una palabra. Para Gabriel eso estaba bien. Durante el tiempo que habían sido compañeros nunca había reparado en la sencillez de Sarah.

Se recogía el cabello en una coleta alta, sencilla y con algunos mechones cayéndole por los lados, lo que le daba un aire siempre desalineado. Por primera vez en años, él la miró a los ojos. Marrones, profundos. Siempre tristes, como si guardaran un secreto. De esos dolorosos que te impiden seguir adelante, que mantienen su brillo vidrioso a pesar de la frialdad de su semblante.

Sarah era fuerte, no solo de espíritu. Lo notaba en sus piernas, en el contorno de sus brazos. Más recientemente lo descubrió por el ritmo en sus caderas. Pero esa era otra historia.

Al sexto día, Gabriel se preguntaba si él sentía lo mismo que ella. Reflexionó bastante esa noche, mientras sentía la pequeña silueta desnuda de Sarah entre sus brazos. ¿Podría amarla? Después de todo el tiempo que habían pasado juntos, le parecía que todo era apresurado, ¿o nunca lo había notado? Tal vez no.

Ahora, finalmente estaban ahí. De nuevo tan cerca como antes, pero esta vez no tendría fallos.

Gabriel miró a su lado. Era ella, como siempre. Desearía haberla notado antes, así tal vez la amaría. Sarah estiró su mano, en el gesto universal "guíame". De nuevo, él entendió.

Pasaron una última noche juntos en una casa que a grandes luces estaba abandonada. Sin embargo, el pequeño pueblo seguía vivo, muy en el fondo. Por la mañana pasaron a comprar algo de comida en un mercadito. La gente no les prestaba más atención de la debida, habían perdido el mal hábito de husmear en donde no debían. El miedo no les llenaba de dudas la cabeza sobre aquellos extraños, de nuevo y desde hace mucho tiempo, ya no tenían nada que perder.

Trazaron un plan de vuelta en la casa. Gabriel hacía alarde de sus habilidades de deducción como siempre frente a Sarah. A ella le parecía

fascinante y un cretino a partes iguales, pero le encantaba.

Comenzó a buscar, despejando su mente. Podía ver la energía saliendo de las personas con transmisiones a larga distancia. Había trabajado en perfeccionar su habilidad durante años dentro del laboratorio. Ahora podía distinguir las habilidades de las personas por medio del análisis en sus ondas cerebrales transmitidas, así podía fijar un objetivo. Para Sarah era infalible.

Encontró tres ondas, pasando de un lado a otro de un haz blanco. Gabriel la miraba sentado en el borde de la ventana de una casa cercana.

—Tu niña es demasiado fuerte, ¿no dijiste eran solo dos? —preguntó Sarah, sin entender lo que veía. El haz blanco era un portal, ¿lo habían atravesado?

—Sí, no seas tonta. —se acercó Gabriel, un tanto confundido— había un chico con Senna, según sabía, pero era un portador y - -

—Y los portadores solo transmiten el virus —interrumpió ella, mientras tomaba sus cosas apresurándose a la dirección de donde provenían las ondas— muévete, ya es tarde Gabriel. Se están separando muy rápido.

—¿Por qué habrían de moverse?

Era tarde para cuando se dio cuenta que había sido un poco idiota, pero sonrió. No quería darle razones a Sarah para alterarse. Todo estaba bien.

Caminaron tres kilómetros en silencio. Sarah se detuvo en una casa vacía para la sorpresa de Gabriel y ella abrió la puerta dando una patada en el picaporte que destrozó la cerradura ya oxidada. Pasarían el resto de la tarde, esperarían para atacar cuando fuese de noche.

—Gabriel, ¿tú también me amas? —soltó Sarah al aire, mientras abría una lata de refresco de uva.

—¿Tú qué crees, mujer?

Él era fanático de las preguntas sin respuesta. Al fin y al cabo, ¿quién era él para saber?

Sonrió mientras se sentaba al lado de aquella mujer a la que había traicionado sin saber. Tal vez le dolería pensar en las probabilidades de lo que sucedería, en algunos casos odiaba la exactitud de la que gozaban sus hipótesis.

Este no era uno de esos.

Ivy había dormido frente a la puerta de la habitación de Senna, hablando con Ahrenys. A la mañana siguiente, la había sacado de ahí.

El lugar era un desastre. La chica había tenido un ataque de nervios y destruyó todo lo que tenía a su paso. Para suerte de todos en la casa, eso la había cansado lo suficiente como para hacerla dormir un día entero.

Habían pasado diez días. Ahora Ivy sabía que solo era cuestión de tiempo para que Gabriel llegara, y peor aún era el saber que no estaba solo. La mujer que lo acompañaba le daba más miedo. Ella sabía dónde encontrarla, aunque durmiera.

Ivy se había mantenido despierta hasta los límites de lo saludable. Adam y Senna la habían obligado a dormir las noches anteriores. Ahora podía mantenerse en pie, pero su rostro era una máscara de sombras. Unas enormes líneas oscuras decoraban sus párpados inferiores. Sus ojos estaban hundidos en sus cuencas. Se veía incluso más delgada, algo ya peligroso, pero trataba de fingir que todo estaba bien para Ahrenys, fallando por completo en el intento.

Durmió incluso la noche en la que supo que Gabriel estaba en Virginia, calmándose a sí misma con la esperanza de saber que tenían un plan y que todo estaría bien.

La gente que había intentado comunicarse por la máquina de Senna finalmente tenían un nombre. Adler estaba buscando a Ahrenys desde el día en que ella había cruzado al lado B. Era el jefe de Court.

Ellos la habían protegido todos esos años, sin saber por qué o como.

—Lo explicaremos luego, Ahrenys. Pero tienes que demostrarnos que eres tú —decía la voz electrónica que salía de la máquina de Senna.

—¿Qué podemos hacer?

—Por el momento nada —la voz se pausaba, después descubrieron que pertenecía a Adrik. Un chico de la edad de Adam, que vivía en las oficinas de AGS. Apc-Gen Seguros, la empresa ficticia para la que Court siempre creyó trabajar— pero no se muevan.

Y había sido la única comunicación que tuvieron con ellos. Ahora con Gabriel pisándoles los talones, no tenían escapatoria.

Ivy había logrado contactar con Adrik mientras dormía. Tenían un plan, pero en las oficinas habían perdido la comunicación a Virginia, algo la había cortado. Adrik no sabía todo ya que seguía siendo un novato, pero le dio a Ivy la información necesaria y solo una tarea.

Ganar tiempo.

Capítulo 15

Oscuridad:

Adler se despidió de Courtis con una amplia sonrisa en los labios, dándole unas cuantas palmadas en la espalda al abrirle la puerta.

Cuando Court dejó la habitación, Adler seguía preguntándose cómo fue que le dieron semejante responsabilidad a un hombre tan incompetente. De cualquier manera, no había vuelta atrás.

Las instrucciones estaban dadas, diez de los mejores hombres de la compañía acompañarían al avión de Ahrenys. Las cosas las llevaría el camión de mudanzas a una casa de ancianos, mientras otro grupo compraba los nuevos complementos de la casa de los Dawson. No dejaban rastros y de la misma manera, nadie podría seguir el trayecto del camión hasta dar con la niña. Era infalible.

Esta vez tenían que tomar medidas diferentes, a causa de los incidentes con Barbara.

Y todo había salido mal.

Lo supo en cuanto recibió la llamada de Court, que le agradecía sobre el pequeño regalo que le había dado a su hija. De cualquier manera les daría tiempo, esperando que llegaran al aeropuerto esa noche.

Para cuando los hombres de Adler llegaron a revisar la casa a la mañana siguiente, lo único que los esperaba eran dos cadáveres. Court y un sujeto que a primera impresión se había suicidado. Hubiese sido sencillo dilucidar si todo eso no había sido más que un atraco fallido, pero la cuestión era que todo había desaparecido. La casa estaba vacía.

Adler no despotricó contra nadie. Hizo un gran despliegue de su habilidad con la paciencia al momento en el que se enteró que la niña no aparecía.

—Adrik, empieza a buscarla en el otro lado

Y listo. Volvió a su asiento, confiando en que todo estaría bien. No se consideraba a sí mismo como una persona tendida hacia la pasividad. Prefería esperar lo mejor siempre, así que era un optimista. ¿Courtis ya no estaba? Perfecto, podrían poner a la niña bajo entrenamiento, ahorrarían en costos de mudanza y protección. Incluso el plan principal podría llevarse a cabo más rápido gracias a la intromisión de sus amigos del lado B.

Conocía el carácter explosivo de Tabatta, era igual que su madre. Su temperamento inestable y su obsesión por tener absolutamente todo bajo control la convertía en un objetivo volátil. Solo tenía que tensar algunos hilos y la vería cometiendo estupideces como mandar a alguien a cazar una niña pequeña, protegida por la empresa de seguridad más grande en el lado A.

Adler amaba jugar al titiritero. Aunque ahora todas las cosas no estuvieran en su poder, lo mantenía para sí con una calma expresa.

Su habilidad especial era la transmisión aumentable de potencial. Es decir, que podía elevar el rango y potencia de las transmisiones de otras personas a voluntad. Ahora tenía toda su mente centrada en Adrik, sin que él lo supiera.

Pasaron algunos días enviando la misma señal día y noche, sin que ningún rastro de Ahrenys apareciera.

Hasta que por la madrugada al cuarto día de buscarla, toparon con una voz bastante clara de mujer saliendo por los amplificadores de ondas con los que contaba la oficina.

—Yo tengo a la niña, ¿quiénes la buscan?

—¿Quién eres? —comenzó Adrik, tratando de entablar una conversación sin cortar la comunicación. Era un trabajo arduo, incluso con Adler ayudándole.

—Soy Senna. Adler, ¿eres tú?

El hombre reconoció la voz, finalmente. Le sorprendía que siguiera viva, después de todos esos años...

—Sí, Senna. Soy yo. Siempre he cuidado de la niña, tienes que entregárnosla —dijo Adler, quitándole el comunicador a su hijo, mientras él lo miraba confundido.

—¿Qué darás a cambio? Sabes que también nos persiguen a nosotros —contesto la voz de mujer. Tal vez, si la conexión fuese mejor, hubiera notado el tono en las palabras de Senna. Uno con el que era mejor no negociar.

—No puedo prometerte nada. —Adler pensó un minuto, volviendo a la calma que lo caracterizaba— Pero, ¿cómo sé que tienes a la niña?

La comunicación se cortó al instante, creando una estática infernal que salía en un volumen increíble por cada uno de los amplificadores. Adrik estaba en el suelo. El zumbido le causaba ataques en bloqueo. Era un

efecto dominó, donde sus ondas cerebrales chocaban unas con otras hasta causarle un colapso.

Adler cortó su transmisión hacia él mientras apagaba el comunicador. Al instante vio como el muchacho se relajaba y abría los ojos. Ya todo había pasado.

Continuaron a la mañana siguiente, con el mismo mensaje.

“¿Me escuchan? A todos en el otro lado, queremos encontrar a Ahrenys Dawson.”

Una interferencia les sorprendió dos días después. Las ondas fluctuaban con una fuerza increíble, incluso traspasando los sensores. Cualquiera que estuviese haciendo eso, poseía una transmisión enorme.

Adler se asombró por tal hazaña. Quienquiera que fuese, debían encontrarlo. -Tal vez fuera la niña. Deseaba para sus adentros, con una sonrisa enorme. Pensando que habían encontrado algo más valioso que el Santo Grial.

Las ondas se calmaron tal como empezaron. De manera repentina y brusca.

Adrik miraba a su padre con los ojos entrecerrados. Aquello le había causado dolor de cabeza.

Adler empezaba a preguntarse si no estaba poniendo demasiada energía en su hijo, si la exposición prolongada no terminaría por cansarle. No faltaba mucho, tenía una corazonada. Pronto encontraría a Senna de vuelta y con ella, quizá estaba la niña que buscaba

La espera surgió frutos.

Estuvieron comunicándose con tres chicas durante la última semana, a veces para hacerle preguntas a alguna, tratando de confirmar su identidad. Adler no podía arriesgarse a cometer un error.

Una niña en particular que se identificaba como Ivette había desarrollado una afinidad curiosa con su hijo. Hablaban incluso sin el comunicador, durante las noches. Algo que les sirvió bastante cuando vino la interferencia.

Nadie la esperaba y de un momento a otro lo único que salía por ambos lados de las transmisiones era un zumbido constante, que terminó cuando Adam le dio una patada al armatoste que había creado su madre.

Desde entonces, solo silencio.

Faltaban pocos días para que llegara alguien por ellas. Adler lo sabía. Pero tenían un plan, que tendrían que ejecutar a la perfección. Los rastreadores captan las señales que transmite una persona dondequiera que esté.

La mente de Ahrenys había aprendido a fraccionarse en dos, después del día que tomó control de Adam. Era diferente a convencer a alguien de hacer algo, era diferente a la clase de hipnosis que había desarrollado Gabriel. Ahrenys podía partir su mente en dos y estar en dos lugares - cuerpos- a la vez.

Estuvieron practicando eso con el pobre de Adam, que trataba muy arduamente no aterrarse cada vez que ella entraba a su mente. Conversaban un rato dentro de su cabeza y después Ahrenys volvía a sí misma.

Senna seguía indecisa.

No le habían prometido nada, ni refugio. Y ahora sus hijos estaban en peligro tratando de cuidar a la niña, una niña que ni siquiera debería haber nacido.

Pero ahora ya no había nada que hacer.

Ivy recibió la última indicación de Adrik cuando cayó la tarde. El sol empezaba a meterse en el horizonte. Olía a una noche tormentosa, helada.

—Ahrenys, ve con Adam. Ya es hora —dijo sentada en una silla del comedor, mirando al techo.

Cuando escuchó su nombre, el gigante se removió en su asiento. Ivy se acercó a la oreja de Ahrenys, para darle una última instrucción.

Tomaron sus cosas, cada quien con una mochila a la espalda. Ivy miraba por la ventana, la oscuridad se cernía sobre ellos. Podría servirle más a quienes venían tras ellos, pero a pesar de que podían verlos, no podrían atraparlos.

Adam salió -con Ahrenys- corriendo por la puerta trasera. El portal para él estaría dentro de la estructura abandonada que había bajando la colina sobre la que se encontraba su casa. Esperaría a que fueran por él, trataría de ganar el mayor tiempo posible. No le costaría matar a nadie usando solo sus manos. Tampoco tenía miedo de morir.

Ellas, por su parte se escondieron en la habitación de Senna, que estaba justo al lado de la puerta trasera. Entrarían por el frente, dándoles tiempo

pilar justo al lado.

¿Por qué no entras, mocosa?

La respuesta le llegó poco después. Sarah se posicionó frente al portal, para bloquearle el paso. Con la luz que éste emitía, finalmente pudo ver a Adam. Un hombre de más -mucho más- de dos metros la miraba desafiante, con las manos alzadas hacia ella.

Sarah sacó un pequeño puñal que llevaba en una funda al lado de su cinturón y se agachó, esquivando el primer golpe. Era demasiado rápido para su tamaño.

La estaba haciendo retroceder lentamente. Él golpeaba hacia el frente y daba medio paso atrás. Quería orillarla a entrar al portal y que se cerrara con ella dentro. Sabía que podía parar a donde iban, pero en ese caso la presa sería Sarah.

También ella lo sabía.

—¿Con quién contactaron, monstruo? —rugió Sarah, mientras corría en dirección opuesta al portal. Ahora sabía que él no iría a ningún lado sin ella. Pero... Gabriel.

En una vorágine de pensamientos, él acudió a su mente. Estaba solo, contra las niñas y...

¿Senna, se llamaba así?

Ahora Sarah corría esquivando pilares a la luz del portal. Un relámpago partió el cielo. Dejó de huir, tenía que acabar rápido para ir a ayudar a su compañero.

Corrió en dirección a Adam con el puñal alzado. Se lo clavó una vez en el costado al pasar a su lado, logró evitar por poco el gran brazo que se apresuraba hacia ella para aprisionarla. Se giró rápidamente y vio como le había hecho daño. Una rajadura de la que le salía sangre a la altura del abdomen, del lado izquierdo.

Un poco más y ya no podrá alcanzarme.

Para su sorpresa, Adam estaba bien, y ahora completamente enfurecido. Se lanzó sobre ella con las manos extendidas. Ella tenía el puñal al frente, alejándose de espaldas, tratando de evitar caer en el portal.

Adam golpeó a su mano derecha, donde ella tenía el arma. La fuerza del acto la desestabilizó, dándole una rendija de oportunidad a Adam de acercársele. La tomó del cuello con una mano y la alzó en el aire. Sus pies

se sacudían con fuerza, pero no lograba alcanzarle. No había soltado el puñal y ahora trataba de herirlo en la mano, el brazo, pero su agarre no cedía.

El chico la tomó con las dos manos. Su visión se estaba nublando por completo, sentía la falta de aire desgarrándole los pulmones. La garganta le ardía, suplicando por un poco de oxígeno. Sus labios estaban amoratados. Quedaba poco tiempo.

Como si algún Dios antiguo la hubiese escuchado, Adam cayó hacia el frente, aun con ella colgando de sus manos. Aprovechó el momento como el último en su vida para hacer dos cosas. Clavo el puñal en el ojo de Adam, con la poca fuerza que le quedaba.

Un poco más que suficiente.

Después pidió un deseo.

Y así, la oscuridad los consumió.

Capítulo 16

Traición:

El trueno que precedía al relámpago, llegó.

Un grito desgarrador salió de la casa. Gabriel supo que ya era hora de entrar. Pasó el portal que estaba en el árbol. Aun sin verlas, sabía que estaban dentro. Quería dejarlas jugar.

Encendió el colibrí. Todos estaban en igualdad de condiciones.

El zumbido penetró en cada rincón de la casa, bloqueando cualquier comunicación o transmisión. No lo había encendido antes para facilitarle la tarea a Sarah, tal vez. Una sonrisa subió a su rostro, estaba seguro de que todo le salía bien. Comenzó a otear en cada uno de los rincones de la casa, pasando de uno a uno sin moverse de su lugar, al centro de la sala principal. Habían cortado la electricidad.

Inteligentes.

Escuchó pasos cautelosos detrás de la puerta frontal. No se alejaría demasiado, sabía quién era. Pudo sentirla antes de encender la maquinilla infernal, había sido una mala idea meterse en sus sueños. Ahora la reconocía, y podía escuchar el palpitar acelerado de su corazón. Tal vez ambos eran conscientes de que se conocían y ambos sabían de la presencia del otro en el lugar.

En ese momento, escuchó la voz de Senna susurrar su nombre. Se acercó lentamente al lugar del que provenía la voz, contando sus pasos con cuidado. Sabiendo que la sombra detrás de él hacía lo mismo, pero en dirección opuesta. Corrió tres pasos al frente, haciendo el mayor ruido posible.

Engañada.

Giró sobre sí, y en un instante se abalanzó sobre Ivette, cogiéndola de la mochila. Escuchó la tela rasgarse un poco, pero cortó el espacio entre ellos de una zancada, apretando a la niña entre sus brazos, mientras ella se revolvía inquieta y las lágrimas corrían por sus mejillas. Escuchó los pasos presurosos salir por la puerta trasera.

—Me corrijo. Engañadas —Gabriel sonrió con satisfacción, mientras trataba de calmar a Ivy— hey, niña. Escúchame, no voy a hacerte daño.

Ivy comenzó a relajarse. Comenzaba a funcionar.

—Solo necesito que hagas algo por mí, ¿está bien? —Gabriel tomó a Ivy de la mano, ahora no oponía resistencia alguna.

Continuó hablándole al oído hasta que llegaron al árbol.

Senna y Ahrenys escucharon correr a su atacante. Llevaron a cabo el plan. Correr y cerrar la puerta. Ivy nos esperará en el árbol.

Y ahí estaba, parada frente al portal. Senna se preguntó por qué aun no había entrado y la apresuró a unos metros de llegar a ella.

—¡Entra Ivy! —gritó Senna, mientras corría de la mano de Ahrenys en dirección a la luz.

—Detente —contestó Ivy, con una voz somnolienta. La mochila le caía por un hombro.

Ambas pararon en seco. Algo estaba pasando.

—Ivy, ¿qué? —Senna se acercó lentamente, sin soltar a Ahrenys.

—Ahrenys, dame la mochila —continuó ella, sin prestar atención.

La niña conocía lo que estaba sucediendo. Su padre hablaba igual el día que...

—Senna, no la dejes. Es él. ¡Senna! —gritaba Ahrenys fuera de sí.

El agarre de la mujer se hizo más fuerte, acercándose a paso firme con su hija

—Gabriel, deja de esconderte. Deja a mi hija, yo te entrego a la niña y nos dejas ir —dijo ella, con un tono impasible.

Aplausos desapasionados comenzaron a salir desde detrás del árbol, la silueta del hombre fue tomando forma conforme se acercaba a la luz, quedando frente a Senna y Ahrenys, esta última forcejeando en dirección al portal con desesperación.

—Nunca cambias. Sigues siendo la misma perra sin corazón que conocí, ¿vender a la hija de tu mejor amiga por tu pellejo? Me das asco, Senna.
—terminó Gabriel ahora sin sonreír, mientras posaba su mano sobre el

hombro desnudo de Ivy.

—Suéltala —rugió Senna, estirando la mano con la que sostenía a Ahrenys— dámela, aquí tienes lo que buscas, ¿no?

El temblor en su voz hizo notar que no estaba tan segura.

—¿Tú que has sabido sobre lo que busco? —Gabriel aprisionó la muñeca de Ivette, mientras caminaba acercándose a Senna, dejándola entre el portal y su hija.

No había escapatoria.

—Primero dame la mochila, niña —continuó Gabriel

Los gritos de Ahrenys eran desesperados. Senna tuvo que cubrirle la boca cuando mataron a Adam, echaría todo a perder. Y ahora estaba haciendo lo mismo. Senna le arrancó la mochila de los brazos y la lanzó al suelo, al lado de Gabriel.

Ivy comenzaba a salir del sueño. Miraba de un lado a otro sin entender la escena por completo. Su madre tiraba de Ahrenys hacia el frente. Gabriel la tenía tomada de la muñeca. ¿Qué estaba sucediendo? Lo entendió cuando su madre habló de nuevo. Un poco muy tarde para hacer algo.

—Listo, Gabriel. Suelta a mi hija y nos vamos

Él se acercó lentamente, hasta quedar a pocos centímetros de distancia de Ahrenys. Senna retrocedió en un reflejo, quedando al borde del portal. Gabriel se agachó un poco para acariciarle el cabello a la niña, con todo el tiempo del mundo.

—Creo que no —respondió.

Lo siguiente pasó en un parpadeo.

Gabriel se impulsó hacia el frente y soltó a Ivette, tirándola al suelo. Empujó a Senna con todas sus fuerzas, cayendo dentro del portal junto con Ahrenys.

Acto seguido, la luz que emitía el árbol se apagó. Ya no había forma de volver.

—Niña, ponte el impermeable que Ahrenys puso en la mochila. Te vas a mojar —Dijo Gabriel, tendiéndole la mano a Ivy para ayudarle a levantarse.

Ella no la aceptó. En cambio, le escupió, soltando una sarta de improperios en su contra. La niña no lloraba, pero tenía un coraje inmenso. Comenzó a golpearle con los puños cerrados, descargando su furia.

—Eres peor que tu madre, puedes pasar todo el día golpeándome. No ganarás nada. A lo mucho, van a matarte en cuanto volvamos al laboratorio. Solo te quiero para que me hagas compañía.

Ivy se detuvo al escuchar la mención a la muerte.

—¿Y por qué no me matas ya? —respondió ella, plantándose firme frente a Gabriel

La mocosa tiene cojones.

—Aunque parezca increíble, yo no quiero hacerte daño. Pero ponte el impermeable que no te voy a secar los mocos en el camino, ¿me entiendes?

Un relámpago lejano marcó sus palabras.

—En menos de cinco minutos va a llover. No pienso pasar la noche en tu casa, mi compañera mató a tu hermano y él a ella. Estamos a mano, ¿verdad?

Ivy seguía sin responder, pero le parecía un trato justo. A sus 15 años, tenía un buen concepto en cuanto a la muerte refería. Compartía algo con Gabriel ahora.

—¿Quieres la caja dorada?

La niña encajó las piezas, tomando como referencia lo que Ahrenys le había contado sobre lo que guardaba ahí dentro. Era un anillo cualquiera a su parecer, pero tenía gran significado si era todo lo que quería Gabriel.

—Sí, ¿le dijiste que se la llevara? —Gabriel se golpeó en la frente con la palma de su mano, al ver asentir a Ivy.

Mocosa idiota

—Genial, ¿sabes lo que acabas de hacer? —preguntó él, con la frustración saliendo por sus labios— acabas de firmar tu sentencia de vida.

Acabada la oración, la lluvia cayó sobre ellos. Gabriel le dirigió una mirada, familiar en todos los rincones del universo conocido.

“Te lo dije”

Capítulo 17

Dolor:

Ahrenys cayó de bruces sobre Senna.

En un primer momento, se vio rodeada de una blancura aséptica. Al fondo de la habitación divisó a un chico de cabello castaño pegado a la frente, perlada por el sudor. Dentro del cuarto el sonido de las lámparas zumbando sobre su cabeza le dio una sensación de normalidad.

Había electricidad de nuevo.

En el instante siguiente, una patada en el vientre le nubló la vista, al dejarla sin aire. Empezó a jadear, demasiado mareada como para notar algo. Su mente estaba confundida, debía...

respirar, respira

Una punzada demasiado fuerte en el lado derecho de la cara, justo en el ojo. Empezaría a hinchársele... pero al menos, podía respirar. Se apoyaba en sus rodillas y las palmas de sus manos. Senna había salido de debajo de ella. Como un animal indefenso, supo que debía cubrirse. Evitar lo siguiente.

Hecha un ovillo aguantó uno, dos, tres golpes más. Dirigiéndose a ella sin orden, como una melodía estruendosa, sin ritmo alguno. Estaba desorientada. El ojo derecho se le había cerrado por completo y un sabor a herrumbre le inundaba la boca. Escupió una mezcla sanguinolenta, tal vez con algún diente. Sonrío.

Alguien sostenía a su atacante ahora, lo supo cuando los golpes pararon. No sentía el dolor, sino todo lo contrario.

Se puso en pie con dificultad. El oído derecho no le permitía escuchar nada, sentía una bocina dentro de su cabeza. Se forzó a sí misma para sentir calma.

Trató de hablar en un balbuceo inteligible de palabras. La mandíbula le temblaba, tratando de descifrar lo que sentía. Sus manos se cerraron en un puño doloroso.

—Suéltela.

Seguía sonriendo.

Podía parecerse a aquella sonrisa de cuando no sabía quien era. Cuando no sabía si debía llorar por su padre, por sentirse sola, perdida, desolada. Completamente abandonada.

Ahora sonreía con la locura característica de aquellos que saben algo con total seguridad. Aquellos que saben que ya no les queda nada que perder. Y poco sería, si la chiquilla de aspecto enfermizo no tuviera el color rojo de su propia sangre decorándole los dientes, que se mostraban en una mueca de la absoluta falta de cordura.

—Adrik, suéltala —repitió con voz fría, apenas audible.

Lo suficiente como para que el chico huyera despavorido de la habitación.

Senna salió despedida contra el techo, para caer de nuevo al suelo. Se movió como si una brisa moviese una hoja.

Pero no era una brisa. Era un tornado.

Ahrenys estaba furiosa y podía hacerlo notar. Lo sabía. Ahora lo sabía.

—¿Cómo te atreves a venderme?

Se acercó a pasos lentos a donde Senna yacía, totalmente inerte. A la niña le alegró pensar que estaba muerta, pero seguía escuchando su respiración que, aunque difícil, no dejaba de burlarse de ella.

—Tú... has arruinado todo —jadeaba de manera áspera, pero Ahrenys lograba sentir su ira, preparada para descargarse contra ella a la menor oportunidad.

—Nunca he arruinado nada.

Las lámparas explotaron al final de la frase. Senna la miró, sin sorprenderse en lo más mínimo.

—Mátame niña. Seré una más de la lista —trató de seguir, mientras se incorporaba.

Ahrenys la levantó en el aire, poniendo especial atención en su cuello.

Cállate, cállate, cállate

—Mátame, fenómeno. Como mataste a tu madre —Senna le escupió, ensuciando sus zapatos— como mataste a Courtis, a Adam, y ahora a Ivette.

Escuchar esos nombres caló profundamente en Ahrenys.

Senna ya no oponía resistencia. Su garganta se iba cerrando poco a poco. La habitación estaba en la penumbra. Tan solo unos segundos más... solo un poco.

La niña cayó al suelo de rodillas, tirando a Senna a lo lejos. Escuchaba sus súplicas por aire, la veía arquearse y tratar de apoyarse sobre sus manos para caer de nuevo al suelo. Ahora no podía ver nada por el ojo derecho.

Escuchó un grupo de personas precipitarse por la puerta. Pararon en seco al escuchar los sollozos que provenían de Ahrenys. No era el dolor físico.

Había muerto tanta gente por ella, ¿por qué? Ni siquiera lo merecía, ni siquiera tenía sentido su vida, ¿qué tenía de especial?

Escuchó algunos murmullos inteligibles en la multitud. Dos hombres cargaron a Senna fuera de la habitación, el resto salió tras ellos, excepto tres personas. Los sintió a sus espaldas. Podía ver los colores de sus pensamientos inundar la habitación. Los ignoró, aferrándose a su propio dolor.

Alguien se acercó lentamente a su espalda, tocó su hombro y sintió la habitación degradarse al negro. El silencio y de nuevo, la nada.

Dormía.

Comenzó a soñar con un paseo en autobús. Rostros conocidos y desconocidos conversaban alegres a su alrededor. Los miró uno a uno, podía ver sus pensamientos. Comenzó a golpearse el lóbulo de la oreja, esa costumbre que tenía desde pequeña, esa que le recordaba que no debía de mirar a donde no se le invitaba.

Las conversaciones alegres se transformaron a un silencio sepulcral. La razón estaba afuera, mirando por las ventanillas. Cadáveres en posiciones antinaturales decoraban la carretera. Todos y cada uno le miraban, acusándola. Había sido un accidente terrible. La sangre corría por el camino, pegándose a las llantas del camión, decorando la escena con el sonido viscoso que se creaba al deslizarse por el pavimento.

Los miembros de decenas, que pronto le parecieron cientos de personas, apuntaban hacia el cielo, de forma acusadora. Algo ahí arriba les había hecho eso, por su culpa. Por culpa de Ahrenys.

Vio el rostro de su padre, como la última vez que le había visto. Tirado en la entrada de su casa, con un ojo fuera de su órbita. Con solo la mitad del

cráneo donde debía estarlo. El resto adornaba el suelo, en tonalidades carmesí y el hueso color blanco, resplandeciendo a la luz del sol de una tarde de verano, aunque estuvieran en otoño.

La visión le causó arcadas. Decidió separarse de la ventana y empezar a rogar a gritos que por favor, por favor fueran más rápido. Tenían que dejar atrás esa masacre.

Al girarse, vio a todas las personas a su alrededor en posiciones semejantes a las de los cadáveres afuera. El camión se detuvo.

Senna estaba tirada en el suelo con la cabeza de Ivy entre los brazos. Adam había perdido una pierna y una de las cuencas de sus ojos estaba vacía. De ella salían toda clase de insectos. Un color amoratado reinaba sobre las pieles de todos aquellos que compartían el viaje con ella, todos muertos.

De alguna manera, sabía que era su culpa.

Pasó entre piernas, brazos, troncos y ríos de sangre que se extendían hasta el final del camión. Bajó al camino, con el miedo atascándole la garganta, haciéndole imposible decir una palabra, articular un sonido. Estaba paralizada, su cabeza se había detenido, pero algo la impulsaba a seguirse moviendo. Continuó caminando, mientras escuchaba el sonido de su respiración increíblemente lenta y el rechinar de sus zapatos entre los charcos de aquel líquido rojo.

No muy a lo lejos, vio un corte en aquella masacre. El suelo estaba libre, y podría caminar. Correr hasta donde sus piernas no pudieran más. No sabía que haría llegada a ese punto, pero tenía que hacerlo. Caminó acelerando el paso. Al llegar al final del camino rojo, se dio cuenta que el siguiente paso daba al abismo. El asfalto se convertía en una boca de lobo. La oscuridad absoluta.

Sin pensarlo dos veces, cayó.

Seguía cayendo. Trataba de despertar, en intentos inútiles. Estaba convencida de que todo era un sueño. Una parte estaba consiente de sí misma y de esa pesadilla que debía de terminar, aunque no sabría diferenciar si la realidad sería algo más amable.

Escuchó una voz dentro de aquella negrura y trató de detener su caída. Pudo.

Dejó de flotar en la inmensidad y sus pies tocaron un suelo intangible. Imposible, pero al final era un sueño.

—Ahrenys, ¿eres tú?

Era aquel hombre que iba con Ivy.

—¿Qué haces aquí? —contestó ella, a la nada.

—No. Tú estás en mi cabeza. Se pegan las malas costumbres.

Gabriel comenzó a materializarse y poco a poco la luz de la habitación fue aumentando. El suelo seguía siendo un vapor etéreo, pero se sentía firme bajo sus pies. Las paredes estaban enfundadas en un negro metálico, reflejando un poco de la luz emitida por una fuente desconocida, allá arriba por donde Ahrenys había caído.

—¿Qué quieres? —prosiguió el hombre. Su voz denotaba cansancio.

—Que me dejes ir, te tengo miedo.

Y era verdad. Ahrenys le miraba con recelo. Sabía que no podía hacerle nada de manera física, pero hasta ella sabía el poder que la mente podía tener.

—No tienes por qué hacerlo. No quiero hacerte daño —Gabriel se sentó en el suelo y sacó un cigarrillo del bolsillo interior de su gabardina— creo que deberías haberte dado cuenta a estas alturas. Eres bastante mayor como para saberlo.

Él le tendió un cigarrillo. Curiosamente, estaba encendido. Era un sueño. No había nada que temer.

Probó. Era aire, simplemente.

—Puedes acabártelo y no sentirás nada. Nunca has fumado, ¿verdad? Yo a tu edad comencé. Siéntate mocosa. Puedes seguir teniendo esos sueños asquerosos o quedarte a conversar con un miserable.

Gabriel señaló al suelo frente a él, haciéndole un ademán a Ahrenys para que se sentara. Ella tiró el cigarrillo, que desapareció en el aire. Tenía muchas preguntas qué hacer.

—¿Por qué me sigues?

—Porque tengo una hija —Gabriel dio una profunda calada. El humo se convirtió en figuras de colores que formaban un nombre— Isona, es todo lo que tengo. Si no estás tú, la matan.

—Pero... pudiste atraparme en el árbol —Ahrenys comenzó a golpear el

lóbulo. Algo la detuvo al instante.

—Deja eso, te harás daño de verdad. Solo déjalo estar. Ivy puede servir por un tiempo —él se quedó absorto en sus pensamientos por un momento— promete que no vendrás por ella, por lo menos en medio año.

—Yo... ¿por qué debería de ir? ¿quién eres? ¿Qué es lo que sabes?

—Ahrenys se acercó a él, como acechándole.

—Niña, quédate ahí. Joder —Gabriel se rebulló en su asiento— tengo que despertar. Volveré por ti, pronto.

Le sonrió de forma inquietante, Ahrenys supo que era una costumbre. Había dejado de temer al hombre de sus pesadillas, al fin pudo ver sus pensamientos. El hombre se desvaneció, dejando en su lugar una silueta emborronada, que pronto se fue.

No, él no quería herirla. Pero ahora era necesario saber por qué.

Despertó saliendo de la neblina de la oscura habitación. El cambio repentino en la iluminación le hizo doler los ojos, apenas podía abrir el derecho. El escozor en su frente le recordó la pequeña intervención de la noche anterior. Se restregó los ojos con sus puños en varias ocasiones. Una figura masculina le miraba fijamente desde la puerta.

Cuando finalmente se acostumbró a la luz, sintió un líquido caliente correr por su mejilla. Gabriel tenía razón, se había lastimado la oreja. Ahora estaba sangrando.

—¿Con quién hablabas? —preguntó aquel hombre en el umbral— ¿Era el hombre que mató a tu madre?

—Mi madre murió en el parto... Senna no dice la verdad. Nadie la mató —respondió ella, adormilada.

—Niña, hay algunas cosas que debes saber —terminó Adler, mientras se acercaba a Ahrenys para acariciarle el cabello.

Capítulo 18

Conocimiento:

Bajo la luz de la luna Ivy se veía demasiado extraña enfundada en el impermeable amarillo.

Gabriel trajo a sí la imagen de aquella silueta pelirroja que corría bajo la lluvia como un recuerdo no tan distante. Despejó sus pensamientos en cuanto llegaron a la estructura al final de la colina.

La tormenta arreciaba y los truenos que precedían a la cadena infinita de relámpagos lograban erizarle la piel. La niña caminaba grácil frente a él, como si no le importase la escena que hallarían dentro. Ambos lo sabían, desde hace mucho tiempo.

Fue poco menos escalofriante de lo que imaginaba.

Adam con una daga en el ojo, sosteniendo el cuello de Sarah entre sus manos.

Ella había perdido la capacidad de transmisión en cuanto él la había tocado. Eso era lo malo de haber nacido en el lado B, no obtenías inmunidad, e incluso tus mecanismos de defensa ante las enfermedades comunes eran demasiado básicos. La gente moría antes de entrar a los cincuenta.

-Y se acorta un poco más su juegos con cosas afiladas, Adam- Gabriel sonrió y por un instante se dio asco a sí mismo. Sin embargo, su consuelo fue el sentirse un poco más humano. Seres despreciables que se burlaban de la desgracia ajena. En resumidas cuentas, todos iguales.

Se contradijo a sí mismo, sufriendo porque una de sus cajetillas de cigarros ahora estaba empapada y los pocos que le quedaban en la maleta no le alcanzarían ni para un día.

Lo dejó pasar.

Ivy miraba la escena embobada. Se retiró la capucha de la cabeza mientras se sentaba en el suelo, con una pierna sobre la otra. La sangre de Adam le manchó los pies. A pesar de que se había convertido en una masa negruzca, el olor inundaba el lugar mezclándose con el olor a tierra mojada que traía el aire.

A Gabriel le pareció absurdo pedirle que se pusiera el impermeable si

Ivette no usaba zapatos.

—¿No te entristece que haya muerto?

—¿Y tu hermano, no lo extrañarás? Eres rara, niña. Lo ves muerto con un cuchillo en el ojo y te sientas a disfrutar la escena —Gabriel contestó, un poco confuso por la situación ahora puesta en palabras.

—No era mi hermano —dijo Ivy, mirando a Gabriel— pero me quería. Murió por protegerme —la chica hizo una pausa, demasiado significativa— ¿Por qué murió ella? Solo por tu culpa. ¿Por qué morirías tú? ¿Por idiota?

La sonrisa en la cara de la chica le hirió, demasiado profundo. No tenía miedo a la muerte, pero ahora tenía miedo de que ésta no tuviera ningún sentido.

—¿Qué sabes tú? Eres una mocosa, no pasas los quince años. No has vivido lo suficiente para tenerle miedo al frío que puede taladrarte los huesos y hacerte sentir que absolutamente nada vale la pena, viéndote en los ojos de la muerte. Yo he vivido lo suficiente para saber que he hecho algo bueno, ¿y tú?

El intento de recuperar un poco de su herido ego había pasado tal como llegó, tirado y frío como el cuerpo de esa mujer que otro día había sido tan tibia, tan amable. Amable al grado de la ingenuidad.

—Gabriel... ¿qué es eso tan importante que has hecho?

Ivy lo miró con una curiosidad genuina, esperando una respuesta igual de real. Tenía la cara inclinada hacia la derecha mientras lo veía.

Sí, era pequeña. Como un cachorro, pero uno que puede arrancarte la cara si te giras por un momento.

Gabriel no supo qué contestar. No hubo necesidad.

La niña se levantó de su lugar y se acercó a pasos cortos a donde estaba su hermano. Tomó la mano de Sarah y le separó los dedos uno a uno de la daga. Ivy batallaba, pero la determinación en su rostro le hizo saber a Gabriel que no debía intervenir. Tragó sus palabras al ver como limpiaba el puñal en la ropa de Sarah, le quitaba la funda de la cintura y lo guardaba dentro mientras se lo entregaba a Gabriel.

—Creo que deberías tener esto y no creo que debas dármelo. Voy a intentar matarte.

Él lo sabía, pero el aire de irrealidad que cobraron esas palabras le hizo

pensar que solo eran amenazas falsas.

—¿Por qué me avisas? —sonrió— podrías matarme y ya.

—Sí, al igual que podría escapar. Pero no tengo otro lugar a donde ir y sé que Adler vendrá a buscarme —Ivy continuaba demasiado tranquila. Ahora tenía sangre en el vestido. Gabriel no sabría explicar si era la lluvia o el aspecto de su extraña acompañante, pero tenía escalofríos.

—Niña, no creo que vengan a buscarte. Ellos tienen a Ahrenys y la caja. ¿Crees que eres importante?

—Lo soy. Si no, dime... ¿por qué estoy yo aquí y no Ahrenys? —Ivy saltaba de un lado a otro, como si no hubiera dos cuerpos en el suelo, como si afuera no estuviese lloviendo y la brisa de verano le agitara el cabello.

De nuevo Gabriel no logró contestar.

Después de salir pasaron por la casa de Senna.

—Para ser mi rehén te tengo grandes consideraciones, Ivette —dijo mientras la niña recogía comida y algunos vestidos para llevar.

El que traía estaba empapado y manchado de sangre. En palabras de ella era "inaceptable y asqueroso" aunque hace algunos minutos hubiese sacado un cuchillo del ojo de su hermano.

Gabriel encontró tirado en el suelo el pequeño colibrí. No había dado ninguna orden para atacar. Se alegraba, esa cosa le causaba dolor de cabeza. Lo guardó en el bolsillo interior de su gabardina, plegando las alas con cuidado.

Subieron hacia la casa donde estaban sus cosas. La mochila de Sarah seguía ahí, al igual que su aroma.

La lluvia se metía por las ventanas rotas. Gabriel se las arregló para cubrir algunas con tablones tirados y sabanas sucias que estaban esparcidas por el lugar. Había logrado evitar que se colara tanto aire y el agua estaba remitiendo. Podrían dormir un poco.

Ivy se recostó primero, acomodando algunas mantas limpias de la mochila de Sarah sobre el suelo. Llevaba a cabo la tarea con sumo cuidado, regalándole un aire ficticio. La curiosidad de Gabriel se fijó en los movimientos que realizaban sus manos, cada uno de ellos cuidado a la perfección como si se tratase de una tarea demasiado ardua. Convirtiendo el crear un espacio para dormir en un arte.

La miró dormir durante algunos minutos, que probablemente se convirtieron en horas. El repiqueteo de la lluvia en el techo, el zumbido del aire y el respirar pausado de Ivy lograron hacerlo caer en un sueño profundo.

Encontró a Ahrenys, flotando en medio de la nada. Miraba confundida de un lugar a otro. Caía, aunque desde el punto de Gabriel parecía más bien que volaba, detenida en el tiempo de un lugar sin forma ni color alguno.

Se dio cuenta que en realidad ella había caído a su mente.

Aprovechó la situación, aun sin entenderla de todo. Conversaron de cosas que Gabriel no logró recordar al despertar.

Lo separó del sueño una presión sobre su pecho, que no lo dejaba moverse aun dormido. Al darse cuenta, desapareció de la escena para encontrarse con Ivy tirado sobre él, sosteniendo el ala del colibrí contra su cuello.

—¿Ves? Puedo matarte —susurró ella, triunfante.

—¿Y por qué no lo haces, Ivette? —respondió Gabriel, tratando de salir por completo del sueño

—Por la misma razón que tú no me has matado. Nos necesitamos, ¿verdad? —contestó Ivy, mientras se separaba de él dejándole el colibrí en el pecho.

Gabriel se limitó a sonreír

Se dio cuenta que ella lo había entendido primero.

La necesitaba.

Conversaron hasta que el amanecer. Ninguno confiaba en el otro, pero podrían soportarlo. Incluso a Gabriel le parecía una compañía más agradable que la de Sarah. Ivy era inteligente, muchísimo más de lo que debería. Le suponía un reto a Gabriel, le intrigaban las cosas que podría hacer, la capacidad que tenía. Sabía a qué se debía su inmunidad, a pesar de que su madre había nacido en el lado B, pero se arriesgó a preguntar.

La respuesta fue más sencilla de lo que creía. Ivy sabía quién era, de dónde había salido y porqué buscaban a Ahrenys. Había estado preparada para huir desde el principio.

Por último y no menos importante, sabía quién era él.

—Soy inmune porque tú eres mi padre —respondió.

Incluso sabía más que Gabriel.

Capítulo 19

Bondad y verdad:

A pesar de la insistencia de Ahrenys, Adler no articuló una palabra. Se limitó a acariciarle el cabello, absorto en sus pensamientos.

Una figura delgada y saltarina irrumpió en la habitación, cantando una melodía inteligible al menos para Ahrenys. Traía entre sus brazos un bulto rojo que dejó sobre la cama y se fue, mientras cambiaba la canción por una más reconocible.

La niña estaba vestida con un traje de una sola pieza color azul, que la cubría desde los pies hasta el cuello a la perfección. El bulto rojo resultó ser un traje igual, pero hecho a la medida para Ahrenys.

—Ahrenys, ponte el traje y sal en cuanto estés lista. Tengo muchas cosas que decirte.

Adler se despidió mientras se levantaba de la cama y se fue.

La chica tomó el traje, batallando con el dolor que sentía en todo su cuerpo para entrar en él. Un cierre lateral que iba desde la cadera hasta la axila le facilitaba la tarea. Tenía ropa interior limpia, sorprendentemente. Por un momento se preguntó si alguien la había cambiado, o no lo había recordado. Se quedó así algunos minutos sin darse cuenta que el tiempo corría, con la satisfacción de escuchar voces entrar y salir en su cabeza.

Terminó poniendo atención a conversaciones personales. Se sorprendió a si misma integrarse en algunas con sus propios pensamientos, pero igual nadie más podría escucharla.

Regresó a su mente, ahora un poco más animada. No se pueden perder las malas costumbres. Una sonrisa forzada salió de sus labios. Aunque tenía el lado derecho de la cara casi irreconocible, la desazón de sus acciones la perseguiría siempre. Ya no quería ser alguien más, no quería vivir a través de pensamientos ajenos.

Por primera vez había experimentado una ira genuina, seguida por la tristeza que la embargó por completo. Pero había sido suya, y se aferraría a ella hasta que conociera algo como lo que era la felicidad. Algo que se sintiera como el día del columpio, tal vez era todo lo que pedía.

Terminó con trabajos entrar en el traje rojo y deseó verse en un espejo.

Inspeccionó el lugar caminando con cuidado. Las plantas del traje hacían las veces de zapatos, pero le permitían caminar con la comodidad de

andar descalza. Se preguntó si le habían tomado las medidas para poder hacerlo en tan poco tiempo. Habría dormido una noche, o a lo máximo dos. Había caído en un sueño inducido, tal vez habría sido más.

Descubrió que la habitación era pequeña. Una ventana en el espaldar de la cama dejaba entrar la luz de la mañana. El color gris en el ambiente hacía que los ojos le dolieran, el reflejo del sol era mucho más intenso que en un día común. Las nubes auguraban una nevada y el otoño estaba llegando a su final.

Los únicos elementos del espacio eran la cama, la ventana y una lámpara incandescente tubular en el techo que iluminaba el lugar. Ahrenys salió y bajó el interruptor cuidando de no hacer ruido, a pesar de que el paisaje tras la ventana le indicaba que ya era tarde, y estarían todos despiertos.

Caminó por un pasillo estrecho, tanto que le resultó incómodo pensar cómo dos personas podrían pasar juntas por ese lugar, había puertas a cada lado, todas cerradas y todas con un gran número al frente, intercaladas desde el principio hasta la pared en la que el pasillo terminaba. Su puerta tenía el número 19.

Continuó hasta la bifurcación y tomó camino hacia la derecha. Las paredes de todo el edificio eran de color blanco. No había ninguna imperfección, como si fueran hechas de un envoltorio perfectamente colocado, cubriéndolo todo con pulcritud. Caminaba con los dedos rozando la superficie, notando una textura suave y a la vez resistente. Las voces andaban y volaban en el viento, pensamientos llenaban de colores el ambiente, marcando sus pasos en ondas resplandecientes que le invitaban a seguirlos.

Un aroma le inundó la nariz y los pensamientos. Persiguió aquella calidez que comenzaba a activarle la salivación. Dulce, un poco salado. Un postre caliente. Manzanas y canela. Apuró el paso, hasta llegar a una habitación enorme donde grupos de gente conversaban animadamente. Todos con pensamientos diferentes que se solidificaban a su alrededor, palabras entremezcladas que la hacían doler la cabeza en su intensidad. Un laberinto de letras que se le antojaba descifrar. Y ese aroma...

Se acercó a un banquillo donde servían comida. Tomó un plato y se formó en la fila. Algunas miradas curiosas se clavaban en Ahrenys. Ella las sentía, pero trataba de ignorarlas. Cuando su turno llegó, una voz le evitó decir alguna cosa.

—Ahrenys, no puedes comer ahora.

Adler estaba a su lado, tomándola del brazo. Su decepción fue palpable.

—¿Adler? Yo... tengo hambre.

—Tienes que pagar por eso —él le quitó el plato de las manos y la separó de la fila, tomándola del hombro— aquí nada es gratis, pero quiero enseñarte las cosas primero, ¿quieres venir? Yo pago tu primera comida, pero tengo que hablarte antes.

Ahrenys obedeció a regañadientes y lo siguió afuera del comedor.

—¿te has visto en un espejo el día de hoy? —comenzó Adler. Hablaba al aire, pero Ahrenys supuso que debía contestar.

—Comencé buscándolo, pero la comida...

—Ven, de verdad hay cosas que tienes que ver.

El hombre seguía caminando. Pasaron de largo el pasillo en el que estaba la habitación que Ahrenys supuso era suya. Continuaron caminando en silencio hasta llegar a una zona oscura. Adler se adelantó y subió un interruptor. El pasillo se iluminó, mostrando una pared perpendicular a la suya, que se alargaba a derecha e izquierda. Había decenas de habitaciones con vidrios oscuros, como esas salas de interrogatorio de las series policíacas que Ahrenys solía ver en su casa.

Adler abrió la puerta de una de ellas y encendió la luz. Eran mucho más grandes de lo que parecían por fuera. Por el vidrio no se veía nada desde dentro, pero Ahrenys comprendió que la visibilidad del otro lado era posible.

Múltiples objetos de distintos tamaños y pesos cubrían el suelo.

—Ahrenys, aquí entrenarás con Tyema en cuanto te recuperes, ¿de acuerdo?

—¿Entrenar? ¿Qué? —estaba confundida.

—Tienes que comprender lo que haces, supongo que ya sabes algo, ¿no? De igual manera, quiero explicarte el origen de todo. Hay muchas cosas que debes saber. —Adler la invitó a sentarse. Ahrenys se derrumbó en el suelo, causándole una carcajada sonora.

—Está bien, yo te escucho —la chica tomó una actitud paciente. Entrecruzó los brazos y esperó.

—Ahrenys, puedes pararme y preguntar en cuanto creas prudente, ¿De acuerdo? —la niña respondió, asintiendo— bien —Adler tomó aire y reflexionó un momento sobre cuáles serían sus próximas palabras— ¿Sabes qué significa Apc-Gen? Apuesto que no. Bueno, creo que has oído

de la biblia. Yo no soy un hombre religioso. Siempre he sabido que Dios no existe, supongo que tú ni siquiera sabes a qué me refiero... dejaré de divagar. La biblia es una composición de libros. Comienzan en génesis, la creación de todo. Terminan en apocalipsis que es por otro lado, la destrucción absoluta. Si una enseñanza deja eso, es que todo tiene un inicio y un fin —el hombre hizo una pausa, captando con ánimo escénico la atención de su interlocutora— Bienvenida a Génesis, Ahrenys.

—Gracias Adler, ¿llamas a esto génesis? ¿qué parte de esto lo es?

—Ahrenys se removió en su lugar.

—El lado A es el génesis. El lado B... bueno, ya no queda nada ahí.

—Ivy, ella está ahí. También Gabriel... el hombre que se la llevó.

A la mención del nombre, el semblante de Adler cambió. Pudo pasar inadvertido; pero solo un ojo atento habría notado la molestia en ese rostro tan sereno a todas luces.

—No menciones su nombre, por favor. Ese sujeto es despreciable.

—No le ha hecho daño a Ivy, incluso puede protegerla... a mí no me hizo daño, y le dijo a Senna que - -

—¡Cállate! —Adler alzó la voz, lo suficiente para interrumpir a Ahrenys en su intervención. La había asustado— Cállate. Es en serio que no sabes nada, niña.

—¡Entonces explícame! —Ahrenys ahora gritaba. Conocía el enojo y le venía bien a veces —No sé quién soy, ni de dónde vengo. Dices que mataron a mi madre, ¿ahora qué? ¿Court no era mi padre? —terminó ella, tratando de añadir ironía.

—Adivinas —la calma había vuelto a Adler en un segundo.

Esa misma calma desconcertó a Ahrenys por completo. Esa era una respuesta, una muy dura, de todo aquello que conocía en la vida.

—¿Court... no?

—No. Court trabajaba para nosotros. Te encontramos a los días de nacida. Gabriel te tenía y te iba a entregar a Tabatta. —Adler hizo una pausa— él acababa de matar a tu madre —cada palabra estaba golpeando a Ahrenys muy fuerte en el corazón, pero sabía que tenía que escuchar— logramos rescatarte y amenazamos con que lo mataríamos si intentaba volver por ti. Estuviste bien seis años, ¿recuerdas? No te mudaste a ninguna parte

hasta los seis...

Lo que decía Adler concordaba, pero no acababa de encajar todo por completo.

—¿Por qué mi padre decía que mi mam... Leah había muerto en el parto?

—Ahrenys aguantaba la respiración, sintiendo un hueco en el pecho.

—Era lo que él sabía. Recuerdos falsos fueron puestos en su memoria, sobre tu nacimiento y tu procedencia. Pero —Adler notó que sus palabras habían ido más allá de lo que deseaba— de verdad te quería. Te quiso siempre. Él no habría dado la vida por alguien a quien amara.

Ahrenys lloraba con la cabeza entre sus brazos, apoyados sobre sus rodillas. Su cuerpo se sacudía levemente, sin hacer ruido. Adler se acercó para abrazarla y prosiguió.

—Tratamos de cuidarte a cada momento. Cuando supimos que habían vuelto por ti, tomamos medidas... difíciles. Pero eran necesarias, Ahrenys. Tenemos que cuidarte.

—¿Tú fuiste quien mató a mi abuela? —las palabras de la niña salieron amortiguadas por sus sollozos, pero Adler entendió que para eso solo había una respuesta.

—En pocas palabras, sí.

El silencio se extendió por la habitación. Solo dos murmullos llenaban el ambiente con un toque de sonido. Los sollozos de Ahrenys se estaban calmando, mientras caía en la cuenta de cada una de las veces que alguien había muerto por su culpa.

—¿Por qué no me han dejado morir ya? —continuó ella un poco más calmada, pero el dolor seguía presente en sus palabras.

—Leah cargó con ella las dos cosas más valiosas que había en el mundo. El anillo de Aurora y tú. No importa cuánta gente muera si se trata de proteger las llaves que dirigen al mundo. —Adler se sentó frente a ella, mientras acariciaba sus dedos.

—¿Qué tengo de importante? Déjenme morir, por favor —Ahrenys lo miró suplicante. Era en serio.

Ninguna de las cosas que había pasado durante toda su vida habrían quebrantado su espíritu, si tuviese uno. No tenía motivaciones, ni nadie a quien querer. Todo había sido una mentira bastante elaborada. Vivir sin

nada era definitivamente peor que morir.

—Ahrenys —Adler sostuvo su barbilla con sus dedos, dirigiendo la mirada de la chica en la suya— eres el antídoto.

—¿El virus de Adam...?

—Sí —Adler asintió mientras se separaba de Ahrenys, dejando caer el peso de la revelación sobre los pequeños hombros de una chica de 15 años.

—Senna me ha tocado, y... —Ahrenys recordó los golpes, los sintió cada uno. La fuerza y el dolor de todos ellos habían consumido su ira. Solo quedaba el desconcierto, el no saber las razones de la mujer que se los había propinado.

—Necesita un activador. El anillo de Aurora es la llave, eso que está dentro de la caja. No sabemos dónde está, pero sabemos que puedes encontrarlo —Adler hablaba algo más animado. Su expresión serena ahora era alegre, contagiosa, en un momento demasiado inapropiado— para ello, quiero que entrenes con Tyema.

Él se levantó de su lugar y salió algunos minutos, cerrando la puerta tras de sí. Ahrenys comenzó a pensar en su vida para la humanidad como algo valioso, aún sin entender como ella podría servir de algo. Lloró por todos aquellos que habían muerto, lloró por aquello que no era su padre y que se fue sin saberlo, amándola como si lo hubiera sido.

Lloró por Leah, por Rebeca y su abuela. Si ser alguien importante era así de doloroso, sopesó la idea de que no valía la pena.

Cuando Adler volvió, una figura pequeñita saltó de detrás suyo. Era la niña de traje azul que había visto esa mañana.

—Ahrenys, ella es Tyema.

La chica le tendió la mano, sonriendo con amabilidad. Tyema no respondió.

—¿Ella es la chica idiota que se desmayó el otro día? No sabe usar telequinesis, solo cuando está enojada. Es patética papi. No quiero perder el tiempo con ella —la niña comenzó camino a fuera de la habitación. Se vio interrumpida por su padre, que la cogió del traje.

—Puedes divertirte, Tyema. —Adler le guiñó el ojo a su hija y la sonrisa que salió de sus labios le erizó la piel a Ahrenys.

—Entonces puedes irte —contestó la pequeña, mientras su padre salía por la puerta, cerrándola tras de sí.

—Tyema... yo no sé nada, puedes explicar - -

Las palabras de Ahrenys se cortaron cuando salió disparada contra la pared del fondo de la habitación. El golpe no le había dolido, todo estaba cubierto de algo blando, pero el susto la había dejado sin aire. Cayó contra el suelo de bruces. Apenas lograba ver la silueta de la niña, había quedado muy mareada después de eso.

Ahora tenía miedo.

—Dime Ema. Podemos ser amigas, ¿verdad? Quiero jugar contigo.

De nuevo se vio suspendida en el aire, colgando de cabeza. Una amenaza palpable. Cayó golpeándose fuerte en el suelo.

Y las luces se apagaron.

Capítulo 20

Piedad:

Tyema se acercó al ver a Ahrenys inconsciente en el suelo. Adler miraba todo con las manos entrelazadas a su espalda desde detrás del cristal.

Le parecía un juego de niños, en el que siempre su hija salía ganando. Ahrenys tenía mucho por aprender y cuando lo hiciera, necesitaba que Tyema tuviera la confianza necesaria para no evadir la responsabilidad de sus enseñanzas. Ahrenys sería peligrosa, incluso para su propia hija. Evitaría eso con esa simple lección. El miedo.

Tyema no tenía miedo. Ahrenys había caído desde una altura considerable y el golpe en la cabeza la dejará aturdida durante algunos minutos. La pequeña había aprendido ese truco jugando con Adrik mientras entrenaban. La primera vez se había asustado demasiado. Había corrido hasta donde su padre, con el terror reflejado en su rostro. Creía que había matado a su hermano.

Ahora que ya conocía la verdad de la situación, la niña se acercó dando pequeños saltos hacia Ahrenys, sin sentir ningún remordimiento. Pensaba en lo feliz que estaría su padre, porque en realidad lo estaba. Podía leer sus pensamientos, al igual que la chica que yacía desmayada enfrente suyo.

Se puso de rodillas y le abrió los párpados. Tenía los ojos azules, un muy lindo azul. Tyema había crecido creyendo que el cielo era de ese color.

Ahrenys comenzó a reaccionar a los pocos minutos. Tyema no se apartó de ella. Miró cada uno de sus movimientos, al igual que el aura de temor que crecía a su alrededor. Había despertado su curiosidad y la explotaría al máximo. Ahora le temía, y eso era bueno.

Se preguntaba si era por esa razón que nadie quería jugar con ella, pero de verdad nunca quería dañar a nadie. Solo quería hacer feliz a su padre.

Ahrenys captó el pensamiento. Le temía a Tyema profundamente y odiaba a Adler por haber dejado que la lastimara de manera deliberada, sin haber tenido opción a defenderse. El dolor en el lado derecho de su cara se había intensificado, y volvió a sentir todos los golpes de Senna, ahora acompañados de un malestar en la nuca. Sin embargo, supo que aquella niña necesitaba unas palabras, y que las mismas definirían el rumbo de su estadía ahí, de las cosas que debía hacer y aprender.

—¿Puedo seguir jugando contigo, Tyema? —atinó a decir.

El rostro de la pequeña se iluminó y se lanzó hacia Ahrenys. Ella intentó huir, pero se dio cuenta que en el gesto solo había una intención. Tyema la rodeaba en un fuerte abrazo. Una reacción demasiado inusual después de haberla dejado noqueada durante algunos minutos, pero estaba bien. El color que inundaba la sala entrando a través de la ventana le hizo saber que en realidad, solo era “algo” lo que estaba bien.

—Volveré después de comer, perdón por golpearte —Tyema sonrió de oreja a oreja. Ahrenys nunca creyó lo que podría significar aquello.

La niña salió de la habitación y algunos murmullos tras la pared la mantuvieron en su sitio. Seguía sentada en el suelo. Pasó la mirada en todos los objetos que había alrededor, y se dio cuenta que había caído en una zona libre de ellos. ¿La niña los había separado antes de dejarla caer? Era probable. No tenía intención de hacerle daño, eso era claro. Sin embargo, el control que tenía sobre sus habilidades era algo a lo que se le debía temer.

Adler entró para interrumpir su secuencia mental. Se le veía ofuscado, tal vez. El color de sus pensamientos era un detalle que rompía la magia en sus facciones. El humo colorido a su alrededor formaba una escena terrorífica a comparación del semblante que mantenía. Pasivo, amable. Dulce.

La molestia - ¿eso era? - no salía por sus palabras. Era algo más. No era Ahrenys, ni Tyema. Algo oprimía el mundo sobre los hombros de Adler. Ver aquel cambio tan radical en él, hizo pensar a Ahrenys que tenía gran parte de la culpa. Sin perder la costumbre.

—¿Pasa algo?

—Te dije que comerías. Disculpa lo que ha pasado —Adler creía enmendar todo con algunas palabras y voz indulgente— Tyema no se sabe medir con los nuevos - -

—La dejaste lastimarme. —Ahrenys cortó en seco, olvidando la culpabilidad de lado. Estaba cansada de ser el chivo expiatorio— La dejaste lastimarme y lo disfrutaste ¿acaso tengo la culpa de no saber nada de esto? —su tono de voz iba en aumento— ¿por qué para todos es tan fácil pedir disculpas después de hacerme daño? ¡Responde, marica!

Se reprimió a sí misma. Tenía ambos puños apretados con fuerza, los nudillos blancos en una pequeña demostración de ira. Estaba haciendo acopio de toda su voluntad para no mandar a Adler a volar por la ventana negra. ¿Por qué era tan fácil hacerla enojar? Tal vez se arrepentiría de sus

palabras luego.

Pero luego ya vendría.

—Ahrenys —Adler se acercó lentamente, midiendo sus pasos. Era plenamente consciente de lo que sucedería si daba un paso en falso— ¿sabes que puedes matar a alguien sin saberlo? Tyema sabe medirse. La he mandado a mostrártelo, ¿te ha hecho daño? —Ahrenys comenzaba a relajarse. Negó con la cabeza— Eso... Mucha gente ha muerto. No queremos ser los siguientes, ¿verdad? —terminó él, poniendo las manos en alto en señal de rendición

Una pausa demasiado larga inundó la habitación. Adler comenzó a ponerse nervioso.

—Perdón

Era una palabra sincera, lo suficiente como para intentar confiar en que nada sucedería, al menos ese día.

—¿Quieres comer?

—¿Qué tengo qué hacer?

Bien, comienzas a entender las reglas...

Adler acompañó a Ahrenys hasta la salida. Dos plegarias silenciosas de dos pares de labios se articularon en ese instante. Una sola sería escuchada.

—Allá afuera, ¿cómo se vive? —comenzó Adler, mientras la guiaba por el pasillo de los "interrogatorios". Ahrenys supo que él tenía la respuesta, pero pudo comenzar.

—Hay trabajo y escuelas. Hay organizaciones de personas que cooperan entre sí para hacer cosas en la comunidad —Ahrenys no sabía a qué llevaría eso, pero decidió continuar— No hay gobernantes, pero sí personas que se encargan de mantener el orden. No son muchas y de hecho son innecesarias... todo afuera es sencillo y somos pocas personas las que quedamos. No hay muchos problemas, Adler —la chica unió la pregunta rápidamente— y aquí, ¿cómo se vive?

Se dio cuenta que ese lugar debía ser una clase de ciudad fuera de las normas externas de lo que ahora sabía era "El Lado A". Toda la gente tenía una habitación y eran algunos centenares los que se formaban en fila para la comida. Tal vez otros estaban trabajando en... algo.

—Aquí Ahrenys, todos trabajamos. No hay organizaciones para las personas. También somos pocos, incluso menos que los que hay allá afuera, pero tenemos que protegernos. —Adler caminaba con las manos en la espalda, siempre delante de ella— somos refugiados. Huimos del Lado B hace mucho tiempo. Aquí hay un gobierno. No hay dinero, pero todos somos iguales. Trabajamos lo mismo en lo que nos corresponde y vivimos con igualdad —se giró para ver a Ahrenys, causando que ella frenara en seco— y así seas el antídoto, tienes que trabajar.

Las palabras de Adler sonaban siempre más duras de lo que él pretendía.

—Por ahora, puedo hacer una excepción contigo —sonrió. Sin embargo, resultó en un gesto incómodo para la chica a la que la sonrisa iba dirigida—solo quiero que te des un baño. Y que tu ojo mejore. Hoy es martes, tienes hasta el lunes para descansar. A partir de entonces, trabajarás en cuanto suene el timbre y después de comer entrenarás con Tyema, ¿de acuerdo? —su postura daba a entender que no había opción.

.....

Senna despertó en la oscuridad absoluta.

Estaba recostada sobre una superficie dura, totalmente recta. La espalda le dolía demasiado. Trató de moverse en primera instancia, solo para alarmarse al darse cuenta que sus extremidades estaban sujetas a cada una de las esquinas de aquella... ¿mesa?

Trató de gritar, pero una mordaza le impedía articular cualquier sonido.

Escuchó el picaporte de la puerta girar lentamente. Las bisagras chirriaron, dando paso a una silueta que salía de una luz cegadora.

La puerta se cerró a sus espaldas, dejándola de nuevo en la negrura. Pero ahora sabía que estaba acompañada.

—Senna —la voz era conocida. Suave. Cargada de intenciones ocultas detrás— ¿por qué intentaste vender a Ahrenys?

El hombre se acercó a ella, quitándole aquello que le bloqueaba la boca. Senna comenzó a gritar, rogando porque alguien la escuchara. Una risa gutural salida entre la oscuridad la hizo callar de inmediato, helándole la sangre.

—Nadie te va a escuchar —una mano le acariciaba el cabello— ¿puedes responder? Y evitas más problemas. Podemos cooperar...

—Tienen a Ivy y tú estás aquí, regocijándote con tu abominación y esa cosa maldita de Aurora— Senna escupió a un lado, pretendiendo

mancharle los zapatos.

—¿Sabes por qué? La vida de tu hija y la tuya me importan muy poco, Senna —la voz se acercó a su oído. Su respiración se había vuelto lenta, pero estaba cargada de una ira silenciosa. —deberías agradecerme que no dejé que Ahrenys te matara ¿o lo preferirías?

Senna no respondió.

Escuchó los pasos del hombre alejarse en dirección a la puerta y comenzó a gritar, pidiendo que la soltara. No podía ver absolutamente nada y para su mala suerte, tenía algunas necesidades que remediar.

—Guarda silencio Senna, creí que eras mejor negociante. Guarda tu voz para cuando tengas que rogar.

El hombre de traje negro salió por la puerta y echó el pestillo.

Capítulo 21

Secretos:

—¿Por qué dices eso si apenas te conozco?

Una carcajada socarrona se atascó en los dientes de Gabriel, esbozando una sonrisa de incredulidad nerviosa.

—Mi madre me dijo que mi padre era un idiota de sonrisa bonita —Ivette lo miró con detenimiento— y encajas a la perfección.

—¿Cómo mierda dices eso? ¡Yo jamás me metí con tu madre! —Gabriel se había levantado de su lugar, caminaba hacia la puerta.

Quería no creer las palabras de la chica, pero en realidad... ¿tendrían sentido?

—Gabriel, ¿te sacaron sangre en el laboratorio? ¿tienen tu ADN? —Ivy había tomado el colibrí que había caído sobre la cama y comenzó a jugar con él.

—Deja de hacer preguntas estúpidas, mocosa —Gabriel miró a la nada por un momento— ¿Cómo sabes lo que hace el laboratorio? ¿por qué insinúas que...?

—Soy un experimento, ¿verdad? Los albinos desaparecieron hace mucho tiempo —hizo una pausa— Mi madre me lo dijo

Ivy hablaba con naturalidad, como si no hablara de sí misma como si fuese un fenómeno.

—En realidad, yo... Ivy, ¿cómo lo sabía Senna? —Gabriel se sentó en el suelo, a un lado de ella. No sabía absolutamente nada. Estaba totalmente fuera de su alcance todo aquello. Si su jefa lo sabía, ¿por qué no se lo dijo antes? ¿temía que fuera a buscarlas?

—Tabatta se lo dijo al liberarla del laboratorio. La dejó salir a su suerte en cuanto supo que Leah estaba muerta. —Ivy pasaba el colibrí entre sus dedos, con una habilidad magistral— nací en el laboratorio, tú ya me conocías.

—Sí, pero sigue sin tener sentido, imaldita sea! ¿cuántos más salieron de mí sin saber? —Gabriel reía amargamente— ¿Sabes qué es la parte más mierda? Ni siquiera pude disfrutarlo.

Ivy sabía a lo que se refería. Sonrió, pensando en lo irónico de la situación.

—¿Por qué te ríes? —él la miró con curiosidad

—Eres mi padre y nunca lo supiste, te lo dijo tu hija, que no debería saber nada. Ni siquiera mi madre quiso decirme

—Espera, acabas de decir que ella te dijo todo. ¿Cómo es que...?

—Adam podía leer su mente. Se metía en ella sin notarlo y le contaba más cosas a él que a mí. Como era mudo, pensaba que se llevaría todos sus secretos a la tumba. Mi madre duerme tranquila ahora que está muerto, pero yo lo sé todo. —una sonrisa furiosa se dibujó en sus labios, causándole un escalofrío a Gabriel.

—Senna no tiene corazón, ¿o sí? —sonrió él, quitándole importancia a la escena.

—Lo tiene, pero yo no esperaré mucho amor de una mujer que tuvo que salir en buenos términos —marcó comillas con los dedos— de un lugar porque habían matado a su mejor amiga. Huyó meses hasta que llegamos aquí, pasaba días sin comer porque Adam y yo estuviéramos bien. ¿Crees que la culpo por no darme cariño? Fui la causa de sus problemas desde un principio.

El tono en la voz de Ivy se estaba apagando, algo le decía a Gabriel que debía dejar morir el tema. No se sentía del todo bien como para cargar con los sentimientos de una chiquilla.

—Ivette, Tabatta no sabe que estás viva. —suspiró— Puedes... huir. Habla con Adler, puedes hacerlo. Tal vez logre ganar más tiempo y podrías volver con tu madre, en realidad no te quieren a ti.

—Lo sé. También sé que si no vuelvo contigo tal vez maten a tu hija —Ivy se había colocado silenciosamente frente a Gabriel y tenía las manos en sus rodillas— ¿habías contemplado la posibilidad?

Gabriel asintió.

—Entonces no cometas la estupidez de dejarme ir. Igual no lo haré —sentenció ella.

—¿Por qué eres así de idiota? —Gabriel resopló, respondiendo— Si vas te van a matar, o peor. Te torturarían.

—No del todo. Tabatta no sabe que existo, ¿verdad? Tenía ilusiones de que muriéramos en el camino. —Ivy hizo una pausa, esperando que

Gabriel comprendiera sus palabras— puedo decir que Ahrenys tiene el anillo, así como su ubicación.

—¿Te la dijeron? —Gabriel estaba sorprendido

—No, ¿crees que Adler sería tan idiota como para dármela?

—Sí. En serio es muy idiota.

—Al menos puedo decir que la tengo y ganar tiempo.

La niña era inteligente. Un poco, lo suficiente.

—¿Y si te hacen daño?

—No lo harían —ella lo miró a los ojos, esperando un poco de ese gesto— no dejarías que lo hicieran, ¿verdad? Soy tu hija.

Gabriel le acarició la mejilla. Pensando en todo lo que había perdido. Recordó su propia infancia, cuando creía que su padre lo protegería de todo y que serían eternos juntos.

—Open up your heart and...

—... let the sunshine in —terminó ella

Llegaron al final de Virginia esa tarde, cuando el sol comenzaba a meterse por el horizonte. Habían viajado juntos, conversando de todo y nada a la vez. Caminaron hasta llegar al siguiente poblado, a más de cinco horas de distancia a pie de donde habían partido.

La gente ahí era mucho más osada que en Virginia. Tenían que andar con cuidado. La situación en el lado B había llegado a niveles alarmantes. La gente mataba por conseguir comida, e incluso solo por pasatiempo. Cualquiera que estuviera fuera de su casa después del atardecer se aseguraba un asalto, al menos.

Andar con Sarah había sido fácil. Ella se sabía cuidar, mientras que Ivy estaba indefensa al menos en esa dimensión. La transmisión no le serviría de nada si no podía usarla para mantenerse viva.

Algo que empeoraba con creces la situación era el albinismo. Andar por ahí con una niña de piel tan blanca como la leche no hacía para nada más fácil el camino. Llamaban la atención y eso era algo que Gabriel quería

evitar.

Era parte de la idea del impermeable. Aunque era amarillo chillante, era mil veces mejor que el cabello níveo de Ivy ondeando por ahí. Los matarían al instante pensando que era una portadora, sin poder estar más lejos de ello.

La gente había aprendido a odiar a los portadores con justa razón. Ellos les habían convertido en seres incapaces de hacer algo más allá de sus manos. La economía había colapsado, la paz que había venido tras el asentamiento del laboratorio que mejoraba la calidad de vida de las personas en el lado B había desaparecido por completo.

Y todo por un virus que se esparció como la gripe.

Las medicinas escaseaban, la tierra era estéril y la gente mataba por uno o por lo otro. Gabriel odiaba ese lugar. A veces creía que Isona estaba mejor en el laboratorio, pero podría estar mejor en el lugar donde él había nacido.

Ahora solo quedaban los días de camino de regreso y volvería a estar con ella. Rogaba dentro de sí que las palabras de Ivy no fueran ciertas. Isona estaría bien, al menos por un tiempo. Podría aplazar todo y esperar.

Esperar era todo lo que quedaba.

Capítulo 22

Confianza:

Dormían en casuchas derruidas por el paso del tiempo, por ladrones y tormentas. La desolación lo cubría todo con un aire espectral. Las pocas personas que vivían o eran muy osadas o totalmente extrañas.

Gabriel no podía mantenerlas a raya como desearía. Era fácil controlar a la gente, quitarles el impulso de salir de su casa a ver a los extraños. Era fácil mirar dentro de mil mentes al mismo tiempo y dejar en ellas una advertencia sutil, algo que se sintiera como ese sexto sentido en contra del peligro que los seres humanos normales experimentaban, al menos.

Decir: “No salgas” le había salvado de ocasiones difíciles muchas veces antes, como la noche que conoció a Court, pero ahora eso ya no servía de nada. Si algo te sabía de haber terminado como un parásito sin transmisiones, era que nadie podía meterse en tu cabeza. Nadie podía usar proyecciones en tu contra y era ahí donde las cosas se ponían difíciles para Gabriel durante la noche.

Velaba a Ivy en un intento desesperado de encajar en su cabeza todas y cada una de las anécdotas que la niña había contado, desde el encuentro de Senna con Adam, la máquina que ella había creado e incluso cosas que ella nunca podría saber. La muerte de Leah, el escape de Adler y muchas otras cosas que Gabriel creyó haber olvidado.

También sabía que se guardaba cosas para ella misma. Viajaban por las noches -cuando ambos dormían- directo a lugares ficticios. A recuerdos de la infancia, a canciones conocidas y por conocer. Ivy comenzaba a cogerle cariño.

Los intentos de asesinato estúpidos y recurrentes habían quedado en el pasado y las palabras de la chica venían siempre cargadas de una afectuosa animosidad. La hostilidad había quedado atrás.

Quedaba solo una noche y por la tarde de la mañana siguiente llegarían al laboratorio. Gabriel no pudo dormir, pensando en todas esas cosas con las que se enfrentaría. Tal vez no fuera tan difícil, igual, lo perdonaría, ¿verdad? A esas alturas ya no importaba. Tenía algo con qué ganarse su confianza y lo había logrado. Demasiado sencillo.

—Ivette, vámonos. Tenemos que llegar pronto —Gabriel estaba cogiendo sus cosas cuando le propinó una leve patada en el costado a la chica para que despertara.

Ella se levantó entre bostezos y quejidos de haber pasado otra larga noche en el suelo. Siempre se hacían la misma pregunta con la mirada y nunca sabían que contestar.

—No ha aparecido. Ni ella, ni Adler. Menos Adrik, ¿tú la viste?

Gabriel negó con la cabeza.

El ritual de Ivy era el mismo cada mañana. Se sentaba sobre sus tobillos fuera de su improvisada cama. Le quitaba todas las arrugas al montón de mantas y los doblaba uno a uno a la perfección. Se tomaba su tiempo, como si contara los segundos para que todo quedara tal como debía. En realidad, sus labios se movían, susurrando los pasos de su orden como instrucciones aprendidas.

Gabriel había intentado quitarle la manía a palabras. Primero suaves, luego fueron bruscas y finalmente cedió a las peculiares exigencias de Ivy, pero se propuso levantarla antes de que la mañana despuntara, y así solían salir de sus refugios a la primera luz del sol.

—Tú no me conoces, ¿verdad?

—No.

—Y me odias, ¿verdad, Ivy?

Conversaban mientras Gabriel veía materializarse aquella inmensa estructura de hormigón frente a ellos. Le pareció que estaba más cerca que cuando iba, pero en realidad había dejado de preocuparse por sus percepciones personales. El universo estaba cambiando.

—¿Qué haremos cuando lleguemos?

—Fingiré que te temo —Ivy saltaba despreocupadamente tomada de la mano de Gabriel—deberías amarrarme a ti o algo, ¿no crees?

—No. Te hipnotizaré. A Tabatta le parecerá una buena justificación.

—Gabriel la miró— no puedes temerme si estás hipnotizada, no seas idiota.

Ivy rió— De acuerdo, no te temeré. Voy contra mi voluntad... —hizo una pausa, buscando en su mente las palabras que seguían—y les diré lo que me pidan, ¿verdad?

—Exactamente, no más y no menos.

La chica asitió. Todo estaba dicho.

A pocos metros de llegar, Gabriel comenzó a susurrar al aire.

—Tienes miedo, ¿verdad Ivy? Y no puedes dejarme —había querido hacer eso todo el camino. Lo necesitaba— no puedes dejarme porque te mataré antes de que pestañees. Vendrás conmigo y pasarás al laboratorio. Seguirás un plan que no recordarás que sabes, ¿verdad?

Ivy pestañeaba adormilada. Era demasiado fácil entrar en su cabeza, incluso cuando ella no estaba oponiendo resistencia.

Se acercaron a la puerta y los mismos guardias idiotas de todos los días seguían parados en el mismo lugar. Seguía tomando a Ivy de la mano, pero se movía de manera casi fantasmal. Llevaba un vestido blanquísimo bajo el impermeable amarillo que también le protegía del sol, más allá de las miradas indiscretas.

Pasaron a la sala de revisión, donde había estado con Sarah. Una sonrisa amarga se esbozó en su rostro al ver sentada a Ivy en el suelo, extrañada de todo lo que le rodeaba. Tenía el aspecto de estar bajo el influjo del LSD, si es que aún existía esa droga. Miraba a su alrededor y parecía que todo le causaba gracia, excepto Gabriel. Al verlo, inmediatamente se encogía en su lugar, pero mantenía una distancia respetable de dos metros exactos detrás de él cuando caminaba.

Le parecía un perro amaestrado a base de golpes. Pero estaba bien, era lo que necesitaba. Antes de salir de la sala, susurró unas palabras al aire después de pedir un cigarrillo. Había acabado el último hacía tres días y el temblor en sus manos empezaba a preocuparle. Casi tanto como las veces que pasaba la lengua por sus labios agrietados.

Rogó en una plegaria silenciosa que después de ver a Tabatta alguien le diera algo para fumar. Lo que fuera, pero pronto.

Caminó con la niña a sus espaldas hasta la oficina principal y ahí estaba, de nuevo preparado para tocar. Cinco minutos después de lo que debía, y esperó uno más.

Tabatta salió a su encuentro, tirando por los suelos sus elaborados planes para fingir su elegante retraso.

—Pasa —ni siquiera le dirigió una mirada, solo la voz de aquella mujer que lograba erizarle la piel— le hace falta color a esa niña.

Gabriel atravesó el umbral de la puerta para darse cuenta que la sala ahora estaba completamente iluminada. Las paredes seguían siendo de color metálico, totalmente átonas con el ambiente exterior. La estancia

era amplia y -tal vez- acogedora. Un gran escritorio de cristal con estructura metálica sobre el que descansaban miles de papeles. Estanterías detrás, con plantas decorativas sobre ellas y justo detrás de la silla ejecutiva de Tabatta, un retrato enorme de Aurora, su madre. La creadora del proyecto que dio inicio al fin.

La pequeña mujer se plantó frente a Gabriel, alzando la mirada para verlo a los ojos.

—¿Por qué no tienes a la niña?

—Ella fue todo lo que pude traer —él comentó con tono complaciente, ahora quería que todo fuera a bien— El imbécil de Adler las encontró primero que yo.

Ivy oteaba la instancia con curiosidad, cosa que también la despertó en Tabatta

—La trajiste...

Aquella pregunta no formulada era lo que Gabriel quería escuchar.

—Ella es la hija de Senna —Tabatta respingó al oír el nombre— Sí, sigue viva. Ellas cuidaron de Ahrenys en el tiempo que estuvo del lado B —Gabriel hizo una pausa. Un total amante del drama— Pero aquí tienes, una chica albina e inmune.

Él saboreó esa última palabra, ¿qué tienes para responder a eso?

—Eso no me importa. Quiero a la niña —su jefa se mantuvo firme— O... ¿ella sabe dónde está?

—Sí, lo sabe. —Gabriel hizo un ademán en dirección a Ivy y ésta se acercó con recelo.

Él chascó los dedos en su oído mientras ponía una mano sobre su hombro. Ella había dejado el impermeable a la entrada. Su piel se erizó y Gabriel sintió como toda ella se tensaba bajo su agarre.

—Ivy, ella es Tabatta

El miedo en los ojos de la chica convirtió sus facciones en una máscara del más puro horror, pero le era imposible moverse. La desesperación tomó parte de ella, mientras las lágrimas rodaban por sus mejillas.

Tenía miedo, eso no estaba en el plan. Estaba hiperventilando. Gabriel

dejó de sujetarla, pero sus pies seguían anclados al suelo.

Él se giró para verla de frente, poniéndose a un lado de Tabatta.

—Van a experimentar contigo, ¿lo sabes? —la chica cerraba los ojos. No podía mover sus manos— van a sacarte la verdad y tú vas a decir donde está tu amiga, ¿verdad?

Gabriel no trataba de convencerla de absolutamente nada. Se burlaba de ella, estaba completamente indefensa. Tabatta sonría con satisfacción, incluso le excitaba pensar en el sufrimiento por el que estaba pasando, más ahora que lo que sucedería después con la chica.

Él rio desde lo más profundo de su garganta. Se acercó a ella y apretó con fuerza una vena gruesa que sobresalía en su cuello.

Ivy se desmayó.

—El truco está en hacerla hiperventilar. Solo aplicas algo de fuerza en la vena y listo, fuera de combate.

Gabriel se sacudió las manos mientras se giraba para estrechar su mano con la de Tabatta.

—Ella confiaba en ti, ¿verdad? —Tabatta no respondió el saludo.

—Sí, ¿cómo crees que la traería hasta acá si no?

—¿Qué mentiras te contó?

—No hay más que las que tú ya conozcas, Tabby —Gabriel le guiñó un ojo.

—Disculpa lo que pasó antes - -

—Calla —interrumpió— déjalo estar. Ahora, espero que esta mocosa te diga dónde está la pelirroja —él pasó las manos por su cabello, algo que le funcionaba muy bien a la hora de pedir un respiro.

Sabía que su aspecto era deplorable, pero a pesar de ello no se sentía tan fuera de tono dentro de esa habitación tan fría. Incluso el aspecto de Tabatta no le daba tanto miedo.

Tenía una altura de duendecillo, un aspecto muy genérico dentro de cualquier oficina. Su cabello lacio recogido en una apretadísima coleta alta, una falda recta que no le hacía ningún favor. De no haber sido por su madre, ni siquiera habría sobresalido en algo con esas características tan

simplonas.

—Vete, pero vuelve mañana. Quiero hablar contigo.

Gabriel se alejó tras estrecharle la mano a su jefa y tomó el pomo de la puerta.

—Me saludas a Isona —ella terminó.

Aquello le sonó a una amenaza. Pero al menos había un peso menos con el cual cargar. Tal vez, Ivy le perdonaría.

A esas alturas, de verdad no le importaba.

Capítulo 23

Fracciones:

Al salir de la sala, Adler la llevó hacia los lavabos, una habitación enorme con diversas secciones con regaderas separadas. Había por lo menos treinta de ellas.

Pero algo captó de inmediato su atención, un espejo gigante que cubría por completo la pared. Aquello que veía en él, definitivamente no era ella. Fingió no haberse asustado con su reflejo.

Tenía una línea de sangre seca que le corría por un costado de la boca. Tenía las mejillas inflamadas y algunos moretones verduzcos en los pómulos, eso sin contar que de su ojo derecho no había ni rastro. Estaba escondido debajo de una masa amoratada que ahora eran sus párpados.

Senna no conocía la piedad.

—¿ahora ves por qué todo el mundo te mira?

Adler se había quedado fuera, le hablaba desde la puerta y su voz resonaba en todo el espacio. El eco era estridente.

—Sí.

—Lávate y ve al comedor, ¿sabes dónde queda?

—Sí —Ahrenys escuchó los pasos del hombre alejándose— ¿Adler?

Él se detuvo en seco y giró sobre sus talones.

—Dime.

—Gracias.

Cuando sus pasos dejaron de escucharse, Ahrenys se sentó en el suelo.

Ahí tirada e indefensa, su piel se sentía como un envoltorio falso. Tuvo la apremiante necesidad de sacar una capa, tras otra y otra de envolturas que al final no llegan a nada. Un pequeñísimo regalo de broma que termina siendo una baratija usada.

Sentía que tras todo este grandísimo alud para cuidarla, había muchísimo más que intenciones blancas. Le molestaba ser tan desconfiada, cuando hacía poco tiempo había creído que el hombre que había matado a su

madre en realidad nunca quiso hacerle daño.

Por otro lado, le alegraba haberse dado cuenta de una gran verdad.

No puedes confiar en nadie.

Tenía quince años y jamás había reparado en el comportamiento mezquino y autocomplaciente de los seres humanos. Parásitos que se alimentan del fracaso ajeno para conseguir sus propios éxitos. Personas que cuidan el más mínimo error, sacando provecho de cada movimiento. Todos eran así, todos la querían por algo, sin importar a costa de qué.

Se miró al espejo, viéndose por primera vez.

Fuera de aquellos moretones y lastimaduras que cambiaban su aspecto, había muchísimo más. Cosas que nunca antes había notado.

Las formas de su cuerpo se acentuaban con el traje, marcando cada línea en el lugar perfecto. No era una niña, eso era algo evidente.

Se sonrió. Al instante borró la sonrisa, aterrándose a sí misma.

No era una niña, pero actuaba como tal. Había crecido rodeada de personas que sin saberlo habían controlado cada aspecto de su vida, al grado de dejarla sin valor único, auténtico, creado. Sin conocer el mundo en carne propia.

Ni siquiera conocía el amor.

Quería a su padre porque la había cuidado, pero nada más allá. Su muerte le había dolido, pero solo como esa punzada distante de perder a un amigo, uno no muy cercano. Deseó haber sentido más. Ahora descubría que esa fue la razón de su llanto. El remordimiento del dolor que no existía.

¿Hubiera sido todo diferente si Adler no la hubiese cuidado desde el principio? Mientras otros evadían el peligro por ti, era más fácil concentrarte en las vidas ajenas y construirte una a partir del resto. Se dio cuenta que a los nueve años no puedes pagar facturas.

Tampoco a los quince.

Se permitió llorar por esa infancia perdida, por su abuela y su padre. Por la madre que nunca había conocido y sobre todo, lloró por Ivy. No sabía que sería de ella, pero en realidad había sido la única persona que se había preocupado por ella, al lado de Adam.

Pero él no podría volver.

Se prometió dos cosas antes de levantarse del suelo.

No volvería a llorar.

Salvaría a Ivy.

Los días siguientes transcurrieron con una normalidad agobiante. Para el viernes, ella se encontraba mucho mejor y quería conocer más, saber más sobre lo que le rodeaba.

Había descubierto que todo aquello era una ciudad subterránea, alimentada por plantas solares y eólicas que se encontraban en la superficie. La luz que llegaba hasta su ventana era producto de grandes obras de ingeniería que le permitían asomar a la tierra, como los visores de un submarino.

Descubrió que la mayoría de las personas ahí poseían transmisiones, o que en su totalidad, alguna vez las tuvieron. Eran fugitivos del virus a quien Adler acogió.

Él había estado en el laboratorio. Había conocido a su madre. -Una mujer preciosa- dijo.

También fue amigo de Senna. El tiempo la había cambiado demasiado. No solo eran las canas que pintaban de nieve su larga cabellera negra. No solo eran las pequeñas arrugas en las comisuras de sus ojos. Era algo que iba muchísimo más allá de la presencia física. Senna estaba rota por dentro.

Ahrenys la veía muchísimo más cansada mientras estaba por el comedor. No se atrevía acercarse a ella y se preguntaba qué era lo que hacía.

Todos trabajaban ahí dentro. La organización era muchísimo más compleja de lo que las palabras de Adler habían descrito. Redes de túneles subterráneos conectaban la "ciudad" yendo desde una gran sala de manufactura de ropa hasta una mina.

La gente tenía que vivir de algo, además los recursos de la empresa no salían del aire. El trabajo de todos los beneficiaba en conjunto. No recibían un salario como tal, pero la calidad de vida valía del desempeño.

Las personas que aun conservaban sus habilidades lo tenían todo fácil. Las usaban para hacer más rápido su trabajo, pero tenían que hacer más del

doble, según Adler.

Ahrenys conoció a Adrik. Aparte de ser el medio de conexión cuando estaban en el Lado B, había sido la persona que había abierto los portales, increíblemente pudo sostener ambos de forma simultánea. Él explicó que su padre le había ayudado.

Ahrenys se sentía maravillada de todo cuanto la rodeaba. Le parecía increíble como las cosas podían cambiar tanto tan solo unos metros bajo tierra.

Llegado el lunes, debía ir a entrenar.

Pasó la mañana siguiendo las instrucciones de Adler al pie de la letra.

Sal de tu habitación, pasando de largo el comedor. Camina dos secciones más allá y entra en el túnel. Tal vez haya transportadores, espera un poco si es que no hay ninguno.

Si encuentras, diles que te dejen en la sección C. Entra por ese callejón.

—Bienvenida a la sección energía.

Un hombre bastante jovial la recibió justo al entrar. Pasar de la penumbra de los túneles al ala C era un cambio probablemente impactante.

Jóvenes caminando de aquí para allá en un ajetreo armonioso. Pensamientos de mil colores inundaban el aire, acompañando la melodía de cientos de voces que viajaban en el espacio. Salían de sus labios, o de sus mentes, creando un espectáculo por el que valía la pena pagar.

Estaba tan absorta en aquella escena, que pasó por completo del hombre que la miraba esperando una respuesta.

—Disculpa, gracias —respondió apenada, cortando el efecto hipnotizador que el lugar le provocaba.

—Bien, sígueme. —comenzó a caminar frente a ella. Ahrenys aceleró el paso hasta alcanzarle— En este lugar, convertimos la energía de afuera en algo que podamos utilizar acá abajo.

El ruido de una máquina de la altura de Ahrenys silenció sus palabras. Pasaron de largo y él continuó.

—Para los que aun conservamos nuestras habilidades, es más sencillo el proceso. Sabes que todo lo que nos rodea es energía, pero no todo es aprovechable. Nosotros no podemos darnos el lujo de perder algo. Las transmisiones cerebrales son energía. Funcionamos como controles

remotos, o pequeñas radios —el chico bajaba la mirada en constantes ocasiones, buscando en la mirada de Ahrenys la comprensión de sus palabras— nosotros también recibimos energía, al igual que la proyectamos.

Ella miraba con detenimiento a las maquinas. Enormes bolas de cristal que coronaban generadores enormes. Recordó el aparato de Senna, definitivamente una escala minúscula de lo que estaba viendo.

—Los que están ahí, recogen la energía disuelta en el aire y la pasan al generador. Convierten el calor en algo aprovechable de vuelta, ¿acaso no es grandioso? —la exaltación del muchacho iba en aumento, como si todo lo que le rodeaba lo tuviera extasiado a pesar de verlo todos los días.

—Lo es —Ahrenys respondió sonriente, pensando en como se sentiría la energía pasar por tu cuerpo— ¿cómo te llamas?

—Soy Artem. Encargado de energía —él tendió su mano para estrechar la de la chica— mucho gusto. Adler me ha dicho que eres Ahrenys y que después de ver esto, tendrías que ir con Tyema, así que corre.

El chico se despidió de Ahrenys alborotándole el cabello.

Llegó a la sala de entrenamiento con las mejillas enrojecidas y la melena alborotada. Había tenido que cruzar el pasillo principal de lado a lado del campo y lo había hecho corriendo, pensando que llegaría tarde. Adler y Tyema la esperaban en la puerta, esta última saltando en círculos alrededor de su padre.

—¿Lista? —abrió la puerta de la sala noventaiuno

Tyema entró tomando a Ahrenys de la mano. La niña sostuvo un pequeño peluche de elefante con su mente y lo puso sobre su cabeza. Reía, demasiado alegre. Si así era siempre, le sorprendía que nunca estuviera con otros niños.

—¿Qué vas a enseñarme, Ema?

Tyema le indicó que se sentara, poniendo el pequeño elefante entre sus brazos.

—Tienes que controlar lo que sientes. La energía de nuestros sentimientos también se transmite. —hablaba con un tono totalmente ajeno a un niño de su edad— Es algo que potencia tus habilidades o las tira por el suelo. A

ti te funciona enojarte y eso vamos a usar ahora.

Sonrió terminando la frase con satisfacción, mientras se balanceaba de atrás a adelante en las puntas de sus pies.

—¿Lo dije bien, papi?

Adler escuchaba detrás de la ventana. Ahrenys supuso que estaba bien.

—¿Y cómo puedo usar eso?

—Enojándote.

Lo dijo con una sencillez que topaba en lo ridículo. Era fácil enojarse, pero debía concentrarse en algo.

El hombre detrás de la puerta mató a tu abuela.

El hombre detrás de la puerta te privó de la verdad. Quince años de mentiras. Quince años sin ser yo misma. Todo por su culpa.

Odiaba ser protegida, ahora lo sabía.

Odiaba que le mintieran. Eso lo acababa de descubrir.

Adler estaba abriendo la puerta de la sala cuando Ahrenys lo tomó con su mente. Lo miró con una expresión dotada de tranquilidad, un rostro embravecido por dentro. Las olas rompían en su mente, con el mismo ruido que hizo Adler al atravesar el cristal, lanzado con fuerza descomunal hacia afuera.

Él le perdonaría aquel atrevimiento. Lo sabía porque no podían hacerle daño. Estaba furiosa y eufórica. Una combinación peligrosa, pero le gustaba el sabor que le provocaba. Tyema la miraba con complicidad, sabiendo que eran las únicas que conocían el color de los pensamientos de la otra.

Era su padre, sí. Pero no le dolía saber que alguien podía lastimarlo. Le alegraba que Ahrenys pudiera hacer eso, con una pequeña porción de ira. Las personas dejan de tener nombre y rostro cuando te encuentras cegado por ella.

Capítulo 24

Recuerdos:

—Isona, cuéntame un cuento.

La niña lo escuchó abrir la puerta de la habitación, mientras ella se ponía el pijama para dormir. No le devolvió la mirada al entrar, ni corrió a sus brazos gritando “¡Te extrañaba!”.

Ella se limitó a cerrarse el camisón, sentarse en el sillón y aclararse la garganta, mientras Gabriel se sacaba los zapatos sentado al borde de la cama.

—Los hombres terribles mueren, al igual que los hombres buenos —ella le miró, buscando aprobación. Gabriel le hizo un pequeño gesto para que continuara— la vida es sencilla, pero no lo es tanto como la muerte.

<<La muerte los acoge a todos por igual, sin importar edad, sexo, raza o lugar. Incluso dimensión. Dicen que si estás de este lado, llega primero. Pero no es verdad, muerte solo está cansada de esperar.

<<Muerte es amiga de todos aquellos valientes, e incluso cobardes que se atreven a llamarla. A veces les regala unos días más y nosotros, pobres ilusos, creemos que tenemos suerte, cuando en realidad Muerte ya sabe qué día nos llevará.

<<Ella no es mala, ella solo quiere jugar. No quiere que nadie le tenga miedo, papi. Hace tiempo me contó la historia que te voy a contar.

<<Hace algunos años, un hombre quiso hacerle un trato. Muerte accedió, puesto que es buena. Él estaba sufriendo demasiado, pero hizo una promesa. Si Muerte no lo llevaba esa noche, el haría lo imposible porque ella se llevara personas felices a su hogar. Él solo pidió tiempo. Muerte le asignó una persona triste. Alguien que no tenía razones para vivir, y retó al hombre a hacerle feliz.

Gabriel miraba a su hija con atención. Ella detuvo el relato, al girar la vista hacia su padre.

—¿Pasa algo, papi? —Isona jugueteaba con los dedos de sus pies.

—¿De dónde has sacado la historia?

—Tabatta me la contó

Gabriel cerró un puño doloroso. Su hija había pasado tiempo con esa mujer. Tal vez estaría bien, dadas las circunstancias. Pero no ahora, no lo suficiente.

—¿Qué parte de todo? —preguntó él, tratando de minimizar lo ahogado de su voz.

—La del hombre —Isona hizo una pausa— Muerte es buena, eso siempre lo he sabido.

—¿Pasas mucho tiempo con ella?

—¿Con Muerte?

—No

—¿entonces?

—Olvidalo —creyó que había asustado a su hija, por el semblante que tenía— ven a dormir.

Isona se acurrucó entre los brazos de su padre y pronto se quedó dormida.

Gabriel acarició su cabello, que brillaba bajo la luz de noche. Aspiró el dulce aroma que salía de su ropa y su piel. Era simplemente preciosa. Merecía muchísimo más que algunos días de compañía, un padre a medias. Merecía alguien que le enseñara cosas de la vida, aunque Gabriel sospechaba que sabía más que él.

Las cosas que hago por ti, niña.

Ella jamás lo sabría.

El traje blanco a los pies de su cama le hizo saber que Martha estaba muy al pendiente de sus movimientos. Isona ya no estaba entre sus brazos cuando él despertó. Seguramente estaría en el comedor. Gabriel siempre despertaba tarde, pero tan solo lo suficiente.

Ésta vez no esperó a que el tiempo fuera poco más que el justo. Las cosas simplemente eran.

Llamó a la puerta de la oficina dos veces, a la tercera se rindió. Bajó las escaleras en espiral para volver al pasillo principal, donde se encontraba el vestíbulo a partir del cual se dividía el laboratorio en sus múltiples

secciones.

La vio por el gran ventanal de la parte trasera del edificio. Estaba sentada en una banca, mirando al jardín. Había escogido un lugar bastante peculiar para la reunión, pero al menos le servía de consuelo a Gabriel de que no hubiese nadie en las sombras, esperando indicaciones para golpearle hasta dejarlo sangrando en el suelo.

Llegó al lado de Tabatta mientras tomaba las solapas de su traje con elegancia fingida.

—Siéntate, idiota —indicó ella, sin mirarle siquiera.

—Amo tu amabilidad, ¿lo sabes? —sonrió él, tendiéndole un cigarrillo. Ella lo aceptó.

—¿Recuerdas a mi madre?

—¿Cómo no hacerlo? —Gabriel acercó una cerilla al cigarro que sostenía entre los labios, y lo encendió en un suspiro.

—¿La extrañas? —Tabatta no se dirigía a él.

Había teñido su cabello de un color mucho más intenso al rubio caoba que solía utilizar. Ahora era casi negro, con destellos castaños. El cambio le favorecía, pero causaba en Gabriel una extraña sensación de desasosiego sin sentido aparente. Se veía muchísimo más joven de lo que era en realidad.

—¿Me dices a mí?

—Creo que no estoy conversando con el aire, muchacho.

—No me digas así. Estoy casi en mis cuarenta y tú... —hizo una pausa, con la risa saliendo en sus palabras— tú eres un poco mayor.

Ella le golpeó en el hombro y una risa melodiosa salió de sus labios. Parecía casi como si se trasladaran a esa época de la vida donde Tabatta era casi su hermana, donde Aurora los cuidaba a ambos, mientras corrían por la oficina.

—¿La extrañas? —el ambiente cambió al instante, pasando de nuevo al tema que aparentemente los tenía reunidos ahí.

El calor de aquel momento tan enternecedor se esfumó al instante, regresando a ellos el viento de invierno que soplaba, calando hasta los

huesos.

Ella se giró para mirarlo. Tenía los ojos enrojecidos, y no precisamente por el humo del tabaco.

—Claro que sí, ella fue... —las palabras se agolparon en la garganta de Gabriel— ella fue mi segunda madre.

—Yo también la extraño —Tabatta hizo silencio.

Las nubes se agrupaban en un presagio de mal tiempo. La nieve podía respirarse en el aire, esperando. Aguardando escondida en su refugio celestial para precipitarse, matando aquello que quedaba con vida para el final del otoño. El mundo estaba cambiando, pero la nieve seguiría siendo la misma. Vestiría de blanco todo aquello que no se encontrara bajo refugio, sin piedad, pero con un amor incomprensible.

El silencio se prolongó poco más de lo que debía. El viento lo supo, y los invitó a cubrirse de él de una forma poco cortés. Sin embargo, ninguno se inmutó. Él, con la vista clavada en sus dedos, que descansaban sobre sus rodillas. Ella mirando al cielo. Tantas palabras no articuladas entre aquellos dos, formando una corriente eléctrica, casi tormentosa.

—Aurora te quería más a ti —Tabatta rompió el silencio y el viento dejó de intervenir, convirtiéndose en espectador de aquella conversación.

—Para nada, tú eras su hija.

El humo que salía de ambos pares de labios se desdibujaba al viajar por el cielo. Poco faltaba para que el humo se acabara, tanto como la calidez de la conversación.

—Ella me lo dijo, antes de morir —Tabatta tiró la colilla al suelo y la pisó con su gran tacón de aguja— dijo que te cuidara. Tenías veintitrés años, yo no tenía por qué cuidarte.

—¿Recuerdas lo que pasó ese día?

—Como si hubiese sido ayer —ella recargó su cabeza en el hombro de Gabriel. Él no se apartó, incluso sintiéndose incómodo con el gesto— ellos la mataron.

—Todos lo sabemos, lo que nadie sabe fue cómo —Gabriel apagó el resto de su cigarrillo en la banca, para después tirarlo al pasto seco que cubría sus zapatos.

El calor se había esfumado por completo.

—Escaparon. La gente que nació en el laboratorio, los portadores. Mi madre y yo tratábamos de contenerlos en la puerta. Ella se separó para sellar la salida de emergencia, pero ahí estaba Adler.

Tabatta pasó saliva. Tenía los labios resecos, resquebrajados por el frío y el tabaco que les había robado la humedad.

—Nunca encontré su cuerpo. Cientos de mutantes le pasaron por encima después de que él le disparara. —Tabatta continuó— Solo pude ver las cámaras de seguridad. Eso es todo lo que queda de Aurora.

Gabriel contuvo el aliento. No estaba preparado para eso, en lo absoluto. Tenía en un poco de estima a Tabatta por aquellos viejos tiempos en los que fueron como hermanos, pero el mundo había rodado mucho desde entonces.

—¿Lloras?

—No tengo por qué hacerlo. Ella murió peleando por lo que vivió, al igual que tus padres.

Tal vez ella sintiera la reacción de Gabriel, la tensión repentina que experimentó todo su cuerpo tras esa oración. Tabatta se separó de él y se puso de pie al instante, tomando camino en dirección al laboratorio.

—¿Tú cómo sabes eso? —Gabriel se puso de pie, mirándola sin poder moverse de su lugar, con los pies aferrados al suelo. Sabía que de dar un paso, caería. No era tan fuerte como para soportar el peso de los recuerdos.

—Mi madre me contó muchas cosas —contestó, dejando a Gabriel solo en el patio.

Después de un momento, logró recomponerse y sintiendo como sus piernas se doblaban, la siguió por el vestíbulo hasta su oficina. Tal vez sería un juego que ella quería jugar, pero tendría que seguirla. Había muchas cosas que debía saber.

Tabatta entró con Gabriel a sus espaldas, esperó a que pasara para cerrar la puerta tras ellos e hizo un ademán para invitarle a tomar asiento.

—¿Cómo sabes lo de mis padres?

—Mi madre me lo contó, ya te lo dije. No preguntes sobre ello si no puedes soportarlo —Tabatta rodeó el gran escritorio de cristal para

sentarse en su silla.

Gabriel se dio cuenta que ya no sacaría más de esa conversación.

—¿Qué vas a hacer con la niña? —decidió seguir por ese lado.

—No mucho —Tabatta cruzó las piernas, satisfecha por el nuevo rumbo de la conversación— solo tomaré un poco de su piel. ¿Sabías que es inmune?

—No me sorprende, —la incomodidad hizo presa de Gabriel de nuevo— ¿Quién es el padre?

—Eso ya lo sabías, Gabriel —ella soltó una risa áspera— no me hagas desconfiar de tu inteligencia, ¿no lo viste venir?

—Sinceramente no. ¿Cómo sabes - -

—La niña rogaba por su padre y lo maldecía a partes iguales —una sonrisa apareció en sus labios— creo que debo confiar más en ti.

—Debes —contestó Gabriel, visiblemente molesto— Nunca fueron necesarias tus lecciones de lealtad.

Él se levantó de su asiento, sin pedir permiso de retirarse. No debía, nunca lo había hecho y hoy no sería el día.

—Eras leal a mi madre, no a mí.

Gabriel se detuvo y giró en seco a pocos pasos de la puerta.

—¿Acaso eso importa?

—Demasiado, más de lo que imaginas.

—¿Tengo que hacer algo más para demostrarte mi lealtad? —ahora Gabriel reía por lo ridículo de la situación, aunque se arrepentiría de haber preguntado.

—Sabes que aún no tengo a la niña que busco, y la que me has traído dice que sabe dónde está.

—Sí, lo sabe.

—Está con Adler —Tabatta se levantó y caminó lentamente hasta donde se encontraba Gabriel— ¿irás por ella?

—No —Gabriel sonrió. Tabatta estaba ahora en su juego— la niña vendrá a nosotros.

Siguió su camino hacia la salida. Con la perilla en la mano, terminó aquella frase que llevaba cargando desde la noche anterior.

—No te vuelvas a acercar a Isona.

Capítulo 25

Nieve:

El vinilo seguía rodando y la melodía de aquella canción a medias olvidada inundaba la habitación. Gabriel había hecho de ese su sueño favorito.

Se veía cuando era un chiquillo de poco menos de cinco años. Su madre lo mecía en su falda, su padre entraba por la puerta y la música sonaba. Esa parte de su infancia real, esa pequeña fracción de su vida donde todo se resumía a jugar con su padre y dormir, era su mayor anhelo. Recordarlo cada noche bien valía la pena.

Miraba a lo lejos desde su lugar de espectador en las sombras, en un segundo plano. Caminaba entre los rincones oscuros de la habitación aun sabiendo que nadie lo notaría, pero no quería romper aquel efecto. Acariciaba el rostro de su madre, tan suave y terso que casi se sentía real. Agradecía que fuese uno de los recuerdos que mejor guardaba en su memoria, su tacto. El peso suave que lo envolvía cada tarde y el color del momento.

El amarillo del atardecer que inundaba la sala se había vuelto ocre con el paso del tiempo, pero no importaba. Todo aquello estaba tan presente en su memoria que le dolía, pero podía curarse cambiándole el nombre por nostalgia.

Decidió cerrar la escena y caminar un poco más allá de su conciencia.

Rápidamente localizó una bola de pelos naranja corriendo de aquí para allá, en el plano inmenso que era el mundo de los sueños. Gabriel teorizaba que podría encontrarse en medio del vinilo en ese instante. La conciencia colectiva de ambos lados se encontraba ahí, en ese lugar neutro, encerrada en el vacío. Se sorprendía de lo fácil que era hallarla.

Se acercó en silencio volviéndose humo. Su forma favorita, sin duda alguna. Anduvo unos momentos hasta acercarse a esa luz resplandeciente que identificaba a la niña de Leah. La miró con detenimiento antes de ingresar a su mente, sintiéndose un intruso por primera vez.

Con un punto de indecisión cruzando su pensamiento, resolvió entrar en el vórtice de sombras que había dentro del brillo naranja. Logró atravesar la pared gris que le impedía llegar al sueño de Ahrenys, y finalmente lo vio.

Sangre por todos lados. Un naranja rojizo luchando entre las sombras, dispuesto, desafiante. Con una columna de luz oscura a sus espaldas. Gabriel decidió que la guerrera naranja tenía miedo. La miró por un momento, decidido a no presentarse. Cuidando sus espaldas y pasando

como una nube gris entre los cuerpos de decenas, cientos de personas, que tal vez ni en sus vidas pasadas podría reconocer y mucho menos contar.

La miró a lo lejos, enfocando su vista para pasar entre las salpicaduras y voces del rojo que le llamaba pidiendo clemencia. La chica era consciente de que no era una niña. La forma que había adoptado para aquel combate relataba mucho de lo que podría hacer cambiado en tan solo pocos días.

Estaba enfundada en un traje del mismo color que sus ojos. Era un azul llameante que repelía al escarlata de la masacre, y la única causante era ella.

Mataba sin piedad ni remordimientos, pero la columna en su espalda se oscurecía con cada paso que daba. El miedo se apoderaría de ella. Trataba de convencerse de su fortaleza, Gabriel podía notarlo. Pero algo no cuadraba en esa escena. La gente moría por su culpa, pero no la sentía, ¿cómo es que alguien tan débil podría cambiar de manera tan repentina?

La chica seguía abriéndose paso entre sombras que tomaban forma al caer al suelo, cubriendo el suelo del resplandor rojo y nauseabundo de la sangre. Ahrenys avanzaba con decisión blandiendo una espada más grande que ella, cortando cuerpos conocidos y desconocidos que fundían el suelo bajo sus pies. Había ira en su rostro.

—¿Qué te ha pasado en doce días? —Gabriel decidió formar parte de la escena.

La espada resbaló de las manos de Ahrenys, llenas de sangre. Miró a su alrededor para ver al dueño de la voz que había llegado por el aire. Lo vio materializarse frente a ella con parsimonia, calculando cada movimiento, creyendo que el impacto de su presencia en su mente sería menor.

—No te tengo miedo —respondió altiva alzando la cabeza, tras ver a Gabriel aparecer por completo frente a ella.

—Ni yo a ti, Ahrenys. En este sitio no podemos hacernos nada, ¿quieres conversar?

—¡No tengo nada que ver contigo! —ella estaba gritando, mientras se acercaba a él.

—No, pero apuesto a que quieres saber cosas —Gabriel materializó una cajetilla de cigarros, en cuanto la abrió todos estaban encendidos, pero sin consumirse.

Puso uno entre sus labios mientras se separaba de Ahrenys.

—¿Qué quieres decirme, que mataste a mi madre? —quería golpearlo, pero a la vez sabía que nada ganaría con hacerlo en ese lugar.

—No creas en Adler —Gabriel sonreía, mientras creaba letras con el humo que salía de sus labios— siempre te contará la parte que le guste.

—¡Él no ha intentado matarme! ¿Quién eres tú para juzgar mis decisiones?

Ahrenys estaba visiblemente molesta. Tenía demasiada ira contenida, y Gabriel sería su blanco de descarga si no dejaba de hablar estupideces.

—¿No has intentado lastimarle ya? —vio como el rostro de la chica pasaba rápidamente a los recuerdos, recuerdos que Gabriel no conocía, pero podría teorizar— has aprendido mucho. Apuesto a que te ha entrenado y sabes controlar la telequinesis.

Ahrenys se sorprendió, ¿cómo sabía eso?

—¿Quién te lo dijo?

—Es evidente, chica. No pudiste hacerlo la primera vez que te vi, sino tú hubieses matado a Tom —Gabriel rio— y estaríamos del mismo lado, felices.

—No tengo nada que ver contigo— respondió, arrancando cada palabra del aire.

—No, pero te hará más bien estar conmigo —Gabriel se dispuso a hablarle sin tapujos, tal vez la niña lo valoraría— Ahrenys, Tabatta te quiere. No sé para qué, pero supongo que es por el anillo que tu madre se llevó cuando escapó del laboratorio.

<<También le entregué a Ivy, pero ella está bien —mintió— yo nunca he querido hacerles daño, a ninguna. ¿Lo sabes? Por eso mismo aún no estás aquí. Quiero que Tabatta me diga que es lo que quiere de ti.

No había forma alguna en la que Ahrenys le creyese, pero decidió seguir escuchando.

<<Por favor, sea lo que sea que escuches, no vengas. No aún. Te pedí medio año la última vez que nos vimos. Sé que la última vez creíste que estarías segura, pero no lo estás. Jamás lo estarás mientras yo te esté buscando, aunque no quiera hacerlo.

Aquella sinceridad le heló la piel. ¿Podría ser verdad?

—¿Qué es eso que se supone que debería escuchar?

—Ivy está encerrada en un lugar donde no puede transmitir nada, pero algún día saldrá y Tabatta la usará para atraerte. Ella está bien, lo prometo.

Tenía quince años y se veía mucho más fuerte de lo que antes era. Ahora trataba de ser ella misma, pero en su ingenuidad seguía siendo la misma niña que Gabriel había conocido.

Salió de su sueño desapareciendo en una nube de humo, desdibujándose entre aquel mar de sangre.

Ahrenys decidió borrar todo de su mente.

La ira no le dejaba pensar claro, y ahora se daba cuenta. Los días anteriores habían sido un ir y venir en AGS. Le había pedido perdón a Adler por el incidente y seguía sin hablar con Senna, pero decidió que estaba bien.

Había aprendido a tomar la energía del aire y pasarla a los conductores. Ella seguía cuidando del anillo.

Se estaba acostumbrado a la vida bajo tierra, aunque deseaba salir a respirar un poco de aire real y no solo el viento filtrado que salía por los respiradores en el techo de cielo raso, pero disfrutaba de sus actividades. Había logrado levantar a Tyema, con el miedo de la última vez que había intentado eso con Ivy. Aquella hazaña levantó su bloqueo. Solo tenía que fijar la mente en algún objeto y era suficiente para moverlo. Había aprendido a medirse. El peso no importaba si no le dabas importancia. Si algo era demasiado grande, no debía pensar en el volumen. Todo era lo mismo, pero debía aprender a diferenciar sus hazañas mentales del trabajo manual.

Aun no diferenciaba por completo sus emociones, pero ¿qué importaba? Si finalmente estaba bien.

O eso creyó.

Adler hablaba muy poco con Ahrenys, pero desde su primer encuentro en la sala de entrenamientos, había aprendido lo suficiente como para darse cuenta que no debía confiar en nadie. Ni siquiera en él, y eso había quedado bastante claro.

Agradecía el techo sobre su cabeza y la comida en su mesa, pero el hombre no dejaba de causarle cierta aversión. Caso contrario con sus

hijos, Tyema y Adrik. El segundo muchísimo más callado que la primera, pero no menos amigable. Ambos le habían enseñado muchas cosas.

Pero, ¿qué de todo eso era cierto? Gabriel no era alguien de fiar, eso seguro. Pero había dicho más de lo que Ahrenys había logrado escuchar. Seguía de nuevo mostrándose sin malas intenciones, al menos sus pensamientos no delataban otra cosa.

Creyó en ese instante que quien estaba mintiéndose era ella. No había cambiado en nada. Seguía siendo la misma niña insegura que llegó a la casa de Senna por una rendija. No le lastimaba porque sabía lo que era sentir en carne propia la vida, pero no le causaba tranquilidad. Se había prometido no llorar, pero lo haría.

Se sentía feliz de haberse dado cuenta de todo aquello.

La columna en su espalda comenzaba a desdibujarse. Ella la conocía como a la palma de su mano. No se aferraba al miedo, pero le gustaba sentirlo cerca. El miedo le daba una vista real del mundo, le daba un límite. La necesidad de quedarse en un punto muerto, sin dañar a nadie.

Podía matar sus propios monstruos en sus sueños, pero ¿quiénes eran los monstruos que no podría matar? Decidió descubrirlo más tarde.

Gabriel despertó en la soledad de su habitación.

Mil alarmas se activaron en su mente al instante.

¿Isona?

Esta vez, despertar sin su compañía era diferente. Afuera nevaba, y la oscuridad revelaba que no eran siquiera las tres de la mañana. La buscó por la habitación, creyendo que estaría en el baño, bajo la cama. Incluso en el armario.

Tras otearla por completo, la desesperación lo poseyó.

Salió al vestíbulo, corriendo en dirección al ala infantil. Buscó en cada pasillo hasta llegar a su habitación, con el letrero brillante en la puerta. El lugar estaba intacto, y todas las luces estaban apagadas.

Nada.

Miró hacia el ventanal del patio trasero.

Una figura minúscula envuelta en un color verde brillante se hallaba tirada en el suelo, cubierta parcialmente de nieve.

Las lámparas exteriores le alumbraban con columnas de luz blanca, que en esos momentos parecían un presagio casi celestial.

Gabriel corrió con el corazón saliéndosele del pecho. Su respiración formaba volutas de humo que se fundían en el ambiente. La tormenta invernal arreciaba, y el aire soplaba sin piedad.

Encontró a Isona bajo la sábana verde. Sus labios estaban amoratados y respiraba con dificultad. Llevaba mucho tiempo afuera tirada en el suelo, tal como delataba la capa de nieve que tenía encima. Gabriel la tomó entre sus brazos, y entró pidiendo a gritos auxilio.

—Isona, háblame. Isona —las lágrimas corrían por sus mejillas.

Gabriel trataba con desesperación pasarle algo de calor. Se había quitado el camisón del pijama ahí en el vestíbulo en intención de darle cobijo.

Nadie llegaba, ninguna luz se había encendido.

—¿Quién eres? —respondió la niña con dificultad.

Había comenzado a temblar de manera descontrolada. Tal vez eso era bueno, tan solo tal vez.

—Isona soy yo, ¿qué hacías afuera, amor?

Gabriel no había visto los ojos de su hija.

Estaban totalmente blancos. El iris se había convertido en un halo grisáceo, y de la pupila solo quedaba una sombra.

Isona estaba ciega.

—N-Nieve —balbuceaba entre temblores.

Para Gabriel, eso fue mucho más que suficiente.

Capítulo 26

Verdades a medias:

—¿Por qué la niña piensa que nadie puede salir?

—Ella es la que no puede salir. Artem, por favor ya no vengas con la misma conversación. Hemos estado aquí tres veces en los últimos días

—Adler trataba de evadirlo a toda costa— es por su seguridad, es todo lo que te puedo decir.

—Adler, basta —el chico pasó frente a él, bloqueándole el paso— deja que salga, o por lo menos deja de mentirle. ¿Para qué la quieres?

—Sabes bien para qué. Tabatta no debe tenerla, quiero protegerla —Adler remarcó la última palabra empujando su dedo índice contra el pecho de Artem— y tú no eres nadie para decirme qué hacer.

—Fui de los primeros en cruzar, Adler. Estuve aquí cuando Ahrenys llegó por primera vez, ¿y me vienes a decir que no soy nadie para opinar sobre cómo cuidarla?

El calor de la conversación iba en aumento. Artem apenas había alcanzado los veintidós años, pero sabía muchísimo más de lo que Adler esperaba.

Miradas curiosas se clavaban en ambos mientras la gente caminaba por el pasillo de las salas de entrenamiento. A pesar de que las paredes evitaban el ruido y las ventanas estaban polarizadas, se sabía que algo estaba sucediendo desde dentro de cada aula.

—No, no tienes derecho. Soy yo quien manda aquí —Adler le dio una palmada en la mejilla, aderezando la frase final con una sonrisa despectiva.

Artem calló, viendo como su jefe se alejaba por el callejón principal, directo a la sección C.

Aunque Ahrenys no estuviera allí, Adler solía pasar gran parte de su tiempo verificando los generadores desde que la niña había llegado. Bloqueaba cualquier indicio de conversación sospechosa, a pesar de que ella hubiese comenzado a preguntar.

Artem la había conocido cuando solo era una recién nacida, y él no tendría entonces poco más de seis años. Vivió los días en los que a Courtis Dawson y su madre les cambiaron la memoria y salieron de las oficinas

con una pequeña niña pelirroja en brazos.

Había pasado mucho tiempo.

Artem acababa de llegar a las oficinas de Adler cuando la ciudad subterránea no era más que un sótano. Había enseñado a otros a crear generadores y transmisores; cosas que comenzaban a utilizarse en el lado B cuando el virus se había propagado.

Los transmisores utilizaban la polaridad de un generador a la inversa, utilizando la energía de otros que aun poseían habilidades para contactarse a distancia o para realizar tareas diversas. Era todo cuestión del ingenio.

Adler supo utilizar las máquinas, trayendo más recursos para que Artem las gestionara y así fue como los pocos sobrevivientes del Lado B comenzaron a llegar, creando portales y comunicaciones de lado a lado, contactando con aquellos que aún no estaban infectados.

Atravesaban el vinilo por cientos, alterando su estructura. Un daño irreparable que Adler no supo evitar, y ahora ya no le importaba. Los generadores seguían causando estragos y la única manera de detenerlos era apagándolos.

Un lujo que no se podían permitir.

Se guardaba eso en secreto considerándolo una necesidad, pero había algo más allá de las intenciones conocidas de Adler que hacían desconfiar a Artem.

La sonrisa fácil y expresiones pacíficas de Adler habían logrado fundir casi por completo su ansia de poder. Era un líder amable, buen escucha y, sobre todo, paciente con cada uno de los ciudadanos de AGS. Una máscara colorida y agradable que podría encubrir a un monstruo de viles propósitos.

Los rumores rondaban por el aire, esparciendo el aura hostil por cada rincón. Desde la llegada de Ahrenys, la gente se preguntaba cuál era el grandísimo interés en la niña, y aún más importante, el por qué no salía de las instalaciones. Dos semanas habían sido suficientes para llevar el punto de resistencia de aquel sostén emocional colectivo al quiebre.

Los susurros traspasaban las paredes; rondaban en los pensamientos de cientos de personas al mismo tiempo. Cada uno de ellos había forjado en Ahrenys el nuevo carácter de desconfianza al que tanto había extrañado a Gabriel en su último encuentro, y en las personas de la ciudad subterránea, la incertidumbre se cernía sobre ellos como una nube

putrefacta de rencores e intrigas.

La expectativa crecía cuando las cosas comenzaban a rondar sobre Rakym, la esposa de Adler. La pérdida de memoria que había sufrido sobre todos los episodios de su vida hasta antes de llegar al Lado A no había cobrado tanta importancia hasta esos días. Todos murmuraban sobre una hija perdida, un tesoro robado y algunos cuantos, en susurros casi imperceptibles, hablaban de un antídoto.

Sobre todo, aquellos desesperados. Los infectados.

Bien se sabía que Adrik no era hijo biológico de Adler ni de Rakym. Había llegado con Artem y su grupo, mientras que de Tyema no quedaba ninguna duda sobre sus lazos de sangre. Tenía el mismo cabello castaño de su madre y los ojos de su padre, pero esa chica, Ahrenys, tenía algo inexplicable.

La miraban de reojo al pasar, hablaban a sus espaldas y nadie se atrevía a acercársele. No más por ella o su presencia, sino por Adler. Se decía que cualquiera que hablara de más con la chica nueva, se le arrancaría la lengua en el acto.

Poco más servía de evidencia la mujer que había llegado con ella. Ahora estaba muda, y nadie sabía por qué o cómo, si a toda la ciudad le había quedado claro que podía hablar. Bastante claro.

Nada de lo anterior detenía a Artem. Esperaba a Ahrenys después de cada sesión con Tyema y conversaban durante horas. Él había sido un buen soporte emocional para la chica. Le contó de su padre, su abuela y lo que Adler había hecho para protegerla. Le habló de Adam, Senna e Ivy. Incluso de Gabriel.

La tarde después del amistoso intercambio con Adler, Artem se dio cuenta de algo que tal vez no debía saber.

—Ivy está mal, Gabriel me lo dijo.

Fueron las primeras palabras de Ahrenys al ver a Artem. Él había logrado ganarse algo de su confianza. Muchísimo más que Adler.

—¿Qué?

—Gabriel llegó anoche mientras dormía, ¿sabes que se puede? —Ahrenys se dio cuenta que comenzaría a divagar. Aclaró su cabeza golpeándose en el lóbulo de la oreja— me dijo que Ivy no podía hablarme porque estaba encerrada, pero puede hablarme. También dijo que estaba bien, pero si

está afuera, tampoco lo está.

—Espera, niña. Pausa tu boca —caminaban juntos hacia el comedor cuando Artem la detuvo, empujándola contra la pared. Debía evitar que alguien los escuchara— ¿Hablaste con Gabriel?

Ahrenys se sintió culpable. Había cosas que ni a él debía decirle.

—Sí, un poco. Le he dicho que no le creería y como ves, no lo hago.

—Dices que Ivy está afuera, ¿cómo lo sabes? —Artem trataba de encontrarle sentido a las palabras de la chica.

—Ivy puede hablarme. Siempre ha podido, de un lado a otro sin necesidad de estar dormidas —Ahrenys interrumpió el ritmo de sus palabras tras ver a su compañero— Espera, ¿pasa algo?

La cara de Artem era un poema.

Ninguna persona sobre el vinilo era capaz de hacer eso. Algunas podrían transmitir de un lado a otro como Adrik, y supuso que Ivy por igual, pero conectarse con otra persona era algo demasiado diferente. Se necesitaba una clase de enlace especial entre los individuos para que eso sucediera, algo que aún no se podía describir con palabras.

Gemelos mentales, tal vez. Enlazados en una sintonía en la que probablemente sus ondas cerebrales siguieran la misma frecuencia, pero para personas que vivían de un lado al otro del vinilo era prácticamente imposible.

—No, nada. Prosigue —Ahrenys trató seguir su camino al comedor, pero Artem la detuvo— Ahrenys, quédate aquí.

—Ivy me llama. Me necesita —la chica miraba al vacío con desesperación, como si frente a ella se materializara una escena infernal.

Ahrenys comenzó a gritar. Tenía la mirada fija en un punto en la lejanía, sin percatarse de nada más que aquello que pasaba en su mente. Artem la sacudía de los hombros repitiendo su nombre sin obtener reacción alguna de su parte.

Adler llegó corriendo desde el comedor.

—¿Qué le hiciste?

—Adler, yo... —trataba de encontrar las palabras para describir algo,

cualquier cosa, sin poder encontrarlas.

Cualquier frase que hubiese logrado articular quedó en el aire, sin poder salir y formar parte del terreno en el que los pensamientos dejan de serlo. Ahrenys comenzó a convulsionar, cayendo al suelo y golpeándose la cabeza.

Seguía gritando de manera desgarradora mientras su cuerpo se arqueaba y tensaba en espasmos que creaban una escena del más puro horror.

Rakym era la encargada de enfermería de la ciudad. Había llegado ahí en cuestión de segundos.

—Adler, esto no es físico.

—¿Qué? —Adler y Artem respondieron al unísono, totalmente desconcertados.

Ahrenys seguía tirada en el suelo. Creían que se haría daño. Su cabeza revotaba y sus extremidades chocaban contra la pared, pero nadie se atrevía a acercársele. Sin darse cuenta una multitud estaba reunida en torno a ellos, disfrutando el espectáculo de horror que la chica protagonizaba. Algunos cubriéndose la cara, pero sin dejar de mirar.

—Alguien lo está causando. Tienen que cortar transmisión.

—Es Ivy —Artem cogió a Ahrenys en brazos, aun removiéndose y gritando, lo suficientemente alto como para que se dañara la garganta.

Corrió con ella hasta la Sección B, cruzando todo el sector principal, más allá del comedor. Una multitud lo seguía.

La sección B estaba aislada, contaba con múltiples cabinas totalmente selladas en las que cabían dos personas. Nadie podía transmitir ahí dentro. Era en su totalidad una bóveda cubierta de plomo y una aleación de materiales aislantes. Mezclas de polímeros que bloqueaban inclusive hasta el sonido.

Al poner un pie dentro, Ahrenys dejó de moverse y los gritos cesaron.

Estaba totalmente dormida.

Artem la tendió en el suelo y regresó a cerrar la compuerta, dejando afuera los ojos y bocas indiscretas de la mayoría de la comunidad. De eso se hablaría durante días, tendrían que cuidar mejor a Ahrenys a partir de entonces.

Se puso de rodillas junto al cuerpo inerte de la chica, esperando una respuesta. Respiraba con normalidad. Su pecho se alzaba y hundía a tiempos iguales, cosa que confortaba a Artem. Ambos tenían la frente perlada de sudor. Él temía que ella se hubiera hecho daño, pero creyó que no sería bueno despertarla.

Su conversación se había visto interrumpida por aquel episodio que terminó por crear la histeria colectiva de todos en la ciudad de Adler. Artem trató de despertarla, en vano.

Después de algunos minutos que parecían horas, nadie había llegado. Ni Adler, ni Rakym. Tyema esperaba paciente tras la puerta, jugando con dos muñecos que había traído de la sala de entrenamiento. Le daría uno a Ahrenys cuando saliera, pero debía esperarla fuera.

Artem decidió dormir, tal vez cuando despertara las cosas estarían mejor. Tan solo tal vez.

Capítulo 27

Hilo y aguja.

Artem despertó con el ajetreo. Había descansado por primera vez después de mucho tiempo. No había soñado, supuso que era por el aislamiento, pero le había servido demasiado. Ahora veía las sombras de un pequeño grupo reunirse a su alrededor. Poco a poco sus ojos volvieron a acostumbrarse a la luz, dando lugar a cuatro rostros conocidos.

Adler, Rakym, Adrik y Tyema compartían miradas entre ellos, dirigiéndolas en intervalos irregulares a Artem y Ahrenys.

—¿Qué viste, Ahrenys? —Adler decidió intervenir, después de un prolongado silencio.

—Ivy está en peligro —La chica estaba visiblemente más calmada, pero golpeaba el lóbulo de su oreja aunque nada pasara en su mente— La están torturando. Le arrancan la piel, le extraen sangre.

—¿Tú cómo lo sabes? —dijo Rakym, adoptando un tono maternal.

—Ella gritaba y se retorció de dolor. Lo vi, lo juro. Ella estaba en mí, como yo estuve en Adam.

Miradas de confusión cruzaron los ojos de todos en la sala. Tyema salió de la Sección B y se sentó junto a la puerta, por fuera. Comenzó a hacer malabares con los muñecos sin tocarlos.

—Yo entiendo eso —Tyema gritó desde su lugar, causando que todos giraran para verla— Ivy está mal. Deberíamos ir por ella, o Ahrenys no podrá salir de la Sección B ahí sin escuchar sus gritos de dolor.

Una pausa bastante larga. El eco del aire formando una corriente en el alto techo de la enorme sala regalaban un toque espectral a la escena que se realizaba ahí dentro

—No, eso nunca —una voz suave interrumpió el silencio, como muchas otras veces antes había hecho.

—Adler, pero ¿qué dices? La niña está mal, ¿vas a dejar que...?

Rakym dejó la frase sin terminar. No recordaba el nombre de la mujer.

—No dejaré que Tabatta se quede con Ahrenys también —una vena

sobresaliendo en la frente de Adler era el punto álgido de la conversación.

—Adler, Ahrenys no va a estar bien sin Ivy.

—¡Tú cállate! —Adler despotricó contra Artem— Suficiente has hecho ya como para seguir dando consejos. Lárgate antes de que te mande con Senna, ¡causarías menos molestias!

Artem se levantó del suelo, sacudiéndose el polvo. Hizo una leve inclinación de cabeza en dirección a Rakym y salió de la sala, mascullando por lo bajo su odio contra el líder de la ciudad.

Ahrenys se sorprendió ante tal arretrato de parte de Adler. Nunca lo había visto molesto, pero le alegraba conocer su cara real. No soportaba ser cuestionado.

—Artem tiene razón —Ahrenys se atrevió a intervenir— y si lo que dice Tyema es cierto, será mucho peor. Deja que alguien me acompañe, puede ir Adrik para abrir el portal de vuelta, y también Tyema, podríamos hacer un - -

—¿Crees que sacrificaría a mis hijos por un capricho tuyo? —Adler la cortó en seco.

—Adler, déjala que hable...

—¡Calla también, mujer! —Adler empujó a Rakym. Adrik salió con ella corriendo hacia Tyema en ese instante— ¿En serio crees que todo lo que quieres se te dará? —ahora se dirigía a Ahrenys— ¡No eres tan importante! Puedo matarte ahora mismo sin remordimientos, y ya no habrá más esperanza para nadie en el Lado B. ¿Eso es lo que quieres?

Adler se acercaba cada vez más a Ahrenys, amenazante, con las manos en alto. Decidido a tomarla del cuello y ahogar cada uno de sus reclamos. Si tan solo dijera una palabra, una sola más de esas que no debía.

—No. No quiero —Ahrenys retrocedía como un animal indefenso, acorralado.

Por dentro tenía ganas de desatarse contra Adler de nuevo, pero sin poder hacer nada. Decidió ceder, sabiendo que en ese lugar ella no podría hacer nada contra la fuerza física de su contrincante.

Adler miró el miedo en los ojos de la niña y escuchó las palabras justas salir de su boca. Fuera de la habitación, Tyema intentaba separar a su padre de Ahrenys totalmente en vano, mientras su madre veía la escena

chillando enloquecida, con Adrik atrapándola en sus brazos.

—No. Nadie aquí quiere eso, así que más te vale olvidarlo. —Adler mostraba una sonrisa conciliadora tendiéndole la mano a Ahrenys. Ella la tomó— Dormirás aquí de ahora en adelante hasta que podamos hacer algo por tu amiga.

El brillo en los ojos de la chica delató que le creía.

Adler había matado dos pájaros de un tiro. Ahrenys no hablaría con Gabriel ni escucharía a su amiga.

La tendría ahí el tiempo que quisiera, y eso estaba bien.

.....

En la superficie la tormenta lo cubría todo con un blanco fantasmal. Dentro de la ciudad, era el frío el que anunciaba el invierno. Algo incluso más crudo que la propia estación sucedía ahí debajo.

—Es más fácil cortarle la lengua a un perro que enseñarle a no ladrar
—Adler entró cuidando sus pasos, hablando con una cadencia hipnótica—
¿Verdad, Senna?

Otro monólogo de esos que alargarían la noche realizaba su entrada, en la habitación no había otra boca que pudiera responder a esa pregunta. La oscuridad lo cubría todo, ocultando aquellas dos figuras perdidas en la ilusión de inmensidad que regala lo desconocido.

La respiración de Senna indicaba que estaba llorando. Adler se regocijaba con el sufrimiento que tan solo su presencia podía causarle.

—Quiero que sepas que te lo ganaste. Los días anteriores has intentado miles de formas de salir de aquí, y sabes que no puedes —Adler reía, con esa voz tersa que resbalaba como la seda por los oídos de Senna. Envolviéndola, como lo único que conocía o conocería hasta la mañana siguiente.

—Reconozco tus esfuerzos —prosiguió con cautela— ¿lo sabes? También agradezco que finalmente hayas entendido la lección. ¿Si te saco los puntos de la lengua no intentarás morderme?

Adler se había acercado lentamente, sin hacer el menor ruido. Cada uno de sus movimientos estaba previamente medido. Le gustaba torturar a Senna mucho más con la expectativa que con el mismo dolor.

Tocó su frente, que rehuyó el contacto de Adler. La mujer temblaba bajo el peso de sus brazos y su respiración estaba cada vez más agitada. Él

acercó los labios a su oído y siguió aquella conversación de una sola persona, como tantas noches antes había hecho.

—Tu hija podría morir en cualquier momento, y aquí estás tú, sin hacer nada. —Adler acarició su mejilla con sumo cuidado— ¿Tienes miedo? Más vale que lo tengas.

Los sollozos de Senna inundaron la habitación.

—Sin importar el ruido que hagas, nadie podrá escucharte. Te ves normal entre la gente pero por las noches eres mi presa. No eres más fuerte que lo que tus manos te permiten, y estás atada. Totalmente a mi merced.

Adler respiró el olor del sudor de Senna en su cuello. Un aroma amargo y dulce, algo que había querido experimentar desde hacía muchos años.

—Te conozco tan bien —tomó las palabras una a una, respirándolas del aire. Llenando el espacio vacío que dejaba el llanto de la mujer— Decidiste quedarte, preferiste no huir. Siempre has tenido miedo, Senna.

Las lágrimas rodaron por sus mejillas. Adler las encontró en la oscuridad, secándolas con un beso.

—Deja que te ayude —Adler respiraba junto al oído de Senna, erizándole la piel— ruégame perdón y traeré a tu hija. ¿O vale más tu orgullo?

Los días habían pasado sin darle la oportunidad de contarlos. No supo cuál fue la noche en la que Adler le había cosido la lengua, pero a partir de entonces la había dejado salir al comedor. Su voluntad se había doblegado por completo.

Las noches pasaban entre torturas variadas. Golpeaba sus pies hasta que las plantas le ardían, sin poder gritar. Dejaba caer agua sobre su cara mientras le cerraba la boca, le hablaba de Ivette y lo que le hacían en el laboratorio hasta que se quedaba dormida, soñando con atrocidades. Despertaba llorando, y Adler estaba ahí para reírse.

Esa noche sería la última. Solo debía rogarle, era suficiente. Era un buen precio por no haberla matado.

Adler cumplía sus promesas.

Le dijo que le cosería la boca si no dejaba de maldecirlo, y ahí estaba ella sin poder hablar, comer a duras penas y con un dolor inmenso, pero valía la pena soportarlo. Había desafiado a la autoridad y eso era lo menos que debían hacerle en reprimenda.

Su voluntad se había visto mermada al grado de la humillación. Lo haría mil veces si de ello dependiera su vida y la de Ivy.

Adler pareció adivinar el hilo de sus pensamientos.

—Abre la boca —Ella obedeció.

El olor de putrefacción le causó arcadas a Adler. Tal vez podría reparar el daño. El tejido estaba muerto, causando una infección que acabaría por cobrarle parte de la boca a Senna, pero en ese instante no le importaba.

Cortó con rapidez los puntos que había hecho dentro de su boca, cuando cosió de manera burda la lengua a la mejilla izquierda. Una rápida solución para lograr su cometido.

Senna escupió una masa negra y de aspecto sanguinolento al suelo. Trató de acostumbrarse de nuevo a la sensación, tratando de ignorar el dolor que le invadía toda la cara hasta el cuello.

—Ahora sí, ruega.

Adler tomó la cara de Senna con su mano derecha, apretando su mejilla con malsanas intenciones.

—A-Adler. Suéltame.

Las lágrimas volvían a correr por sus mejillas. Su voz sonó áspera, antinatural, como si hubiese olvidado como articular una palabra. El dolor corría a intervalos, uno cada más intenso que el otro. Ahora mismo solo deseaba que parara, sin ser capaz de detenerlo.

—Ruega, maldita sea —Adler apretó la cara de Senna contra la mesa a la cual se encontraba atada. Restregó la mano en su mejilla y ella soltó un alarido de dolor.

—Adler, t-te lo ruego. Déjame. Perdóname.

Senna siguió llorando el resto de la noche, mucho después de que Adler le soltara de las correas para que le besara los pies. Incluso mucho después de que le plantara una patada en la cara que la dejó ahí tirada en el suelo, fundiéndose con la oscuridad.

Pero valía la pena por aquella promesa que hizo Adler al salir.

Y a él por su parte, qué bien se le daba mentir.

Capítulo 28

Entrega:

La ayuda había llegado después de algunos minutos que a Gabriel se le antojaron eternos.

Isona estará bien, prometían. Miradas falsas de compasión se clavaban en él a diestra y siniestra, ahí en el suelo, esperando que algún milagro o rayo esperanzador cayera del cielo.

Lo único más cercano a algo celestial y divino seguían siendo las lámparas del patio que desdibujaban las plumas de nieve, acompañando su camino con el trazado luminoso que creaban esa madrugada. El aliento vaporoso de cientos de personas pintaba en el aire la sensación de vacío que experimentaba por dentro, materializarse frente a Gabriel.

No sabía si el espectáculo era él o los demás. Los miraba enajenado viendo pasar el tiempo correr tras sus pasos, frente a sus ojos, mirando una pintura impráctica que les regresaba la mirada. El cuadro que formaba era insólito. Estaba semidesnudo, con la nieve cayendo a sus espaldas tras el gran ventanal. Tenía el cabello alborotado y los ojos enrojecidos, las manos totalmente desubicadas en el espacio, señalando un pequeño lugar ocupado solamente por una manta de color verde.

De su torso se desprendían pequeños hilos de calor que se materializaban en vapor, para después irse a fundir con el resto. La multitud se agolpaba a su alrededor, viendo a aquel pobre miserable tirado en el suelo, tan rendido y tan humano como el resto.

Y el tiempo corría, corría y correría sin que nadie pudiera ponerle pausa.

Y ya había corrido demasiado.

Martha apareció cargando una manta azul entre brazos, pasando a empujones entre la conglomeración hasta llegar a Gabriel. La pequeña mujer iba envuelta en un traje marrón de algodón que la hacía inconfundible entre el gentío.

Cubrió al hombre con la manta y con la misma dignidad con la que había llegado, lo llevó hasta su habitación.

Gabriel caminaba sin ser consiente del tiempo ni del espacio, sin percatarse de los copos de nieve entrando por las rendijas del ventanal.

La mujer cerró la puerta al entrar y buscó una cajetilla de cigarros entre los zapatos de Gabriel. Encontró los cerillos en el primer cajón del buró,

sobre el que descansaba una pequeña caja musical. Martha le dio cuerda con sumo cuidado y la melodía comenzó a llenar la habitación.

El mecanismo no era perfecto, pero funcionaba.

Pequeñas piezas componían el conjunto que creaba aquella melodía completamente adecuada para la ocasión.

Encendió dos cigarrillos y le puso uno a Gabriel entre los dedos. Seguía mirando al vacío, sentado en la orilla de la cama. Encorvado, y visiblemente más viejo.

—¿Tienes miedo? —el olor amargo del tabaco regresó a Gabriel al momento.

—No lo suficiente —hablaba al aire. El humo aderezaba sus palabras.

—No hace falta tener mucho miedo, Gabriel. Solo un poco es necesario para mantenerte el alma en el cuerpo.

—Isona... —parecía que diría algo más por la manera en la que las palabras se agolparon en su garganta.

—No puedes hacer nada por ella —Martha tomó lugar al lado de Gabriel— tu silencio es más valioso ahora.

—¿Tú sabes quién fue? —ahora él la miraba.

—Sí, pero no sé decirte por qué

Martha era hermosa a media luz, incluso con todos los años sobre ella. La experiencia le había venido con los años, sin perder aquel brillo jovial que la caracterizaba. Incluso fumando podría decirse más elegante que Tabatta.

—Fue Ivette, ¿verdad?

—No sé cómo se llame la niña blanca.

El humo del tabaco llenó el espacio, por dentro y por fuera. Incluso llenaba más allá de los rincones oscuros.

Asustaba a las arañas debajo de la mesa y en las esquinas. También asustaba a los fantasmas en el corazón.

—¿Tabatta la dejó salir?

El intercambio se daba entre nubes de humo, sonrisas amargas y lágrimas silenciosas. Una noche tormentosa, en más de un sentido.

Martha se daría el tiempo para responder aquella pregunta. Sabía más de lo que habían visto sus ojos y escuchado sus oídos, pero las intenciones... las intenciones eran cosa de cada uno.

—No. Creo que escapó —se decidió, rogando a cualquier dios silencioso que sus palabras fueran ciertas.

—¿Cómo pudo pasar el laboratorio hasta acá sin que nadie lo supiera?

—Ese es el caso, ¿podemos pretender que nadie lo sabe?

Gabriel esperó a que el cigarrillo se consumiera entre sus dedos. Las cenizas cayeron, marcando el paso del tiempo con pequeñas quemaduras que nadie notaría. Él parecía ajeno a todo dolor mientras que las palabras de Isona retumbaban en su oído, como campanadas de una iglesia distante.

Campanadas fúnebres.

Llegado el tiempo exacto, el hombre pidió papel y pluma. Martha se las tendió, esperando con paciencia y otro cigarrillo a que finalizara.

Gabriel deseó dos cosas.

Una al aire y otra al oído de la mujer. Palabras que ninguno jamás olvidaría.

Salió en dirección a la gran escalera de espiral que decoraba el vestíbulo. Caminaba sin prisa ni calma. Caminaba simplemente mirando a los ojos del destino.

Llamó a la puerta, sabiendo que Tabatta ya no estaría. La luz del amanecer inundaba el pasillo principal y los ojos curiosos que hace algunas horas lo acusaban, se encontraban entonces escondidos y ocupados en otras tareas más apegadas a sus oficios. Tomó su tiempo, poniendo la mente en blanco mientras caminaba por el pasillo que daba lugar al ala de los laboratorios.

La encontró enfundada en una bata blanca que cubría desde el cuello a los tobillos en torno a tubos de ensayo. Maniobraba todo con unos guantes de latex que le llegaban hasta los codos. Gabriel la veía desde una pared transparente que separaba el laboratorio principal del resto de las cámaras de experimentación. Gabriel las conocía, y podía ver los estragos que había causado la rebelión de Adler hacía quince años. No habían

podido reparar todos los daños.

Tabatta levantó la mirada de sus labores, fijando sus ojos en otro par de color miel. Dejó parte de la instrumentación al salir, tomando conciencia de cada movimiento. Gabriel supo que no solo él era bueno para ganar tiempo.

—Sé lo de Isona, y no. La niña está encerrada, es imposible que haya sido ella —sus primeras palabras fueron poco menos que una maniobra defensiva.

—¿Qué te hace creer que venía por eso? —Gabriel deseaba evitar el tema, había otras cosas que deseaba saber, aunque la respuesta a aquella pregunta no formulada le inquietaba lo suficiente.

—¿No te importa tu hija? —Tabatta le acusaba, queriendo guiar la conversación.

—Lo hace, y más de lo que crees. Solo quiero hablar, ¿por qué de repente eres tan hostil? —Gabriel sonrió— Isona estará bien, solo trataba de jugar con la nieve. Yo confío en ti.

—¿Quieres ir a mi oficina?

Tabatta le miraba extrañada.

—Sí, pero prefiero conversar antes. Sarah y lo que ha pasado me tienen —suspiró— muy mal.

—¿La querías?

Gabriel le ofreció el brazo para caminar. Incluso los actos más viles podían hacerse con un toque de elegancia. Ella aceptó, envolviendo el brazo en torno al suyo.

—No lo suficiente, pero quiero contarte con lujo de detalle lo que pasó esa noche.

—Ya sé algo de eso. Ivy cantó como un pajarito —una risa pícara salió de sus labios.

La familiaridad en ese gesto hizo que un escalofrío recorriera la espalda de Gabriel

—¿Qué tanto sabes?

Gabriel esperaba alargar más aquella caminata. Estaban por llegar al

pasillo principal, quedaba poco para subir a su oficina.

—Su hermano era un portador, que mató a Sarah. La engañaron para que se separara de ti, pero al menos se cargó al gigantón. Algo curioso fue que hayas empujado a Ahrenys al portal de Adler y te quedaras con Ivy y la mochila —Tabatta saboreó la sorpresa que sus palabras causaron— ¿Qué intentabas con eso?

Gabriel paró en seco. Tal vez aquello le serviría, o sería su condena.

—Necesitabas más el anillo de Aurora que a Ahrenys.

—¿Qué te hizo creer eso?

—No hay nada que Ahrenys pueda hacer con ese anillo.

—Pero te aseguro que puede hacer mucho más estando viva que muerta, ¿verdad?

—¿Entonces es eso? —Una pequeña luz, seguida de miles de alarmas y campanadas cada vez más cercanas se activaron en la mente de Gabriel

—¿A qué te refieres, dulzura? —Tabatta estaba visiblemente divertida.

Se soltó del agarre de su compañero y caminó directo a las escaleras en espiral. Gabriel la siguió sin protestar, esperando sacar algo más de todo eso.

Ya no había vuelta atrás.

Esperaba vivir lo suficiente como para decirle a Ahrenys las verdaderas intenciones de Tabatta, si es que llegaba a descubrirlas.

Ella lo esperó en la puerta. La sala estaba completamente iluminada.

Ninguno tomó asiento.

—¿La quieres matar? —contestó él, visiblemente confundido.

—¿No es obvio?

—Todos estos años la he seguido porque me dijiste que Leah había robado el antídoto —la desesperación de Gabriel iba en aumento— Necesitabas a la niña para que funcionara y el anillo de Aurora es lo único que abre la caja.

—No queremos que nadie sepa esto, ¿verdad? —Tabatta sonreía.

—Nunca has querido reparar nada.

—Me sorprende que hasta ahora te hayas dado cuenta, Gabriel. Adler fue un idiota al creer que me desafiaba soltando a los portadores.

Gabriel había escuchado suficiente. Las alarmas callaron, al igual que las campanadas. Esa familiaridad no era una simple corazonada.

—¿Quién eres? —se atrevió a preguntar, aunque dentro de sí conociera la respuesta.

—¿Aún no lo sabes? —la risa que salió de los labios de la mujer frente a él despejó cualquier duda.

Desearía poder haber dicho que siempre lo había sospechado.

Un golpe seco en la nuca lo dejó tirado en el suelo. Una nube blanca pasó por su lado y después la oscuridad absoluta. Era todo lo que podía contemplar.

La habitación seguía con luz, pero estaba completamente ciego.

Sentía la nieve cubrir todo su cuerpo, enterrándolo en cientos y miles de capas de las que nunca podría salir, incapaz de moverse.

Había sido capaz de sentir todo eso antes de parpadear una sola vez.

—Dulces sueños, bailarín.

La voz de Aurora le hizo caer en un sueño donde finalmente la oscuridad era conocida.

Capítulo 29

Escape:

Tercer día dentro de la Sección B y Adler no había vuelto a aparecer.

Ahrenys había comenzado a desarrollar la manía de escuchar voces incluso dentro. Estaba desesperada. De nuevo el vacío le daba la sensación a ser ajena del mundo, ser un ente sin rumbo.

Disfrutaba de las noches con Artem conversando de tonterías. Ella dormía casi al amanecer, aunque no tenía forma de saberlo ahí dentro. Tyema la visitaba y salían al callejón que conectaba el área de producción con el área común, donde estaban los cubículos para dormir de todas las clases y el comedor. No podrían cruzar toda el área para llegar al pasillo de entrenamiento sin que Ahrenys cayera de nuevo al suelo, gritando de dolor.

Entrenaban en el pasillo hasta que comenzaba a escuchar las voces y Ahrenys volvía a la Sección B. Tyema había aprendido muchas cosas de ella. Le sorprendía la practicidad que daba el trabajo manual, al igual que el silencio.

Había entrado muchas veces a esa sección, pero no había permanecido lo suficiente como para sentir algún cambio. Tyema era más comprensiva cuando salía de ahí. Se dio cuenta que no todos los niños pasaban lo que ella.

Adrik por su parte era una sombra silenciosa. Aparecía por cualquier rincón, pretendiendo ir de un lado a otro y que “curiosamente” encontraba a su hermana ahí.

Esa tarde pasó algunos minutos más de los usuales mirándolas en silencio y después siguió con su camino.

Ambas estaban sentadas frente a la compuerta de la Sección B

—¿Por qué hace eso?

—Quiere saber que no tramamos nada para escapar —respondió Tyema, con tono de obviedad— no te preocupes. Él estaría de nuestro lado.

—¿Eh?

—Sé que quieres ir por Ivy, y podemos hacerlo. Mi padre tiene planos del laboratorio, los ha usado durante muchos años. Yo los he visto, los sé de memoria —Ahrenys la miró con atención, despertando la vena teatral de Tyema— él fue el que desató el virus y mató a Aurora.

—Él quiere que yo sea la cura... eso es imposible —la chica hablaba desde su incredulidad.

—No. Mi papá no quiere que sea Tabatta quien te mate —Tyema sonrió de oreja a oreja, poniéndose de pie— Adrik y mi mamá te quieren, Ahrenys. No dejaremos que te haga nada. Hemos hablado con ella, y dice que nos acompañaría.

Ahrenys se sorprendía que todo eso se hubiese planeado a sus espaldas, incluso estando tan cerca. Comenzaba a sentir un temor frío subiéndole por la espina. Adler la mataría a la menor oportunidad.

—¿Qué haríamos?

Escapar

—Sí, eso —Tyema podía leerle muy fácilmente— pero tienes que saber cómo.

Pasaron conversando y creando mapas mentales el resto de la tarde mirando al vacío donde la imagen mental de un plano estaba siendo proyectada, trazando rutas de acción y de escape.

La gente que pasaba por ahí la miraba atónita, ajenos a todas aquellas imágenes que solo esas dos niñas podían ver.

La gente comenzaba a volver a sus habitaciones y Adrik aún no llegaba de la Sección C. Era usual que él volviera por Tyema cuando todos iban a dormir. El tiempo pasaba y una voz estridente inundó cada rincón de la ciudad.

“Toque de queda instaurado a partir de hoy. Tienen cinco minutos para estar en sus habitaciones, o serán expulsados”

—Mi papá ya sabe —Tyema habló en respuesta a la voz que había convertido la atmósfera de paz en miles de alarmas de horror.

—Tenemos que buscar a Adrik. ¿Dónde está Artem?

Una mujer corriendo desde el comedor les hizo girar la vista. Su cabello castaño estaba hecho un desastre, tenía el traje azul rasgado en varios

puntos y movía las manos enloquecida hacia su dirección.

—¡Mamá! —Tyema caminó hacia ella, pero giró en seco al escucharla.

—¡Corre!

Rakym corría con el corazón saliéndosele del pecho. Giraba la cabeza constantemente a su espalda esperando ver a su esposo doblar la esquina, amenazando con matarles.

—¡A la Sección C, ya!

Las niñas obedecieron después de la conmoción del primer momento. Corrían como si la vida se les fuera en ello, y tal vez era cierto. Adler iba tras ellas con un margen bastante amplio, pero podría acortarse muy fácilmente.

La compuerta estaba abierta y entraron, cerrándola tras ellas.

Adrik se movía de un lado al otro de un generador. Había cables sueltos por todos lados.

—Invertí la polaridad para poder cruzar. Solo esperemos- -

Sus palabras se vieron interrumpidas por un estruendo en la entrada. Adler había llegado.

—¡Abre, maldita sea!

Golpes de una fuerza sobrehumana trataban de tirar abajo la compuerta, y Adler vociferaba.

No estaba solo.

Ahrenys lograba captar cada uno de los pensamientos en la sala e incluso fuera. La adrenalina bloqueaba los espasmos y también la voz desesperada que gritaba por auxilio desde el otro lado del vinilo. Estaba haciendo acopio de toda su fuerza de voluntad para no desmayarse ante la tensión.

Adrik apresuró sus movimientos, uniendo cada cosa en su lugar. No había tiempo para preguntas. El riel que sostenía a la puerta estaba curveándose. No era demasiado gruesa, y caería muy pronto.

Adrik puso las manos sobre el generador y el estruendo que la máquina hizo al encender causó un sobresalto en todos los presentes.

Las luces titilaron en el momento en el que Adler entró en la Sección C. Iba con Artem, quien a duras penas se sostenía en pie. Había sido casi masacrado.

La sangre corría desde su frente mezclándose con el sudor de sus mejillas. Tenía el pómulo izquierdo fracturado, los ojos amoratados y Ahrenys sabía con excesiva certeza que su brazo derecho estaba dislocado, y tal vez un poco más que eso.

—¿Eso era lo que estabas haciendo? —Adler estaba furioso. Rugía de forma antinatural— ¿traicionarme?

Adrik no se molestó en mirarlo, aun sabiendo que era él a quien se dirigía. Una luz blanca comenzaba a brotar sobre la nada. El portal era pequeño, pero se estaba ensanchando.

Ahrenys trataba de correr hacia Artem sin poder moverse. Estaba plantada en su lugar, mirando de un lado al otro de la sala, pasando entre las máquinas y cada una de las personas ahí reunidas.

Adler pasó por encima de Artem, quien cayó al suelo finalmente. Se acercó sin hacer movimientos inesperados. Tenía la camisa abierta hasta el ombligo, estaba sudoroso y sus ojos eran la muestra máxima de la locura.

Rakym se situó entre Adler y ellos, desafiante.

—Aléjate, Adler. Fue una promesa.

—¿Tú qué sabes de eso?

—Sé lo que le hiciste a Senna. Eres un monstruo.

—¿Quién eres tú para juzgarme? ¡Solo quiero lo mejor! —Adler estaba tirando de su cabello. Parecía querer arrancárselo.

—No dejaré que toques a mis hijos, Adler

Una risa seca salió de los labios de aquel hombre que a cualquiera podría parecerle endemoniado, poseído por algo más mortífero que un ente del averno. La ambición humana.

—¡Ese idiota no es tu hijo! —señaló a Adrik, con un dedo acusador— ¡Y menos esa!

Ahrenys no planeaba ser parte de aquel arrebató. Sus ojos se clavaron en

los de Adler. Su sed de sangre era inmensa, vomitiva.

—Entrégamela y pueden irse —Adler siguió, juntando sus manos en un gesto de súplica.

Y lo siguiente fue algo indescriptible.

Una figura desgarbada entró a la habitación sin que nadie se diera cuenta. Clavó sus garras en el cuello de Adler tomándolo por sorpresa, cosa que le hizo trastabillar y caer. La reacción de todos fue inmediata.

Tyema tomó a Ahrenys de la mano y corrió en dirección al portal, atravesándolo.

Del otro lado, Adrik y Rakym miraban aquella pelea. Senna había logrado salir del cubículo en el que estaba en la Sección B y atacaba a Adler con fiereza. Tenía sangre en las uñas, pedazos de piel que le había arrancado de la cara.

Rakym tomó la mano de Adrik en cuanto Adler pudo librarse de Senna. La tiró contra la pared, dejándola inconsciente. Un segundo más tarde, estaba lanzándose en dirección al portal que comenzó a cerrarse cuando Adrik levantó las manos del generador. Adler concentró toda su energía para disminuirlo aún más. No llegaría, no podría alcanzarlos si lograban cruzar.

Un atisbo de esperanza atravesó la mente de Rakym al tocar la luz del portal. Pasó de la mano de Adrik, dejando la Sección C y el Lado A del vinilo atrás.

Capítulo 30

Moralidad:

Ahrenys se lanzó a los brazos de Rakym llorando desconsolada.

Estuvieron ahí algunos minutos. La nieve caía a su alrededor de forma acogedora. El viento no soplaba tan fuerte como otros días, pero el frío era casi insoportable. Ellos lograban ignorarlo, de forma inexplicable.

Lograron repasar el plan otra vez, sin dejar de sentir el escalofrío en la espalda. Esa sensación de ser perseguidos que jamás los dejaría a partir de entonces. Ahrenys escuchaba con mayor claridad la voz de Ivy, pero estaba más calmada. Sin embargo, los quejidos agonizantes seguían ahí, retumbándole en la cabeza.

Caminaron, sorteando obstáculos. Las tormentas recientes y la que entonces arreciaba, hacían más difícil el trayecto. El sol se había metido por completo y la oscuridad reinaba por doquier. Se movían uno detrás del otro, con Rakym enfrente.

El lugar le era escalofriantemente familiar.

Pasaron hasta una de las vallas derruidas por la parte trasera del laboratorio. No había cámaras activas en ese sitio. Se fundieron en la oscuridad, en esos puntos donde la luz de las lámparas no alumbraba. Siguieron caminando hasta la entrada del patio. A esas alturas ya habrían sido vistos, tal como habían predicho.

Atravesaron la enorme puerta de cristal del ventanal sin mayor problema. Siempre se encontraba abierta.

El enorme pasillo que los recibió estaba desierto. Vieron las secciones del lugar dibujarse ante sus ojos. A su derecha estaba un largo pasillo que los llevaría al ala infantil y frente a ella serían los dormitorios de hombres.

Los pensamientos fluctuaban alrededor de Ahrenys. El olor que se respiraba era frío y pacífico, como las aguas congeladas de una cascada en invierno. Tyema miraba los hilos de colores envolverse a su alrededor como listones que le llamaban, llenos de historias en cada uno de sus lados. Pensamientos que le pertenecían a su dueño, propiedad privada a disposición de aquellas lectoras audaces.

Los quejidos se incrementaban. Salían de una sección al lado izquierdo, junto a una gran escalera en espiral que estaba al frente de ellos,

decorando el vestíbulo a la entrada.

Ahrenys siguió la voz de Ivy, moviéndose entre las sombras. Rakym, Adrik y Tyema la seguían de cerca, vigilando sus espaldas por si alguien les seguía.

El pasillo terminaba en una bifurcación. Los quejidos de Ivy eran tan intensos que lograban causarle dolor de cabeza. Los gritos habían terminado, pero Ahrenys temía que su amiga estuviese agonizando. El dolor había sido demasiado prolongado como para matarla, y ella lo sabía.

Entraron en una habitación oscura. Ahrenys no podía ver siquiera su mano frente a su cara. Dio algunos pasos, tanteando el suelo bajo sus pies. Un grito a sus espaldas les hizo saber que no estaban solos.

—¡Adrik! ¿Dónde estás? —Tyema llamó.

Solo el silencio respondió su pregunta. El miedo las había llenado por completo.

La voz de Ivy salía de tres lugares diferentes, y decidieron separarse. Incluso sin ver nada en la oscuridad, para Tyema y Ahrenys era sencillo seguir el hilo de los colores. Rakym tardó un poco más para encontrar la salida de esa habitación.

Aquello no estaba en los planos.

Ahrenys escuchó sus pasos resonar bajo el techo alto. El eco de su respiración acelerada se difuminaba en ondas que llegaban hasta el cielo, llenando de sonido el lugar. Había alguien más ahí dentro, Ahrenys pudo notarlo por el aura que miraba a lo lejos.

Un color de preocupación enmarcaba una cabeza de cabello castaño, desaliñado y con pequeñas líneas blancas. Gabriel estaba con ella.

—¿Hola? —la voz del hombre se elevó en la enorme sala, quitándole a Ahrenys la respiración.

—Soy yo, ¿qué haces aquí? —la chica se acercó sigilosamente. Una luz se encendió detrás de donde Gabriel estaba. De ahí provenía la voz de Ivy, tenía que cruzarlo para llegar a ella.

—¿Ahrenys?

—Sí —suspiró tocándose el pecho. Ardía— ¿qué está pasando? Me dijiste

que no le harían nada a Ivy.

Gabriel soltó una carcajada ácida, Ahrenys encontró desconcertante aquel gesto. Al acercarse vio que estaba lastimado y atado a una silla, justo en medio de la habitación.

—No le han hecho nada, niña. Tu amiga es la que te trajo aquí —hizo una pausa— Te dije que no hicieras caso.

Gabriel no la miraba. Ahrenys se dio cuenta que no podía hacerlo.

—¿Qué haces aquí?

—Aurora va a venir a matarme, ella estaba esperando que llegaras. Tal vez ahora mismo esté divirtiéndose con tus amigos, pero tú puedes correr.

Ahrenys se dejó caer de rodillas frente a Gabriel. Él no le había mentado nunca. Deseaba haberlo sabido antes.

—Niña, no seas estúpida. Levántate y corre. Nadie va a alcanzarte, maté a la rastreadora y sin mí el colibrí no puede seguirte.

—¿Por qué dices eso?

Ahrenys miró las ataduras de Gabriel. Tal vez podría ayudarle, comenzó a batallar con las de sus pies, totalmente en vano. Iba descalzo, y tenía laceraciones que supuso no lo dejarían caminar. Pero Ahrenys lo levantaría, lo haría. Lo haría en cuanto lo desatara y...

—Niña, tú eres mi sangre. Ya lo sabías, ¿verdad? Te he cuidado todos estos años y no dejaré que hoy te maten intentando salvarme. Es lo que merezco, mocosa. Suéltame.

Las lágrimas corrían por las mejillas. Intentaba con uñas y dientes liberar a Gabriel. Le creía, le había creído siempre.

—¡No Gabriel! ¡Tú eres el bueno!

—Niña, ya déjame. En ninguna historia hay buenos.

Gabriel también había empezado a llorar.

—Le fallé a tu madre, le dije a Leah que te cuidaría de todo mal. Curtis era un imbécil que nunca te quiso ni la mitad de lo que te quise yo.

—Gabriel sollozaba amargamente. Ahrenys se apretó contra su cuello, pensando que nunca lo vería de nuevo. Jamás tendría la oportunidad de estar con él— Me sentiré un imbécil si te pido lo siguiente, pero tienes que

hacerlo. Encuentra a Isona, llévatela y huye con Martha. Sabrás quienes son. Prométeme que cuidarás a Isona.

Ahrenys lo prometió en silencio. Tomó la mano de Gabriel con la suya. Se puso de nuevo de rodillas y dejó que acariciara su cabello.

—Eres igual que Leah —Gabriel estaba cegado. No podría verla una última vez— La quise a morir, casi tanto como te quiero a ti, bolita de fuego.

Ella le regaló un beso en la mejilla. Se negó a dejarlo ahí.

—Gabriel. Te quiero.

—Y yo a ti, mocosa. Corre, espero que algún día me perdones.

Las luces se encendieron.

Ahrenys trató de huir por donde había venido, mientras veía como detrás de Gabriel una figura delgada hacía aparición.

Rakym entró por la puerta de donde había venido la primera luz. No tenía el traje, sino un elegante vestido color negro y su cabello había cambiado de color.

Tenía un pequeño colibrí al hombro, zumbando alrededor de su cabeza.

—Ahrenys, finalmente nos vemos —la mujer sonreía. El sonido sus pasos refinados en tacones altos resonaba en la habitación.

—¿Rakym?

—¿De qué me hablas? Soy Aurora, bienvenida. Disculpa las molestias, no te esperaba hasta más tarde.

—¿Quién es usted? —Ahrenys retrocedía de espaldas hacia la entrada. Todo era muy confuso.

—Soy Aurora. Tú tienes mi anillo y eres mi cura, eso es algo que ya sabes.

—Estaba muerta.

—No, pequeña —Aurora apoyó sus manos en el respaldo de la silla de Gabriel— yo no puedo morir.

—Ahrenys, no le hagas caso. Corre, Ivette está con ella. Corre y no

vuelvas con Adler.

Gabriel hizo una intervención, volviéndose a situar en el lugar. Ahrenys trataba de ignorarle para no sentirse culpable de dejarlo ahí, pero estaba. Tan vivo y tan real como la primera vez.

—¡Cállate! —Aurora tiró del cabello de Gabriel hacia atrás.

—Ahrenys, corre.

Una orden fue dada al aire. El pequeño colibrí la ejecutó. Borbotones de sangre salían de la garganta cercenada de Gabriel. Un grito desgarrador salió de la boca de Ahrenys.

—No me gusta ser así. Siempre quise mucho a mi pequeño bailarín —Aurora seguía acariciando el cabello de Gabriel— puedes unirme a mí y no tienes que pasar por esto. Pierde las esperanzas, Ahrenys. No puedes salvar a nadie.

La chica estaba de rodillas en el suelo. No supo cómo o cuando había caído.

Lloraba desconsolada, luchando internamente por recobrar la compostura o huir.

Ivy salió por detrás de Aurora. Lucía un vestido rojo como la sangre y su cabello estaba suelto alrededor de ella. Tenía dos moños de colores variados arriba de las orejas.

—¡Ahrenys! —Ivy se acercó dando saltos hasta donde estaba— ¿ya conoces a Aurora? Es increíble. Me ha enseñado muchas cosas. ¿Me has escuchado estos días? Ella me enseñó a hacer eso.

Ivette sonreía con satisfacción, había sido su mayor hazaña.

—Sí, la conozco —Ahrenys logró hablar entre sollozos— veo que estás bien.

—Aurora me dijo que te trajera. Ella quería hablarte —Ivy comenzó a acariciarle el cabello— y ahora que estás aquí podremos mejorar todo.

—Ella no quiere curar a nadie, Ivy. Te ha engañado.

—Eso ya lo sé —la chica fruncía el ceño en actitud infantil— no tenemos por qué curar nada. Somos las dueñas del Lado B.

—No hables así, tú no eres dueña de nada.

—¿No? —Ivy caminó hasta ponerse frente a Ahrenys. La miró arrodillada en el suelo— ¡No! ¡Siempre has sido tú! ¡Eres una maldita egoísta! —le propinó una patada a su amiga en el costado— ¡Todo es por ti! ¡Siempre ha sido por ti!

Marcó cada una de sus palabras con golpes.

—Ivy, déjala. Ella no entenderá así. —Aurora habló desde donde se encontraba, el olor de la sangre de Gabriel reinaba en el lugar— Ahrenys, únetenos. Deja a Adler, él te trata como alguien más.

—Yo no soy como tú, ni como él.

El colibrí empezó a aletear de nuevo, desde su lugar en el suelo.

Nadie lo notó.

—Pero puedes ser mejor, sin mí no puedes salvar a nadie —Aurora se acercaba a pasos lentos hasta Ivy— no eres nadie sin mí.

—Te equivocas, Aurora —Ahrenys se puso de pie lentamente, sintiendo cada golpe. Recordando las palabras de Gabriel en su mente.

Recordó las promesas que se había hecho. Jamás lloraría, pero los seres humanos lo hacen. Tanto tiempo sintiéndose ajena llegaba a su final. No era un fenómeno, pero sabía quién era. Y había cosas que simplemente debían ser hechas.

Aquel que decide no matar no es mejor que quien no lo hace. Nunca hay lugar para falsas clases de moralidad.

—Ya sé quién soy.

El colibrí cortó el estómago de Aurora de lado a lado, sin darle siquiera opción a reaccionar.

—Mi padre era Gabriel, y tú lo mataste —un ala entraba en un ojo— mi madre era Leah, y tú la mataste —el colibrí atravesaba sus mejillas de lado a lado como la mantequilla— yo era una idiota. Pero ya no.

Aurora cayó al suelo sobre su sangre y vísceras. Ivy miró aquel espectáculo con una mezcla de temor y desesperación. Trató de salir corriendo, huyendo de Ahrenys. Un obstáculo invisible le bloqueaba el paso. Salió despedida en el aire, chocando contra la pared y de nuevo al

suelo.

—¿A dónde vas? —Ahrenys no estaba enojada. No estaba triste.

No sentía absolutamente nada.

—Ahry, perdóname. Nunca quise hacerte daño.

—Me has usado tantos años para satisfacerte. Te he servido de muñeco de ventriloquia, ¿te atreves a pedir perdón?

Ivy pendía de un pie, colgando en el aire. El vestido le caía por el pecho, su cabello blanco tocaba la sangre de Gabriel, embebiendo aquel color carmesí.

—Ahrenys, llévame con Senna. Te lo ruego —Ivy lloraba desconsolada, presagiando su destino.

—No ruegues, mantén tu dignidad. Dime donde está la caja de Aurora.

—Está aquí, en el laboratorio. Debajo del escritor- -

Un sonoro crujido calló las palabras de Ivette.

Murió como había matado.

Ahrenys caminó siguiendo los pensamientos de Tyema y Rakym. Estaban reunidas en una oficina arriba de las escaleras de caracol.

Adrik también estaba ahí, inconsciente. Una pequeña niña rubia estaba sentada a su lado. Usaba un impermeable amarillo bastante familiar.

Una mujer pequeña y amable la recibió con un caluroso abrazo.

—¡Ahrenys! Creo que ya todo ha pasado, ¿verdad?

—Eso creo —hablaba como si se tratara de un sueño— Gabriel está muerto. Eres Martha, ¿verdad? —la mujer asintió.

Ahrenys dirigió la mirada a Isona. Corrió hacia ella, envolviéndola entre sus brazos. Juró cuidarla incluso si la vida se le iba en ello. La niña le devolvió el gesto.

—Ahrenys. Debemos hablar de muchas cosas, ¿cierto? —Rakym le miraba

atenta, totalmente ajena a lo que había sucedido dentro de la habitación.

—Primero que nada, dime quién eres tú.

—Yo soy Tabatta. La hija de Aurora.

—¿Sabías algo de todo esto? —Ahrenys le miraba de forma acusadora.

—Hasta hace poco no sabía mi verdadero nombre.

Las preguntas podían esperar hasta el amanecer. Martha le tendió la última carta de Gabriel, junto con su pequeña caja musical.

Nadie más dijo nada. Todos salieron de la oficina, Tyema cargando a Adrik frente a ella sin mayor problema. Muchas cosas sucederían a la mañana siguiente, pero primero Ahrenys tenía mucho que aprender.

Capítulo 31

Epílogo: "Cartas"

Ahrenys. Cuando leas esto probablemente yo esté muerto.

No te entristezcas por lo que pudo ser, solo piensa que di mi vida por cuidar la tuya y creo que eso es un buen precio sobre el cual pagar todos los males que he hecho en la vida.

Perdóname si no pude cuidarte como le prometí a Leah, pero ten en cuenta que cada día que pasaba me debatía entre dejarlo todo y correr por ti, dejando a Isona atrás. Eso es algo que hasta el día de hoy jamás haré. Envidio a Court, por haberte tenido toda la vida y no haberte valorado ni siquiera la mitad.

Desearía que tuvieras una vida feliz, espero que la tengas. Quiero que recuerdes lo que te dije, que jamás estarías bien si yo te perseguía. Era la máxima verdad.

Hoy he decidido rendirme y trataré de explicarte lo que quieres saber.

Tu madre y yo éramos parte de un experimento. La gente en el Lado B era demasiado enfermiza como para seguir subsistiendo, y nosotros éramos las únicas anomalías en el Lado A. No provenimos de personas con las características evolutivas necesarias para las transmisiones, pero aquí estábamos. Haciendo más de lo que jamás creímos.

Leah era mi mejor amiga. Nos conocimos aquí dentro, por azares del destino. Para que nuestra especie perdurara, decidieron experimentar con nuestro ADN. Tú eres un clon empeorado de Leah. Digo empeorado porque te pusieron parte de mí, cosa que a nadie le serviría.

Nunca supe que habían hecho lo mismo con Senna. Ivy fue una prueba, antes de traerte a ti.

Leah y yo estábamos emocionados. No la amaba, pero tal vez pude aprender a hacerlo. Seríamos padres, aunque juro que nunca la toqué. Hago un paréntesis porque me siento un total imbécil explicándole a mi hija como fue que su madre y yo la hicimos sin nada que involucrara sexo.

En fin. Todo iba viento en popa hasta que Adler... No me considero digno de contarte lo siguiente, Ahrenys. Creo que el resto lo tendrás que aprender por ti misma.

Solo necesito que sepas lo importante.

Te adoro. Siempre te he querido demasiado. Perdóname, porque siempre fui solo tu sombra. Perdóname por hacerte temer, pero tenía que cuidarte.

Sé que eres más fuerte de lo que crees. Sé tú, y no necesitarás pensar en nada más.

Y por último, pero no menos importante:

Leah me dijo que te dijera bolita de fuego. Fueron sus últimas palabras. Las tengo grabadas en mi corazón, y tal vez muera antes de decírtelas. Si las escuchas, ten por seguro que he muerto feliz.

Te adoro.

Atte: Gabriel.